

5 CIO





1020026587



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

U.A.N.L.

Núm. Clav.	845.8
Núm. An.	H 095d
Núm. As.	30343
Procedencia	- 8 -
Precio	
Fecha	
Clasific.	
Catalogo	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Discursos.

Paginas.

Recepcion en la Academia	3.
Contest. a Saint-Marc Girardin	42.
Contest. a Saint-Pierre	56.
La Familia Bonaparte	72.
El Papa Pio IX	83.
Galerias nacionales	89.
El Estado de Paris	103.
La Pena de muerte	107.
Disolucion de la Chambrée	110.
La emigracion	120.
Cuestion de Roma	136.
La libertad de Ensenanza	155.
La Deportacion	176.
El Sufragio Universal	200.

BIBLIOTECA DE AUTORES ESCOGIDOS

VICTOR HUGO

DISCURSOS



MADRID  
IMPRESA DE ENRIQUE TEODORO  
calle de Atocha, núm. 80

1880

099349

30343

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

843  
H.

PQ 2285  
7  
756



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# VÍCTOR HUGO

## DISCURSO

DE RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA

2 de Junio de 1841

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Señores:

Al principio de este siglo ofrecía la Francia á las demás naciones un magnífico espectáculo. Un hombre la llenaba entonces, y tan grande la hacía que ella á su vez llenaba á Europa. Aquel hombre, salido de la sombra, hijo de un pobre noble corso, producto de dos repúblicas, de la república de Florencia por su familia y de la república francesa por sí mismo, llegó en pocos años al reinado más grande que tal vez la Historia admiró jamás. Fué Príncipe por el génio, por el destino y por los hechos. Todo hacía ver en él al legítimo poseedor de un poder providencial. Reunió en sí las tres condiciones supremas: el éxito, la aclamacion y la consagracion. Engendrado por una revolucion, le aclamó un pueblo y le coronó un Pa-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

pa. Reyes y generales, señalados á su vez por la fatalidad, reconocieron en él, con el instinto que les daba su sombrío y misterioso porvenir, al elegido del destino. Era el hombre á quien Alejandro de Rusia, que debía perecer en Taganroc, habia dicho: *Sois el predestinado del cielo*; al que Kleber, que debía morir en Egipto, dijo: *Sois grande como el mundo*; al que Desaix, caido en Marengo, dijo: *Yo soy el soldado y vos sois el general*; al que Valhubert, moribundo en Austerlitz, dijo: *Yo voy á morir, pero vos vais á reinar*. Su fama militar fué inmensa, sus conquistas fueron colosales.

Cada año empujaba las fronteras de su Imperio aún más allá de los majestuosos y necesarios límites que Dios diera á la Francia. Borró los Alpes como Carlomagno y los Pirineos como Luis XIV; atravesó el Rhin como César y estuvo próximo á cruzar la Mancha como Guillermo el Conquistador. Bajo aquel hombre tuvo Francia ciento treinta departamentos; por un lado llegaba hasta las bocas del Elba; por el otro alcanzaba el Tiber. Fué el Soberano de cuarenta y cuatro millones de franceses y el protector de cien millones de europeos. En la atrevida composicion de sus fronteras empleó como materiales dos grandes ducados soberanos: la Saboya y la Toscana, y cinco antiguas repúblicas: Génova, los Estados romanos, los Estados venecianos, la Valaca y las Provincias Unidas. Construyó su Estado en el centro de Europa como una ciudadela, dándola por bastiones y obras avanzadas diez Monarquías, á las que dió entrada á la vez en su Impe-

rio y en su familia. De todos los niños, primos y hermanos suyos que con él habian jugado en el patio de la casa natal de Ajaccio, hizo testas coronadas. Casó á su hijo adoptivo con una princesa de Baviera, y á su hermano menor con una princesa de Wurtemberg. En cuanto á él, despues de haber quitado al Austria el Imperio aleman, que casi se abrogó bajo el nombre de Confederacion del Rhin, despues de haberle arrancado el Tiro! para unirlo á la Baviera, y la Iliria para unirla á Francia, se dignó casarse con una Archiduquesa. Todo en aquel hombre fué colosal y espléndido. Se alzaba sobre Europa cual vision extraordinaria. Una vez se le vió enmedio de catorce personas soberanas, sagradas y coronadas, sentado entre el César y el Czar, sobre un sitio más elevado que el de ellos. Un día dió á Talma el espectáculo de un auditorio de Reyes. En el alba todavía de su poderío, nació en su fantasía la de idea de llegar al nombre de Borbon en un rincón Italia y engrandecerlo á su manera; de Luis, Duque de Parma, hizo un rey de Etruria. Por la misma época aprovechó una tregua, poderosamente impuesta por su influencia y por sus armas, para arrancar á los reyes de la Gran Bretaña aquel título de *Rey de Francia*, que habian usurpado durante cuatrocientos años; y de tal modo y tan bien se lo arrancó, que no se han atrevido despues á recogerlo. La Revolucion habia borrado las flores de lis del escudo de Francia; él las arrancó tambien, pero del blason de Inglaterra, encontrando así el modo de hacerles honor, de la misma manera que se les ha-

bía hecho la afrenta. Por decreto imperial dividía la Prusia en cuatro departamentos, bloqueaba las Islas Británicas, declaraba á Amsterdam tercera ciudad del Imperio—Roma era sólo la segunda—ó bien afirmaba al mundo que la Casa de Braganza había concluido de reinar. Cuando atravesó el Rhin, los Electores de Alemania, aquellos hombres que habían hecho Emperadores, le salieron al encuentro hasta sus fronteras, con la esperanza de que tal vez los haría Reyes. Falto de heredero y buscando un amo, el antiguo reino de Gustavo Wasa le pidió para Príncipe uno de sus mariscales. El sucesor de Carlos V, el biznieto de Luis XIV, el rey de España y las Indias, le pedía por mujer una de sus hermanas. Era comprendido, adivinado y adorado por sus soldados, granaderos veteranos, familiarizados con su Emperador y con la muerte. Al día siguiente de las batallas tenía con ellos esos grandes diálogos que comentan de un modo soberbio las grandes acciones y trasforman la historia en epopeya. Había en su poder, como en su majestad, algo sencillo, brusco y formidable. No tenía, como los Emperadores de Oriente, al Dux de Venecia para gran copero, ó como los Emperadores de Alemania, al Duque de Baviera para gran escudero; pero sucedió muchas veces que arrestó al Rey que mandaba su caballería. En el intervalo de dos guerras abría canales, hacía caminos, dotaba los teatros, enriquecía las Academias, provocaba descubrimientos, fundaba grandiosos monumentos, ó bien redactaba Códigos en un salon de las Tullerías

y discutía con sus consejeros de Estado hasta que conseguía sustituir, en algun texto de la ley, la razon suprema y sencilla del génio á las rutinas de procedimiento. En fin, último rasgo que á mi juicio completa la singular configuracion de aquella grande gloria: penetró tan dentro de la Historia por sus acciones, que pudo decir y dijo: *Mi predecesor el emperador Carlomagno*; y de tal manera se mezcló con la Monarquía por sus alianzas, que pudo decir y dijo: *Mi tio el rey Luis XVI*.

Aquel hombre fué prodigioso. Su fortuna, señores, sobrepujó á todo. Segun acabo de recordarlo, solicitaban su amistad los Príncipes más ilustres, las más antiguas razas reales buscaban su alianza, los gentiles hombres más antiguos solicitaban su servicio. No hubo una cabeza, por alta y orgullosa que estuviese, que no saludase aquella frente sobre la cual la mano casi visible de Dios había puesto dos coronas: una hecha de oro, que se llama Trono, otra hecha de luz, que se llama génio. Todo en el continente se inclinaba ante Napoleon, todo—excepto seis poetas, señores—permitidme decirlo y enorgullecerme en este recinto—excepto seis pensadores, que eran los solos que permanecían de pié en medio del universo arrodillado, y cuyos gloriosos nombres me apresuro á pronunciar ante vosotros; hélos aquí: DUCIS, DELILLE, MADAME DE STAEL, BENJAMIN CONSTANT, CHATEAUBRIAND, LEMERCIER.

¿Qué significaba esta resistencia? En medio de aquella Francia que tenía la victoria, la fuerza, el poder, el imperio, la dominacion, el esplendor;

enmedio de aquella Europa deslumbrada y vencida, que casi se había hecho francesa, puesto que participaba del esplendor de la Francia, ¿qué representaban aquellas seis inteligencias sublevadas contra un génio, aquellas seis celebridades indignadas contra una gloria, aquellos seis poetas irritados contra un héroe? Representaban, señores, en Europa, lo único que á Europa entónces le faltaba: la independencia; representaban en Francia lo único que á Francia le faltaba entónces: la libertad.

¡No quiera Dios que yo pretenda condenar aquí los espíritus que ménos severos rodeaban entónces con sus aclamaciones al señor del mundo! Aquel hombre, despues de haber sido la estrella de una nacion, llegó á ser su sol. Podíase sin cometer un crimen dejarse deslumbrar por él. Era tal vez más difícil de lo que se cree, para el individuo á quien Napoleon quería ganar, defender su terreno contra aquel irresistible invasor que poseía el arte de subyugar un pueblo y sabía tambien el gran arte de seducir á un hombre. ¿Quién soy yo, por otra parte, para abrogarme este derecho de suprema crítica? ¿Cuál es mi título? ¿Acaso no tengo necesidad más bien yo mismo de benevolencia é indulgencia, en el momento en que entro en esta corporacion, conmovido á la vez por todo género de emociones, orgulloso de los sufragios que me han elegido, feliz por las simpatías que me acogen, turbado ante auditorio tan imponente y encantador, triste por la gran pérdida que habeis sufrido y de la que no me será dable consolaros, confuso, en fin, de ser tan poca cosa en este

venerable asilo que llenan á la vez con su brillo sereno y fraternal muertos augustos é ilustres vivos? Y además, para expresar mi pensamiento completo, declaro que no reconozco en ningun caso á las nuevas generaciones el derecho de rigurosa condena hácia nuestros antepasados y nuestros mayores. Quien no ha luchado, ¿habrá de tener derecho á juzgar? Debemos acordarnos que éramos entónces niños y que la vida era para nosotros ligera é indiferente, cuando tan grave y laboriosa era para los otros. Llegamos despues que nuestros padres; ellos están cansados; seamos respetuosos. Aprovechemos á la vez las grandes ideas que han luchado y las grandes cosas que han prevalecido. Seamos justos hácia todos, lo mismo hácia los que aceptaron al Emperador por amo que hácia aquellos que lo aceptaron por adversario. Comprendamos el entusiasmo y admiremos la resistencia. Uno y otra fueron legítimos.

Sin embargo, señores, repitémoslo: la resistencia no sólo era legítima, era tambien gloriosa.

Y esa resistencia afligía al Emperador. El hombre que, como él dijo más tarde en Santa Elena, *hubiera hecho senador á Pascal y á Corneille ministro*, ese hombre, señores, tenía demasiada grandeza en sí mismo para comprender la grandeza en otro. Una inteligencia vulgar apoyada en el poder, hubiera desdeñado tal vez aquella rebelion del talento; á Napoleon le preocupaba. Conocía que él mismo era demasiado histórico para que la Historia no le preocupase; se consideraba demasiado poético para no pensar en los poetas. Preciso es reconocer-



lo muy alto: aquel oficial de artillería que ganó á la jóven República francesa la batalla del 18 de Brumario, y á las antiguas monarquías europeas la batalla de Austerlitz, era un verdadero Príncipe. Era un vencedor, y como todos los vencedores, amigo de las letras. Napoleon tenía todos los gustos y todos los instintos del Trono, de distinto modo, sin duda, que Luis XIV, pero tanto como él. Había mucho del gran Rey en el gran Emperador. Ligar la literatura á su cetro, fué una de sus primeras ambiciones. No le bastaba haber enfrenado las pasiones populares: hubiera querido someter á Benjamin Constant; no le bastaba haber vencido 30 ejércitos: hubiera querido vencer á Lemercier; no le bastaba haber conquistado 10 reinos, hubiera querido conquistar á Chateaubriand.

Y no sólo, señores, al juzgar al primer Cónsul ó al Emperador, cada cual bajo la influencia de sus simpatías particulares, todos están conformes en cuanto á lo que de generoso, extraño é ilustre tenía Napoleon, sino que, según ellos, el político eclipsaba al general, el héroe tenía mezcla de tirano, el Scipion iba unido al Cromwell; la mitad de su vida lanzaba quejas amargas contra la otra mitad. Bonaparte hizo llevar á las banderas de su ejército el luto de Washington, pero no imitó á Washington. Nombró á La Tour d'Auvergne primer granadero de la República, pero abolió la República. Dió por sepulcro al gran Turena las bóvedas de los Inválidos, pero dió para tumba al nieto del gran Condé el foso de Vincennes.

Apesar de su orgullosa y noble actitud, el Emperador no titubeó ante ningun medio. Embajadas, dotaciones, altos grados de la Legion de Honor, el Senado, todo les ofreció: hagámoslo constar para gloria del Emperador; y para gloria de aquellos nobles refractarios, hagamos constar tambien que todo lo rechazaron.

Despues de los halagos, lo digo con sentimiento, vinieron las persecuciones. Ninguno cedió. Gracias á aquellos seis talentos, gracias á aquellos seis caracteres bajo aquel reinado que suprimió tantas libertades y humilló tantas Coronas, la dignidad real del pensamiento libre se conservó.

Y no sólo sucedió esto, señores, sino que prestaron un servicio á la humanidad, pues que no sólo opusieron resistencia al despotismo, sino tambien á la guerra. Pero que no se interprete mal el sentido y la intencion de mis palabras: yo soy de aquellos que creen que la guerra es buena muchas veces. Bajo ese punto de vista superior, desde el cual se ve toda la Historia como un solo grupo, y toda la Filosofía como una sola idea, las batallas no son llagas hechas al género humano, como los surcos no son llagas hechas á la tierra. Desde hace 5.000 años, todas las cosechas empiezan con el arado y todas las civilizaciones con la guerra. Pero cuando la guerra tiende á dominar; cuando se convierte en estado normal de una nacion; cuando pasa, por decirlo así, al estado crónico; cuando, por ejemplo, se presencian 13 guerras en 14 años, entónces, señores, por magníficos que sean los resultados ul-

teriores, llega un momento en que la humanidad padece. El lado delicado de las costumbres se gasta y empequeñece al roce de las ideas brutales; el sable llega á ser la única herramienta de la sociedad; la fuerza se forja un derecho propio; el divino resplandor de la buena fé, que debe siempre iluminar la faz de las naciones, se eclipsa á cada momento entre la sombra en que se elaboran los tratados y repartos de reinos; el Comercio, la Industria, el radiante desarrollo de las inteligencias, toda la actividad pacífica desaparece; la sociabilidad humana peligra. En tales momentos, señores, conviene que se alce imponente reclamacion; es sublime que la inteligencia eche atrevidamente en cara sus hechos á la fuerza; es hermoso que, en presencia misma de su victoria y su poder, hagan observaciones los pensadores á los héroes; y que los poetas, esos serenos civilizadores, pacientes y pacíficos, protesten contra los conquistadores, esos civilizadores violentos.

Entre esos ilustres protestantes hubo un hombre al que Bonaparte amó, y al cual hubiera podido decir, cual otro dictador á otro republicano: *Tu quoque!* Aquel hombre, señores, era M. Lemercier. Probo por naturaleza, reservado y sóbrio; inteligencia recta y lógica; imaginacion exacta, y por decirlo así, algebraica hasta en sus fantasias; nacido noble, pero sin creer más que en la aristocracia del talento; nacido rico, pero con la ciencia de ser noblemente pobre; modesto, pero con altiva modestia; dulce, pero teniendo en su dulzura un no sé qué de obstinado, silencioso é in-

flexible; austero en las cosas públicas, difícil de arrastrar, ofuscado con lo que á los demás deslumbraba, M. Lemercier, detalle notable en un hombre que tanta parte de su pensamiento había dedicado á las teorías, M. Lemercier había formado su opinion política tan sólo con los hechos. Y aún éstos los veía á su manera. Era una de esas inteligencias que conceden mayor atencion á las causas que á los efectos, y que de buena gana harían la crítica de una planta en su raíz y la de un rio en su nacimiento. Receloso y siempre dispuesto á indignarse, lleno de secreto ódio y valiente contra todo lo que tendiese á dominar, parecía haber puesto tanto amor propio en mantenerse siempre muchos años á la zaga de los acontecimientos, como ponen otros en precipitarse delante de ellos. En 1789 era realista, ó como entónces se decía, *monarquista* de 1785; en 93 se hizo, segun sus propias palabras, liberal del 89; en 1804, en el momento en que Bonaparte se consideró maduro para el Imperio, Lemercier se consideró maduro para la República.

Como veis, señores, su opinion política, desdeñosa con lo que consideraba el capricho del dia, estaba siempre conforme á la moda del año anterior.

Permitidme algunos detalles acerca del medio en que trascurió la juventud de M. Lemercier. Sólo explorando los comienzos de una vida es como se puede estudiar la formacion de un carácter. Cuando se quiere conocer á fondo á los hombres que di-

funden la luz, no es ménos necesario ilustrarse acerca de sus caractéres que de sus génios. El génio es la antorcha que ilumina el exterior: el carácter es la lámpara que alumbrá el interior.

En 1793, en medio de lo más fuerte del terror, M. Lemercier, muy jóven todavía, asistía con notable asiduidad á las sesiones de la Convencion nacional. Había allí motivos de contemplacion sombría, lúgubre, espantosa, pero sublime. Seamos justos, hoy podemos decirlo sin peligro; seamos justos hácia las augustas y terribles cosas que han pasado sobre la civilizacion humana, y que ya no se repetirán. Es, en mi sentir, de providencial voluntad que la Francia tenga siempre en su cabeza alguna cosa grande. Bajo los antiguos Reyes era un principio, bajo el Imperio fué un hombre, durante la Revolucion una Asamblea. Asamblea que rompió el Trono, que salvó al país, que tuvo un duelo con la Monarquía como Cromwell, y un duelo con el universo como Anibal; que tuvo á la vez génio como un pueblo entero, y génio como un solo hombre; en una palabra, que cometió atentados é hizo prodigios, á la que podremos detestar, á la que podremos maldecir, pero á la que debemos admirar.

Reconozcamos, sin embargo, que en aquel tiempo se produjo en Francia una disminucion de luz moral, y, como consecuencia—hagámoslo notar, señores— una disminucion de luz intelectual. Esa especie de media luz ó media oscuridad que se asemeja á la caída de la noche y que se extiende sobre ciertas épocas, es necesaria para que la Providen-

cia pueda, en interés ulterior del género humano, realizar en las viejas sociedades esas espantosas conmociones que, si por los hombres se cometiesen, serían crímenes, pero que viniendo de Dios se llaman revoluciones.

Esa sombra es la sombra misma que produce la mano del Señor cuando se posa sobre un pueblo.

Como acabo de indicar, el 93 no fué la época de esas grandes individualidades que su propio génio aísla. Parece en esos momentos que la Providencia, encontrando al hombre demasiado pequeño para lo que quiere hacer, le relega para el segundo término y entra en escena ella misma. En efecto, de tres gigantes que en el 93 hicieron de la revolucion francesa, el primero un hecho social, el segundo un hecho geográfico, el último un hecho europeo, el uno, Mirabeau, había muerto; el otro, Sieyes, se había eclipsado, *consequia vivre*, como aquel grande hombre dijo cobardemente más tarde; el tercero, Bonaparte, todavía no había nacido á la vida histórica. Dejando entre la sombra á Sieyes y exceptuando tal vez á Danton, no había en la Convencion hombres de primer orden, ni grandes inteligencias; pero había grandes pasiones, grandes luchas, grandes relámpagos, grandes tormentas. Aquello bastaba seguramente para deslumbrar al pueblo, formidable espectador inclinado sobre la fatal Asamblea. Unid á esto que en aquella época cada día era una jornada; que las cosas sesucedían tan de prisa; que la Europa y la Francia, París y la frontera, el campo de batalla y la plaza pública ofrecían aventuras tantas; que todo

se desarrollaba con tal rapidez que en la tribuna de la Convencion nacional el acontecimiento crecía, por decirlo así, bajo el orador á medida que hablaba, y al mismo tiempo que le producía vértigo le comunicaba su grandeza. Y además, como París y como la Francia, la Convencion se movía en medio de aquella claridad crepuscular de fines del siglo, que comunicaba sombras inmensas á los hombres más pequeños, prestaba contornos indefinidos y gigantescos á las más raquílicas figuras, y que en la Historia misma extiende sobre aquella formidable Asamblea un no sé qué de siniestro y sobrenatural.

Esas monstruosas reuniones de hombres han fascinado frecuentemente á los poetas, como la hidra fascina al pájaro. El Parlamento Largo absorbió á Milton; la Convencion atrajo á Lemerrier. Más tarde, los dos iluminaron el interior de una sombría epopeya con no sé qué vaga reverberacion de aquellos dos pandemoniums. En *El Paraíso perdido* se siente á Cromwell, y el 93 palpita en *La Panhypo-crisiade*. La Convencion, para el joven Lemerrier, era la Revolucion convertida en vision y reunida toda entera bajo su mirada. Todos los dias iba allí, como dijo admirablemente, á ver *poner las leyes fuera de la ley*. Todas las mañanas llegaba al abrirse la sesion y se sentaba en la tribuna pública, entre aquellas extrañas mujeres que mezclaban no sé qué tarea doméstica con los espectáculos más terribles, y á las que la Historia conservará su repugnante mote de *calceteras*. Aquellas mujeres le conocian, le esperaban y le guardaban su sitio. Había en su ju-

ventud, en el desórden de sus vestidos, en su espantada atencion, en su ansiedad durante las discusiones, en la profunda fijeza de su mirada, en las entrecortadas palabras que á cada momento se le escapaban, algo tan singular para ellas que le creían privado de razon. Un dia que llegó más tarde que acostumbraba, oyó á una de aquellas mujeres decir á otra: *No te pongas ahí, que es el sitio del idiota*.

Cuatro años despues, en 1797, el idiota daba á Francia *Agamenon*.

¿Acaso, por casualidad, aquella Asamblea inspiraría al poeta aquella tragedia? ¿Qué hay de comun entre Egisto y Danton, entre Argos y París, entre la barbárie homérica y la desmoralizacion volteriana? ¿Extraña idea presentar como espejo, á los atentados de una civilizacion decrepita y corrompida, los cándidos y sencillos crímenes de una época primitiva, haciendo vagar, por decirlo así, á algunos pasos de los cadalsos de la Revolucion francesa los grandiosos espectros de la tragedia griega, confrontando con el moderno regicidio, tal como lo consuman las pasiones populares, el regicidio antiguo, tal como lo llevaban á cabo las pasiones domésticas! Lo confesaré, señores; al pensar en aquella notable época del talento de M. Lemerrier, he buscado frecuentemente la relacion que podría existir entre las discusiones de la Convencion y las querellas de los Atridas, entre lo que él veía y lo que soñaba, y cuando más, he encontrado alguna armonía. ¿Por qué misteriosa trasformacion del pensamiento en el cerebro nació así *Agamenon*? Este

es sin duda uno de esos sombríos caprichos de la inspiracion, cuyo secreto sólo los poetas tienen. Sea de ello lo que quiera, *Agamenon* es, sin contradiccion, una de las más bellas tragedias de nuestro teatro, por el espanto y la piedad á la vez, por la sencillez del elemento trágico, por la gravedad austera del estilo. Ese severo poema tiene verdadero perfil griego. Se siente al estudiarlo la época en que David dió colorido á los bajo relieves de Atenas, y en que Talma les dió palabra y movimiento. Se siente algo más que la época: se siente al hombre. Se adivina al poeta que ha sufrido al escribirlo. En efecto, toda esa gran obra está envuelta en una profunda melancolía, está mezclada con no sé qué terror casi revolucionario. Examinadla—lo merece, señores—ved su conjunto y sus detalles: Agamenon y Strophus, la galera que arriba al puerto, las aclamaciones del pueblo, el heroico tutearse de los Reyes. Contemplad, sobre todo, á Clitemnestra, la pálida y sangrienta figura, la adúltera consagrada al parricidio, que mira á su lado sin comprenderlos, y ¡cosa horrible! sin que la espanten, á la cautiva Casandra y al pequeño Orestes, dos seres en la apariencia débiles, en realidad formidables. El porvenir habla en el uno y vive en la otra. Casandra es la amenaza bajo la forma de una esclava; Orestes es el castigo bajo las facciones de un niño.

Segun acabo de decir, á la edad en que todavía no se sufre y en que apenas se medita, M. Lemerrier sufrió y creó. Dedicado á componer su pensa-

miento, curioso con esa curiosidad profunda que atrae las inteligencias valientes hácia los espectáculos espantosos, aproximóse cuanto pudo á la Convencion, es decir, á la Revolucion. Inclínose sobre la hornalla cuando todavía hervía la estatua del porvenir, y vió flamear y rugir, como la lava en el cráter, los grandes principios revolucionarios, ese bronce con que están hechas hoy dia todas las bases de nuestras ideas, de nuestras libertades y de nuestras leyes. La futura civilizacion era entonces el secreto de la Providencia: M. Lemerrier no intentó adivinarlo. Se limitó á recibir en silencio, con estoica resignacion, el golpe de rechazo de todas las calamidades. Cosa digna de atencion, y sobre la cual no puedo dejar de insistir: tan jóven, tan oscuro, tan desconocido todavía, perdido entre aquella muchedumbre que durante el terror contemplaba los acontecimientos, y los veía pasar conducidos por el verdugo, vióse herido en sus más íntimas afecciones por las catástrofes públicas. Vasallo consagrado y casi servidor personal de Luis XVI, vió pasar el fiacre del 21 de Enero; ahijado de Mad. de Lamballe, vió pasar la pica del 2 de Setiembre; amigo de Andrés Chenier, vió pasar la carreta del 7 de Thermidor. De este modo, á los 20 años, había visto decapitar, en los tres seres más sagrados para él despues de su padre, las tres cosas más resplandecientes de este mundo despues de Dios: la Monarquía, la hermosura y el génio.

Cuando se han sufrido tales impresiones, los

espíritus débiles y tiernos viven tristes toda su vida; los espíritus firmes y elevados permanecen serios. M. Lemercier aceptó, pues, la vida con gravedad. El 9 Thermidor abrió para Francia aquella nueva era, que es la segunda fase de toda revolución. Después de haber visto disolverse la sociedad, M. Lemercier la vió reformarse. Hizo la vida mundana y literaria. Estudió y compartió, sonriendo á veces, las costumbres de aquella época del Directorio, que es, después de Robespierre, lo que la Regencia después de Luis XIV; el alegre tumulto de una nación inteligente escapada del fastidio ó del miedo; la gracia, la alegría y la licencia protestando, en medio de una orgía, contra la tristeza de un despotismo devoto y contra el embrutecimiento de una tiranía puritana. M. Lemercier, célebre entonces por el éxito de *Agamenon*, buscó á todos los hombres escogidos de aquel tiempo y fué buscado por ellos. Conoció á Ecouchard-Lebrun en casa de Ducis, como había conocido en casa de Mad. Pourrat á Andrés Chenier. Lebrun le quiso tanto que no hizo contra él ni un solo epigrama. El duque de Fitz-James y el príncipe de Talleyrand, Mad. de Lameth y M. de Florian, la duquesa de Aiguillon y Mad. Tallien, Bernardino de Saint-Pierre y Mad. de Staël, le festejaron y acogieron. Beaumarchais quiso ser su editor, como 20 años después Dupuytren quiso ser su profesor. Colocado ya á demasiada altura para descender á las exclusiones de partidos, viviendo al igual entre todo lo que era superior, llegó á ser á la

vez amigo de David, que había juzgado al Rey, y de Delille, que le había llorado. Así fué cómo en aquellos años, con aquel cambio de ideas de naturaleza tan diversa, con la contemplación de las costumbres y la observación de los individuos, nacieron y se desarrollaron en M. Lemercier, para hacer frente á todos los casos de la vida, dos hombres—dos hombres libres—un hombre político independiente y un hombre literato original.

Un poco antes de esta época conoció al oficial de fortuna que más tarde debía suceder al Directorio. Sus vidas siguieron el mismo camino durante algunos años. Los dos vivían oscurecidos. El uno estaba arruinado, el otro era pobre. Se le reprochaba al uno su primera tragedia como ensayo de estudiante, y al otro su primera acción como hazaña de jacobino. Sus dos famas empezaron al mismo tiempo con un apodo. Llamaban al uno *M. Mercier-Méléagre*, á la vez que al otro el *General Vendimiario*. ¡Extraña ley, que hace que en Francia se ensañe por un momento el ridículo en todos los hombres superiores! Cuando Mad. de Beauharnais pensó en casarse con el protegido de Barrás, consultó á M. Lemercier sobre aquel matrimonio desigual. M. Lemercier, que se interesaba por el joven artillero de Tolon, se lo aconsejó. Después ambos á dos, el hombre de letras y el hombre de guerra, se engrandecieron casi paralelamente. Al mismo tiempo alcanzaron sus primeras victorias. M. Lemercier hizo representar *Agamenon* en el año de Arcole y de Lodi, y *Pinto* en el año de Marengo. Antes de

Marengo sus relaciones eran ya estrechas. El salon de la calle Chantereine había visto á M. Lemercier leer su tragedia egipcia de *Ophis* al general en jefe del ejército de Egipto; Kléber y Dessaix escuchaban sentados en un rincon. Bajo el Consulado, los lazos se convirtieron en amistad. En Malmaison, el primer Cónsul, con aquella infantil alegría propia de los verdaderos grandes hombres, entraba bruscamente por la noche en el cuarto donde el poeta velaba y se divertía en apagarle la bujía, echando despues á correr riendo á carcajadas. Josefina confió á M. Lemercier su proyecto de casamiento; el primer Cónsul le confió su proyecto de Imperio. Aquel dia M. Lemercier comprendió que perdía un amigo. No quiso amo. No se renuncia fácilmente á la igualdad con semejantes hombres. El poeta se alejó dignamente. Puede decirse que fué el último que en Francia tuteó á Napoleon. El 14 de Floreal, año XII, el dia mismo en que el Senado daba por vez primera al elegido de la nacion el título imperial, *Señor*, M. Lemercier, en carta memorable, le llamaba todavía familiarmente con aquel gran nombre: ¡ *Bonaparte!*

Aquella amistad, á la que sucedió la lucha, honraba á uno y á otro. El poeta no era indigno del capitán. M. Lemercier tenía un hermoso y raro talento. Con más razon que nunca puede decirse hoy que el edificio construido por aquella inteligencia ha recibido la fatal y última piedra que la mano de Dios coloca siempre sobre todos los trabajos del hombre. No esperareis seguramente, señores, que examine

aquí página por página esa inmensa y múltiple obra, que, como la de Voltaire, lo abraza todo, la oda, la epístola, el apólogo, la cancion, la parodia, la novela, el drama, la historia y el folleto, la prosa y el verso, la traduccion y la invencion, la enseñanza política, la enseñanza filosófica y la enseñanza literaria: vasto conjunto de volúmenes y folletos coronados majestuosamente por 10 poemas, 12 comedias y 14 tragedias; rica y fantástica arquitectura, tenebrosa á veces, á veces tambien vivamente iluminada, bajo cuyas arcadas aparecen extrañamente mezclados, enmedio de un singular claro-oscuro, todos los imponentes fantasmas de la Fábula, de la Biblia y de la Historia: Atrides, Ismael, el levita Ephraim, Licurgo, Camila, Clovis, Carlomagno, Baudouin, San Luis, Carlos VI, Ricardo III, Richelieu, Bonaparte, dominados todos ellos por esos cuatro colosos simbólicos, esculpidos sobre el fronton de la obra, Moisés, Alejandro, Homero y Newton; es decir, por la legislacion, la guerra, la poesía y la ciencia. Ese grupo de figuras é ideas que en su inteligencia tenía el poeta y que colocó ámpliamente en nuestra literatura, ese grupo, señores, está lleno de grandeza.

Y despues de haber trazado la principal línea de la obra, permitid que señale algunos detalles salientes y característicos; aquella comedia de la revolucion portuguesa, tan viva, tan espiritual, tan irónica y tan profunda; ese *Plauto* que se diferencia del *Harpagon* de Molière en que, como ingeniosamente lo ha dicho su mismo autor, *el objeto*

de Molière es un avaro que pierde un tesoro: mi objeto es Plauto, que encuentra un avaro; ese Cristóbal Colon, en el que la unidad de lugar es tan rigurosamente observada, pues que la accion pasa sobre el puente de un navío, y á la vez violada con tanta audacia, pues que ese navío — casi he dicho ese drama — va desde el antiguo al nuevo mundo; aquella *Fredagunda*, concebida cual un sueño de Crebillon y cual un pensamiento de Corneille ejecutada; aquella *Atlanta* penetrada por un vivo rayo de la naturaleza, por más que tal vez haya sido interpretada más bien segun la ciencia que segun la poesía; y, en fin, ese último poema, el hombre dado por Dios en espectáculo á los demonios, esa *Panhypocrisiade*, que es á la vez una epopeya, una comedia y una sátira, especie de quimera literaria, especie de mónstruo con tres cabezas que canta, ríe y ladra.

Despues de haber atravesado por todos esos libros, despues de haber subido y bajado la doble escala construida por él mismo, tal vez por él solo, con ayuda de la cual aquel pensador se sumergia en el infierno ó penetraba en el cielo, es imposible, señores, no sentir en el corazon una sincera simpatía hácia aquella noble y laboriosa inteligencia que, sin chocar, ha ensayado valientemente tantas ideas ante ese soberbio gusto francés, tan difícil de satisfacer; filósofo segun Voltaire, poeta á veces segun Shakespeare, escritor precursor que dedicaba epopeyas á Dante en la época en que Dorat volvía á florecer bajo el nombre de Demoustier; intelligen-

cia de vasto vuelo, que tenía á la vez un ala en la tragedia primitiva y otra en la comedia revolucionaria, que por *Agamenon* llega al poeta de *Prometeo*, y al poeta de *Figaro* por *Pinto*.

A primera vista, señores, parece que el derecho de crítica descuella naturalmente del derecho de apología. La vista humana — ¿será perfeccion? ¿será enfermedad? — está hecha de tal modo que siempre va buscando el lado defectuoso de todo. Boileau no alabó á Molière sin restriccion. ¿Redunda esto en honor de Boileau? Lo ignoro, pero ello es así. Doscientos treinta años hace que el astrónomo Juan Fabricius encontró manchas en el sol; 2200 que el gramático Zoilo las encontró en Homero. Parece, pues, que yo podría aquí, sin ofender vuestros usos y sin faltar á la respetable Memoria que se me ha confiado, mezclar algunos reproches en mis alabanzas y tomar ciertas conservadoras precauciones en interés del arte. No lo haré, sin embargo, señores. Y vosotros mismos, al reflexionar que si por casualidad yo, que necesariamente he de ser fiel á convicciones proclamadas muy alto durante toda mi vida, articulase una restriccion respecto de M. Lemercier, esa restriccion se dirigiria tal vez principalmente sobre un punto delicado y supremo, sobre la condicion que, segun yo, abre ó cierra á los escritores las puertas del porvenir; es decir, sobre el estilo. Al pensar esto no dudo, señores, que comprendereis mi reserva y aprobareis mi silencio. Además, segun decía al empezar, y deberé repetirlo en este momento sobre todo,



¿quién soy yo? ¿Quién me ha dado calidad para resolver cuestiones tan complejas y tan graves? ¿Por qué la certidumbre que creo sentir en mí habría de resolverse en autoridad para otro? Sólo la posteridad — y ésta es también una de mis convicciones — tiene el definitivo derecho de crítica y de juicio hacia los talentos superiores. Sólo ella, que ve su obra en su conjunto, en su proporción y en su perspectiva puede decir en qué han errado y decidir en qué han faltado. Para adoptar aquí ante vosotros el augusto papel de la posteridad, para dirigir un reproche ó una queja á una gran inteligencia, sería preciso al ménos ser ó creerse un contemporáneo eminente. Yo no tengo la dicha de ese privilegio, ni la desgracia de aquella pretension.

Y despues, señores, y aquí es preciso venir á parar cuando de M. Lemerrier se hable, cualquiera que su brillo literario fuera, su carácter era tal vez más completo que su talento.

Desde el día en que creyó deber suyo luchar contra lo que le parecía la injusticia convertida en gobierno, inmoló en aras de aquella lucha la fortuna que había vuelto á encontrar despues de la Revolucion, y que el Imperio le arrebató; su bienestar, su reposo, aquella seguridad exterior que es como la muralla de la felicidad doméstica, y ¡cosa admirable en un poeta! hasta los éxitos de sus obras. Nunca poeta alguno hizo combatir con bravura más heroica á las tragedias y comedias. Enviaba sus piezas á la censura como un general sus soldados

al asalto. Suprimido un drama era inmediatamente reemplazado por otro, que sufría la misma suerte. Yo he tenido, señores, la triste curiosidad de averiguar y evaluar el perjuicio causado por aquella lucha á la fama del autor de *Agamenon*. ¿Quereis saber el resultado? — Sin contar *El Levita de Ephraim*, proscrito por el Comité de Salud Pública como peligroso para la filosofia, *El Tartufe revolucionario*, proscrito por la Convencion como contrario á la República; *La Demencia de Carlos VI*, proscrito por la Restauracion como hostil á la Monarquía; sin detenerme en *El Corruptor*, silbado, segun se dijo, en 1823 por los Guardias de Corps; limitándome á los actos de la censura imperial, hé aquí lo que he encontrado: *Pinto*, representado 20 veces y prohibido despues; *Plauto*, representado siete veces y prohibido despues; *Cristóbal Colon*, representado 11 veces militarmente ante las bayonetas y despues prohibido; *Carlomagno*, prohibido; *Camila*, prohibido. En aquella guerra, vergonzosa para el poder, honrosa para el poeta, M. Lemerrier vió en 10 años cinco grandes dramas matados bajo él.

Volvió algun tiempo por su derecho y por su pensamiento con enérgicas reclamaciones, directamente dirigidas al mismo Bonaparte. Un día, en medio de una discusion delicada y casi ofensiva, el amo, interrumpiéndose, le dijo bruscamente: *¿Qué teneis? Os poneis completamente encarnado. — Y vos completamente pálido*, contestó dignamente M. Lemerrier; *es el efecto que en cada uno de nos-*

otros se produce cuando nos irrita alguna cosa; yo enrojezco y vos palideceis. Bien pronto cesó por completo de ver al Emperador. Una vez, sin embargo, en Enero de 1812, en la culminante época de las prosperidades de Napoleon, algunas semanas despues de la arbitraria supresion de su Camilla, en un momento en que desesperaba de poder hacer representar jamás una de sus piezas en tanto que durase el Imperio, tuvo que presentarse en las Tullerías en su calidad de miembro del Instituto. En el momento en que Napoleon le percibió, fué derecho á él.—*Y bien, Sr. Lemercier, ¿cuándo vais á darnos una hermosa tragedia?* M. Lemercier miró fijamente al Emperador, y sólo contestó estas palabras: *Espero que bien pronto.* ¡Terribles palabras! ¡Palabras de profeta más aún que de poeta! ¡Palabras que, pronunciadas al principio de 1812, contienen Moscou, Waterlío y Santa Elena!

Sin embargo, en aquel severo y silencioso corazon no se había extinguido todo el sentimiento de simpatía hácia Bonaparte. Estaba en sus últimos tiempos, y la edad había más bien reanimado que apagado aquel fuego. Pasado el año, casi por época semejante, en una hermosa mañana de Mayo extendióse por París el rumor de que Inglaterra, avergonzada al fin de lo que había hecho en Santa Elena, devolvía á Francia el féretro de Napoleon. M. Lemercier, doliente ya y enfermo hacía cerca de un mes, hizo que le llevasen el periódico. En efecto, el periódico anunciaba que una fragata se

iba á hacer á la vela para Santa Elena. Pálido, tembloroso, levantóse el viejo poeta, brilló una lágrima en sus ojos y en el momento en que le leyeron que «el general Bertrand iría á buscar al Emperador. su amo...» *Y yo, exclamó, iré á buscar á mi amigo el primer Cónsul.*

Ocho días despues partió.

—*¡Ay de mí!* me decía su respetable viuda, refiriéndome estos dolorosos detalles; *no fué á buscarle; hizo más, fué á unirse con él.*

Acabamos de recorrer con la mirada toda aquella noble vida; saquemos de ella ahora la enseñanza que encierra.

M. Lemercier es uno de esos hombres raros que obligan á la inteligencia á proponerse y ayudan al pensamiento á resolver este grave y magnífico problema: ¿Cuál debe ser la actitud de la literatura frente á frente de la sociedad, segun las épocas, segun los pueblos y segun los Gobiernos?

Antiguo trono de Luis XIV, gobierno de las Asambleas, despotismo de la gloria, Monarquía absoluta, República tiránica, dictadura militar, hoy todo esto se ha desvanecido. A medida que nosotros, nuevas generaciones, bogamos de año en año hácia lo desconocido, los tres inmensos objetos que M. Lemercier encontró en su camino, que amó, contempló y combatió sucesivamente, inmóviles y muertos ya, se hunden poco á poco entre la espesa bruma del pasado.

Los Reyes de la rama primogénita no son ya más que sombras; la Convencion no es ya más

que un recuerdo; el Emperador no es ya más que una tumba.

Sólo las ideas que contenían les han sobrevivido. La muerte y el derrumbamiento no sirven más que para hacer desprenderse de las cosas ese valor intrínseco y esencial que es en ellas como el alma. Dios encierra algunas veces las ideas en ciertos hechos y en ciertos hombres, como se encierran en vasos los perfumes. Cuando el vaso cae, la idea se extiende.

Señores: la raza primogénita contenía la tradición histórica; la Convención contenía la expansión revolucionaria; Napoleón contenía la unidad nacional. De la tradición nace la estabilidad, de la expansión nace la libertad, de la unidad nace el poder. Ahora bien, la tradición, la unidad y la expansión, en otros términos, la estabilidad, el poder y la libertad son la civilización misma. La raíz, el tronco y el follaje forman todo el árbol.

La tradición, señores, interesa á este país. Francia no es una colonia hecha nación violentamente; Francia no es una América. Francia forma parte integrante de Europa. No puede romper con el pasado, por la misma razón que no puede romper con el suelo. Por esto, en mi sentir, ha sido por lo que, con admirable instinto, nuestra última Revolución, tan grave, tan fuerte, tan inteligente, ha comprendido que, hechas las familias coronadas para las naciones soberanas, era preciso, en ciertas edades de las razas reales, sustituir al derecho hereditario de Príncipe á Príncipe, el derecho hereditario de

rama á rama; y con profundo buen sentido ha escogido para Jefe constitucional un antiguo lugarteniente de Dumouriez y de Kellermann que era nieto de Enrique IV y descendiente de Luis XIV; con alta razón ha transformado en dinastía joven una familia antigua, monárquica y popular á la vez, llena de pasado por su historia y de porvenir por su misión.

Pero si la tradición histórica interesa á la Francia, la expansión liberal no la interesa menos. La expansión de las ideas es su propio movimiento. Francia es por la tradición y vive por la expansión.

¡No permita Dios, señores, que al recordaros en este instante lo poderosa y soberbia que era Francia hace 30 años, tenga yo ni por un solo momento la impía intención de rebajar, humillar ó desalentar, por medio de un pretendido contraste, la Francia actual! Podemos decirlo con tranquilidad, y sin que sea necesario esforzar la voz para afirmar esta verdad tan sencilla. Francia es hoy tan grande como ha podido serlo en otras épocas de su historia. Hace 50 años que, al empezar su propia transformación, empezó también el rejuvenecimiento de todas las antiguas sociedades. Francia parece haber dividido en dos partes iguales su misión y su tiempo. Durante 25 años ha impuesto sus armas á Europa; desde hace 25 años viene imponiéndola sus ideas. Con su prensa gobierna los pueblos; con sus libros gobierna las inteligencias. Si ya no tiene la conquista, esa dominación por la guerra, tiene la iniciativa, esa dominación por la paz. Francia es la

que redacta la orden del día del pensamiento universal; lo que Francia propone, se pone á discusión en el mismo instante por la humanidad entera; lo que ella decide, forma ley. Su espíritu se introduce poco á poco en los gobiernos y los sana. De Francia nacen todas las generosas palpitaciones de los demás pueblos, todos los cambios insensibles del mal al bien, que se realizan entre los hombres en este momento y que libran á los Estados de violentas sacudidas. Las naciones prudentes que se preocupan del porvenir, procuran introducir en su vieja sangre la provechosa fiebre de las ideas francesas, no como una enfermedad, sino, permitidme esta expresion, como vacuna que inocular el progreso y preserva de las revoluciones. Tal vez los límites materiales de la Francia están momentáneamente restringidos, no seguramente sobre el eterno mapamundi en que Dios ha señalado los compartimientos con rios, océanos y montañas, sino sobre ese efímero mapa, embadurnado de rojo y azul, que la victoria ó la diplomacia rehacen cada 20 años. ¿Qué importa? En tiempo dado, el porvenir vuelve á ajustarlo todo en el molde de Dios. La forma de la Francia es fatal. Y despues, si las coaliciones, las reacciones y los Congresos han hecho una Francia, los poetas y los escritores han hecho otra. Aparte de sus fronteras visibles, tiene la gran nacion invisibles fronteras que sólo se detienen allí donde el género humano cesa de hablar su lengua; es decir, en los límites mismos del mundo civilizado.

Permitidme pronunciar algunas palabras más; concededme vuestra benevolencia algunos instantes, y concluyo.

Ya lo veis, no soy de aquellos que desesperan. Perdóneseme esta debilidad: admiro mi país y amo mi tiempo. Dígase lo que se quiera, no creo en el decaimiento gradual de la Francia, como no creo en el empequeñecimiento progresivo de la raza humana. Creo que esto no puede entrar en los desig-nios del Señor, que ha hecho sucesivamente, Roma para el hombre antiguo, y Paris para el hombre nuevo. El dedo eterno, visible á mi parecer en todas las cosas, mejora perpétuamente el universo con el ejemplo de las naciones escogidas, y las naciones escogidas con el trabajo de las inteligencias superiores. Que no contrarie, señores, al espíritu de sátira y diatriba este ciego que mira; creo en la humanidad y tengo fé en mi siglo; que no des-agrade al espíritu de duda y de exámen este sordo que escucha; creo en Dios y tengo fé en su provi-dencia.

Nada pues, nada ha degenerado entre nosotros. La Francia conserva siempre la antorcha de las naciones. Esta época es grande, así lo pienso—yo que nada soy, tengo el derecho de decirlo—es grande por la ciencia, grande por la industria, grande por la elocuencia, grande por la poesía y por el arte. A los hombres de las nuevas generacio-nes, séales concedida esta tarda justicia por el más pequeño y el último de entre ellos, los hombres de las nuevas generaciones han continuado la obra

de sus padres piadosa y valerosamente. Desde la muerte del gran Goethe, el pensamiento alemán quedó en la sombra; desde la muerte de Byron y Walter Scott, la poesía inglesa se extinguió; no hay en este momento en el universo más que una sola literatura que arda y viva, la literatura francesa. No se leen más que libros franceses desde Petersburgo á Cádiz, desde Calcuta á New-York. El mundo se inspira en ella, Bélgica de ella vive. Sobre toda la superficie de los tres continentes, por todas partes en donde germina una idea, la ha sembrado un libro francés. ¡Honor, pues, á los trabajos de las jóvenes generaciones! Los poderosos escritores, los nobles poetas, los eminentes maestros que están entre vosotros, contemplan con dulzura y alegría cómo surgen por todas partes en el eterno campo del pensamiento hermosos renombres. ¡Oh, que se dirijan con confianza hácia este recinto, como os lo decía, hace 11 años, al tomar asiento entre vosotros mi ilustre amigo M. de Lamartine, *no dejareis á ninguno en el umbral!*

Pero que esos jóvenes á quienes la gloria acompaña, que esos magníficos talentos, que esos continuadores de la gran tradición literaria francesa no lo olviden: á nuevos tiempos, nuevos deberes. Hoy día la misión del escritor es ménos peligrosa que otras veces, pero no por eso es ménos augusta. Ya no tiene que defender la Monarquía contra el cadalso como en 93, ni tiene que salvar la libertad de la mordaza como en 1810; tiene que propagar la civilización. No es ya necesario que dé su cabeza, como

Andrés Chenier, ni que sacrifique su obra, como Lemercier; basta que consagre á ella su pensamiento.

Consagrar su pensamiento—permitid que repita aquí solemnemente lo que siempre he dicho, lo que por todas partes he escrito, lo que en la restringida proporción de mis esfuerzos no ha dejado de ser mi regla, mi ley, mi principio y mi objeto—consagrar su pensamiento al continuo desarrollo de la sociabilidad humana; desdeñar los populachos y amar al pueblo; respetar en los partidos, aún separándose de ellos algunas veces, las innumerables formas que tiene derecho á tomar la múltiple y fecunda iniciativa de la libertad; regular en el poder, aún resistiéndole en caso necesario, el punto de apoyo, divino según unos, según otros humano, misterioso y saludable según todos, sin el cual toda sociedad vacila; confrontar de cuándo en cuándo las leyes humanas con la ley cristiana y la penalidad con el Evangelio; ayudar la imprenta con el libro, siempre que trabaje según el verdadero sentido del siglo; difundir profusamente sus excitaciones y sus simpatías sobre esas generaciones cubiertas todavía por la sombra, que languidecen faltas de aire y espacio, y cuyas pasiones, sufrimientos é ideas oímos estrellarse tumultuosamente contra las profundas puertas del porvenir; verter sobre la muchedumbre, por medio del teatro, á través de la risa y el llanto, á través de las solemnes lecciones de la Historia, á través de elevadas fantasías de la imaginación, aquella tierna y

conmovera emoción que se resuelve en el alma de los espectadores, en piedad hácia la mujer y veneración hácia el anciano; hacer penetrar la naturaleza en el arte, como la sávia del mismo Dios; en una palabra, civilizar á los hombres con el sereno resplandor del pensamiento sobre sus cabezas; hé ahí, señores, la mision, la funcion y la gloria del poeta.

Lo que digo respecto del poeta solitario, lo que digo respecto del escritor aislado, lo diría si me atreviese de vosotros mismos, señores. Llevais en vuestros corazones y sobre las almas una influencia inmensa. Sois uno de los principales centros de ese poder espiritual que cambió de puesto desde Lutero, y que desde hace tres siglos ha dejado de pertenecer exclusivamente á la Iglesia. En la civilización actual, dos dominios nacen de vosotros: el dominio intelectual y el dominio moral. Vuestros premios y vuestras coronas no se limitan al talento, se extienden hasta la virtud. La Academia francesa está en comunión perpétua con las inteligencias especulativas por medio de sus filósofos; con las inteligencias prácticas, por medio de sus historiadores; con la juventud, con los pensadores y con las mujeres, por medio de sus poetas; con el pueblo, por la lengua que éste hace y aquélla rectifica. Estais colocados entre los grandes Cuerpos del Estado y á su misma altura, para completar su acción, para dirigir sus rayos hácia todas las sombras sociales, para hacer que penetre el pensamiento, esa potencia sutil y, por decir-

lo así, respirable, allí donde no puede penetrar el Código, ese texto rígido y material. Los demás poderes aseguran y regulan la vida exterior de la nación; vosotros gobernais la vida interior. Aquellos hacen las leyes, vosotros las costumbres.

Sin embargo, señores, no vayamos más allá de lo posible. Ni en las cuestiones religiosas, ni en las cuestiones sociales, ni aún en las cuestiones políticas, nadie posee la solución definitiva. El espejo de la verdad se ha roto en medio de las modernas sociedades. Cada partido ha recogido un pedazo. El pensador procura unir esos fragmentos, rotos la mayor parte de ellos en las más extrañas formas, algunos manchados de lodo, otros ¡ay! manchados de sangre. Para volver á ajustarlos mal que bien, y volver á encontrar con algunas dudas la verdad total, basta un sábio; para soldarlos unos á otros y devolverles la unidad, sería necesario Dios.

Ninguno se ha parecido á ese sábio — permítidme, señores, que al terminar pronuncie un nombre venerable, hácia el cual he sentido siempre una piedad particular — ninguno se ha parecido á ese sábio tanto como aquel noble Malesherbes, que fué á la vez un gran literato, un gran magistrado, un gran ministro y un gran ciudadano. Sólo que vino demasiado pronto. Era más bien el hombre que cierra las revoluciones que el hombre que las abre. La absorción insensible de las conmociones del porvenir por los progresos del presente; la dulcificación de las costumbres; la educación de las masas por las escuelas, talleres y bibliotecas; el mejo-

ramiento gradual del hombre por la ley y la enseñanza; hé ahí el objeto sério que debe proponerse todo buen Gobierno y todo verdadero pensador; hé ahí la mision que se había impuesto Malesherbes durante sus demasiado cortos Ministerios. Desde 1776, sintiendo acercarse la tormenta que diez y siete años despues lo arrancó todo, se apresuró á ligar la vacilante Monarquía en este sólido terreno. De aquel modo hubiera salvado al Estado y al Rey si el cable no se hubiera roto. Pero—y esto debe alentar á cualquiera que imitarle quiera — si el mismo Malesherbes pereció, su recuerdo al ménos ha permanecido indestructible en la tempestuosa memoria de ese pueblo en revolucion que todo lo olvida, como permanece en el fondo del Océano, medio enterrada bajo la arena, la vieja ancla de hierro de un navío que desaparece en medio de la tempestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GARCÍA"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CONTESTACION

DE M. VICTOR HUGO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA FRANCESA, AL DISCURSO DE M. SAINT-MARC GIRARDIN

16 Enero 1845.

SEÑOR:

Vuestro pensamiento se ha adelantado al mio. En el momento de alzar la voz en este recinto para responderos, no puedo dominar una profunda y dolorosa emocion. Vos la comprendeis, señor; vos comprendeis que mi primer movimiento no podría dirigirse hácia vos, ni áun hácia el honorable y malogrado compañero al cual sucedeis. En este instante, en que hablo en nombre de la Academia entera, ¿cómo podría contemplar un puesto vacío en sus filas sin pensar en el eminente y extraño hombre que debía estar en ellas, en aquel íntegro servidor de la pátria y de las letras, aniquilado por sus mismos trabajos, expuesto ayer á tantos odios, rodeado hoy de esa respetuosa y universal simpatía, que no tiene más inconveniente que el de esperar siempre para declararse en favor de los hombres

30343

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

®

ramiento gradual del hombre por la ley y la enseñanza; hé ahí el objeto sério que debe proponerse todo buen Gobierno y todo verdadero pensador; hé ahí la mision que se había impuesto Malesherbes durante sus demasiado cortos Ministerios. Desde 1776, sintiendo acercarse la tormenta que diez y siete años despues lo arrancó todo, se apresuró á ligar la vacilante Monarquía en este sólido terreno. De aquel modo hubiera salvado al Estado y al Rey si el cable no se hubiera roto. Pero—y esto debe alentar á cualquiera que imitarle quiera — si el mismo Malesherbes pereció, su recuerdo al ménos ha permanecido indestructible en la tempestuosa memoria de ese pueblo en revolucion que todo lo olvida, como permanece en el fondo del Océano, medio enterrada bajo la arena, la vieja ancla de hierro de un navío que desaparece en medio de la tempestad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO GARCÍA"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CONTESTACION

DE M. VICTOR HUGO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA FRANCESA, AL DISCURSO DE M. SAINT-MARC GIRARDIN

16 Enero 1845.

SEÑOR:

Vuestro pensamiento se ha adelantado al mio. En el momento de alzar la voz en este recinto para responderos, no puedo dominar una profunda y dolorosa emocion. Vos la comprendeis, señor; vos comprendeis que mi primer movimiento no podría dirigirse hácia vos, ni áun hácia el honorable y malogrado compañero al cual sucedeis. En este instante, en que hablo en nombre de la Academia entera, ¿cómo podría contemplar un puesto vacío en sus filas sin pensar en el eminente y extraño hombre que debía estar en ellas, en aquel íntegro servidor de la pátria y de las letras, aniquilado por sus mismos trabajos, expuesto ayer á tantos odios, rodeado hoy de esa respetuosa y universal simpatía, que no tiene más inconveniente que el de esperar siempre para declararse en favor de los hombres

30343

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ilustres el momento supremo de la desgracia? Dejarme, señor, hablaros de él un momento. Lo que en él todos estimábamos, lo que en esta Academia era, ya lo sabeis: el maestro de la crítica moderna, el escritor elevado, elocuente, gracioso y severo, el justo y sábio espíritu consagrado á la firme y recta razon, el hermano afectuoso, el amigo fiel y seguro, que me es imposible considerar ausente de mi lado sin sentir una inexplicable opresion en el corazon. Esta ausencia tendrá un término, no lo dudemos; volverá. Confiemos en Dios, que tiene en su mano nuestras inteligencias y nuestros destinos, pero que no crea semejantes hombres para que dejen sin terminar su obra. ¡Hombre excelente y querido! Compartía su vida noble y seria entre los más graves asuntos y los cuidados más conmovedores. Tenía el alma tan inagotable como la inteligencia. Su elogio podría hacerse con una sola frase. El dia en que fué preciso, se encontró que en aquel gran literato, en aquel hombre público, en aquel orador, en aquel ministro, había una madre!

En medio de los unánimes sentimientos que hacia él se dirigen, siento con más ardor que nunca todo su valor y toda mi insuficiencia. ¡Que no me reemplazase en este momento! ¡Si le fuese dado á la Academia, si le fuese dado á este auditorio tan ilustre y tan encantador que me rodea oírle hablar en esta ocasion desde el sitio en que me encuentro, con qué seguridad de gusto, con qué elevacion de lenguaje, con qué autoridad de buen sentido hu-

quiera sabido apreciar vuestros méritos, señor, y rendir homenaje al talento de M. Campenon!

M. Campenon, en efecto, tenía uno de esos géneros de inteligencia que reclaman el golpe de vista del crítico más experimentado y delicado. Ese trabajo de análisis inteligente y meditado me le habeis hecho fácil, señor, haciéndole vos mismo, y despues de vuestro excelente discurso poco me queda que decir del autor del *Hijo pródigo* y de la *Casa de los Campos*. Estudiar á M. Campenon, como yo lo he hecho, es amarle; explicarle cual lo habeis hecho vos, es hacerle amar. Para leerle bien, es preciso conocerle bien. En él, como todas las naturalezas francas y sinceras, el escritor deriva del filósofo, el poeta deriva del hombre, sencilla, fácilmente, sin violencia, sin esfuerzo. De su carácter se puede deducir su poesia, de su vida sus poemas. Sus obras son todo lo que su espíritu es. Era dulce, fácil, tranquilo, benévolo, lleno de gracia en su persona y de amenidad en su palabra, indulgente con todos los hombres, resignado á todas las cosas; amaba la familia, la casa, el hogar doméstico, el techo paterno; amaba el retiro, los libros, el ocio como un poeta, la intimidad como un sábio; amaba los campos por lo que ellos son, más bien por las flores que en ellos encontraba que por los versos que de ellas hacia, más como un buen hombre que como académico, más bien como la Fontaine que como Delille. Nada superaba la excelencia de su inteligencia más que la excelencia de su corazon. Tenía el gusto de la admiracion, buscaba las

grandes amistades literarias y gozaba con ellas. El cielo no le había dado, sin duda, el esplendor del génio, pero le había dado lo que le acompaña casi siempre, lo que muchas veces ocupa su lugar: la dignidad del alma. M. Campenon no sentía envidia ante las grandes inteligencias, ni ambicion ante los grandes destinos. Era, cosa rara y admirable, del reducido número de esos hombres de segunda fila que tienen cariño á los de la primera.

Lo repito, una vez conocido su carácter, se conocía su talento, y en esto participaba de ese noble privilegio de revelacion de sí mismo, que sólo parece pertenecer al génio. Cada una de sus obras es como una produccion necesaria, cuya raíz se encuentra en algun rincón de su corazón. Su amor á la familia, engendró ese dulce y conmovedor poema del *Hijo pródigo*; su afición por el campo hizo nacer la *Casa de los Campos*, ese gracioso idilio; su culto hácia las inteligencias eminentes determinó los *Estudios sobre Ducis*, libro curioso é interesante en sumo grado, por todo lo que enseña y por todo lo que deja entrever; retrato fiel y cuidadoso de una figura aislada, pintura involuntaria de toda una época.

Ya lo veis, el literato reflejando al hombre, el talento espejo del alma, el corazón estrechamente mezclado siempre con su imaginación; tal fué M. Campenon. Amó, pensó, escribió; fué soñador en su juventud, se hizo pensativo en su ancianidad.

A aquellos que nos pregunten si fué grande y

si fué ilustre, les responderemos: fué bueno y fué dichoso.

Uno de los caracteres del talento de M. Campenon, es la presencia de la mujer en todas sus obras. En 1810 escribió, en una carta á M. Legouvé, autor del *Mérito de las mujeres*, estas notables palabras: «¿Cuándo comprenderán al fin las gentes de letras el partido que podrían sacar en sus versos de las cualidades infinitas y de las gracias de la mujer, que tantas inquietudes y tan poca felicidad verdadera tiene aquí abajo? Sería honroso para nosotros, literatos y filósofos, procurar con nuestras obras despertar el interés en favor de las mujeres, algo desheredadas por los hombres, conven-gamos en ello, en el orden social que hemos hecho, más bien para nosotros que para ellas. Vos habeis dedicado á las mujeres todo un poema; yo las dedicaré gustoso toda mi poesía.» Hay en estas pocas líneas una luz arrojada sobre aquella naturaleza, tierna, patética y afectuosa. Todas sus composiciones, en efecto, están dulcemente iluminadas, por decirlo así, por la figura de una mujer, bella y luminosa, inclinada cual una musa sobre la quebrantada y dolorosa frente del poeta. Es Eleonora en su poema del *Tasso*, desgraciadamente incompleto; es en sus elegías la joven enferma, la judía de Cambrai, María Estuardo, mademoiselle de la Vallière, madame de Sevigné. Tú, Sevigné, de quien dice:

«Tú que fuiste madre y no fuiste autor.»

Es en la parábola del *Hijo pródigo* aquella in-

tervencion de la madre que, desde luego, señor, le habeis reprochado; anacronismo de un corazon irreflexivo y bueno, que se manifiesta cristiano y moderno alli donde seria necesario ser judío y antiguo, y que se presenta indulgente en un asunto severo; falta real, pero encantadora.

Por mi parte no puedo, lo confieso, leer sin cierto enternecimiento aquel voto conmovedor de M. Campenon en favor de la mujer *que tiene*, repito sus propias palabras, *tantas inquietudes y tan poca felicidad aqui abajo*. Aquel llamamiento á los escritores, se ve que nace de lo más profundo de su alma. Lo ha repetido frecuentemente acá y allá, bajo diferentes formas, en todas sus obras, y cada vez que se encuentra ese sentimiento, agrada y conmueve, pues nada encanta tanto como encontrar en un libro cosas que son dulces al par que justas.

¡Oh! ¡Qué ese voto sea escuchado! ¡Qué no sea en vano ese llamamiento! Que el poeta y el pensador concluyan por hacer cada vez más santa y venerable á los ojos de la multitud, demasiado pronta á la ironía y demasiado dispuesta á la indiferencia, esa pura y noble compañera del hombre, tan fuerte algunas veces, frecuentemente tan agobiada, tan resignada siempre, casi igual al hombre por el pensamiento, superior al hombre por todos los instintos misteriosos de la ternura y del sentimiento, no teniendo en tan alto grado, si se quiere, la facultad de crear con el espíritu, pero sabiendo amar mejor; tal vez ménos grande inteli-

gencia, pero de seguro mucho mayor corazon; los espíritus ligeros la condenan y ridiculizan fácilmente; el vulgo es todavía pagano en todo lo que á ella se refiere, hasta en el grosero culto que la rinde; las leyes sociales son rudas y avaras para ella; pobre, está condenada al trabajo; rica, á la contrariedad; las preocupaciones, áun en lo que de bueno y útil tienen, pesan más duramente sobre ella que sobre el hombre; su mismo corazon, tan elevado y tan sublime, no siempre es para ella un consuelo y un asilo; como ama mejor, sufre más; parece como si Dios hubiera querido darla en este mundo todos los martirios, sin duda porque de antemano la reserva todas las coronas. Pero tambien, ¡qué papel desempeña en el conjunto de los hechos providenciales, de los que resulta el mejoramiento continuo del género humano! ¡Cuán grande es, en el entusiasmo sério de los contempladores y de los poetas, la mujer de la civilizacion cristiana, figura angélica y sagrada, hermosa, con la belleza física al par que con la belleza moral, pues la hermosura exterior no es más que la revelacion y el resplandor de la belleza interior; siempre dispuesta á desplegar segun la ocasion, ya una gracia que nos encante, ya una perfeccion que nos aconseje; aceptándolo todo de la desgracia, excepto la hiel, puesto que es más dulce á medida que está más triste; santificada en fin, en todas las edades de la vida: hija por la inocencia, esposa por el deber, madre por el sacrificio!

M. Campenon formaba parte de la Universidad;

la Academia, para reemplazarle, ha buscado lo más distinguido que la Universidad podía ofrecerla; su elección, señor, se fijó en vos naturalmente. Vuestros trabajos literarios sobre Alemania, vuestras investigaciones sobre el estado de la instrucción intermediaria en ese gran país, os recomendaban notablemente á los sufragios de la Academia. Un *Cuadro de la literatura francesa en el siglo XVI*, lleno de ojeadas ingeniosas, un notable *Elogio de Bossuet*, escrito con vigoroso estilo, os habían hecho ya merecedor de dos de sus coronas. La Academia os contaba entre sus más brillantes laureados; hoy os admite entre los jueces.

En esta nueva posición, vuestro horizonte, señor, se ensanchará. Abarcareis, con mirada más firme al par que más extensa, más vastos espacios. Los espíritus como el vuestro se fortifican á medida que se elevan, y á medida que se alza su punto de vista sube su pensamiento. Nuevas perspectivas, que tal vez á vos mismo os sorprendan, se presentarán á vuestra vista. Esta es, señor, una región serena. Al entrar en esta compañía secular, que tantos y tan grandes nombres han honrado, donde tanta gloria hay, y, por consiguiente, tanta serenidad, cada cual depone su pasión personal y toma la pasión de todos: la verdad. Sed bienvenido, señor. No encontrareis aquí el eco de las controversias que conmueven á los espíritus por fuera, y cuyo ruido no llega hasta nosotros. Los miembros de esta Academia habitan la esfera de las ideas puras. Séame permitido hacerles esta justicia á mí, uno de los últimos

de entre ellos por el mérito y por la edad. Ignoran todo sentimiento que pudiera turbar la inalterable paz de su pensamiento. Bien pronto, señor, llamado á sus Asambleas interiores, los conoceréis, los vereis tales como son, afectuosos, benévolos, pacíficos, consagrados todos á los mismos trabajos y á los mismos gustos; honrando las letras, cultivándolas unos con más inclinación hácia el pasado, otros con más fé en el porvenir; aquéllos, cuidadosos sobre todo de pureza, adorno y corrección, prefiriendo á Racine, Boileau y Fenelon; éstos, preocupados con la Filosofía y la Historia, hojeando Descartes, Pascal, Bossuet y Voltaire; sorprendidos además, por las atrevidas y varoniles bellezas del génio libre, admirando ante todo la Biblia, Homero, Esquilo, Dante, Shakspeare y Molière; todos acordes, aunque diversos, poniendo sus opiniones en comun, con cordialidad y buena fé; buscando lo perfecto, meditando lo grande; viviendo juntos, en fin, hermanos más bien que cofrades, en el estudio de los libros y de la naturaleza, en la religión de lo bello y del ideal, en la contemplación de los maestros eternos.

Esta será para vos, señor, una enseñanza interior que aprovechará, no lo dudeis, á vuestra enseñanza de fuera. Vuestra misma inteligencia tan cultivada, vuestra misma palabra tan viva, tan variada, tan espiritual y tan justamente aplaudida, podrán alimentarse y fortificarse con el comercio de tantos espíritus elevados y tranquilos, y en particular con los de esos nobles ancianos, vuestros

antecesores y vuestros maestros, llenos á la vez de autoridad y de dulzura, de gravedad y de gracia, que conocen la verdad y quieren el bien.

En cambio vos, señor, traereis á las deliberaciones de la Academia vuestras luces, vuestra erudición, vuestro ingenioso espíritu, vuestra rica memoria, vuestro elegante lenguaje.

Felicitaos por las nuevas fuerzas que adquiriréis así, al lado de vuestros venerables cofrades, para vuestra delicada y difícil misión. ¡Qué más eficaz y más elevado que una enseñanza literaria, penetrada del espíritu tan imparcial, tan simpático y tan benévolo que anima en este momento á esta antigua é ilustre compañía! ¡Qué más útil que una enseñanza literaria, docta, amplia, desinteresada, digna de una gran corporación como el Instituto, y de un gran pueblo como la Francia, objeto de estudio para las nuevas inteligencias y motivo de meditación para los talentos formados y los espíritus maduros! ¡Qué más fecundo que semejantes lecciones, compuestas de prudencia tanto como de ciencia, que todo lo enseñan á los jóvenes y que algo enseñan á los ancianos!

No es tarea insignificante, señor, sostener el peso de una gran enseñanza pública en esta memorable é ilustre época, en la que por todas partes se renueva el espíritu humano. Este siglo ha visto suceder á una generación de soldados, una generación de escritores. Ha empezado con las victorias de la espada y continúa con las victorias del pensamiento. ¡Grande espectáculo! Abarcando el con-

junto, juzgando desde un punto de vista elevado el inmenso trabajo que por todas partes se opera, hechas todas las críticas, admitidas todas las restricciones, en el tiempo en que nos encontramos lo que existe en el fondo de las inteligencias es bueno. Todos cumplen su misión y su deber; el industrial como el literato, el hombre de prensa como el de la tribuna, todos; desde el obrero humilde, benévolo y laborioso que se levanta ántes que la luz entre en su oscura celda, que acepta la sociedad y que la sirve aunque colocado en sus últimas capas, hasta el Rey, que desde lo alto de su trono derrama sobre todas las naciones las graves y santas palabras de la concordia universal.

En una época tan seria son necesarios serios consejos. Aunque casi temerario sea emprender tanta empresa, permitidme, señor, á mí que no he tenido jamás la dicha de ser del número de vuestros oyentes, y que lo lamento, representarme tal cual debe ser, tal cual sin duda es, y ensayar el hacer hablar un momento en vuestra presencia, así como yo al menos la comprendería en su punto de partida, esa elevada enseñanza del Estado recogida siempre; insisto acerca de este punto como una lección por la multitud estudiosa y por las nuevas generaciones, mereciendo á veces hasta el insigne honor de ser aceptada como un aviso, por el erudito, por el sábio, por el publicista, por el talento que fertiliza el viejo surco literario, hasta por esos hombres eminentes y solitarios que dominan toda una época, apoyados á la vez sobre la idea con que Dios

dotó á su siglo y sobre la idea con que Dios dotó á su espíritu.

¡ Literatos ! Sois lo selecto de las generaciones, la inteligencia de las multitudes reunida en algunos hombres, la cabeza misma de la nacion. Sois los instrumentos vivos, los jefes visibles de un poder espiritual, formidable y libre. Para no olvidar nunca cuál es vuestra responsabilidad, no olvidéis nunca cuál es vuestra influencia. Contemplad lo que han hecho vuestros abuelos, pues que teneis por antepasados todos los génios que desde hace tres mil años han guiado ó extraviado, han iluminado ó turbado al género humano. Lo que de todos sus trabajos se desprende, lo que de todas sus pruebas resulta, lo que descuella en todas sus obras, es la idea de su poder. Homero ha hecho más que Aquiles, ha hecho á Alejandro; Virgilio apaciguó la Italia despues de las guerras civiles; Dante la agitó; Lucano fué la pesadilla de Neron; Tácito hizo de Caprea el cepo de Tiberio. En la Edad Media, ¿ quién fué, despues de Jesucristo, la ley de las inteligencias? Aristóteles. Cervantes destruyó la caballería; Molière corrigió la nobleza por la burguesía, y la burguesía por la nobleza; Corneille derramó el espíritu romano en el espíritu francés; Racine, que, sin embargo, murió con una mirada de Luis XIV, había hecho descender á Luis XIV del teatro; cuando preguntaban al gran Federico á qué Rey temía en Europa, respondía: *Al rey Voltaire*. Los literatos del siglo XVIII, Voltaire á su cabeza, abrieron brecha y echaron por tierra la sociedad antigua; los

literatos del siglo XIX pueden consolidar ó quebrantar la nueva. En fin, ¿ qué más os diré? El primero de todos los libros y de todos los códigos, la Biblia, es un poema. Por todas partes, y siempre, esos grandes soñadores, que se llaman pensadores y poetas, se mezclan á la vida universal, y por decirlo así á la respiracion misma de la humanidad. El pensamiento no es más que un soplo, pero ese soplo remueve el mundo.

Que los escritores, pues, se aprecien seriamente. Que sean graves, moderados, independientes y dignos en su accion pública. En su accion literaria, en los libres caprichos de su inspiracion, que respeten siempre las leyes radicales del lenguaje, que es la expresion de la verdad, y del estilo, que es la forma de lo bello. En el estado en que hoy día se encuentran los espíritus, el literato debe su simpatía á todas las penas individuales, su pensamiento á todos los problemas sociales, su respeto á todos los enigmas religiosos. Pertenece á los que sufren, á los que yerran, á los que buscan. Es preciso que deje á los unos un consejo, á los otros una solucion, á todos una palabra. Si es fuerte, que pese y juzgue; si lo es más todavía, que examine y enseñe; si es el más grande de todos, que consuele. Segun lo que el escritor vale, así la mesa en que apoya sus codos, y desde la cual habla á las inteligencias, es á veces un tribunal y á veces una cátedra. El talento es una magistratura; el génio es un sacerdocio.

Escritores que quereis ser dignos de ese noble

título y de esa severa función: aumentad diariamente, si os es posible, la gravedad de vuestra razón; descendid á las entrañas de todas las grandes cuestiones humanas; posad sobre vuestros pensamientos, cual sublimes cargas, el arte, la historia, la ciencia, la filosofía; eso es lo bello, eso es lo loable y eso es lo útil. Haciéndoos más grandes, os haceis mejores. Por una especie de doble trabajo divino y misterioso, se encuentra que, al mejorar en vosotros lo que piensa, mejorais también lo que ama.

La elevación de sentimientos está en razón directa de la profundidad de inteligencia. El corazón y el espíritu son los dos platillos de una balanza. Sumid el espíritu en el estudio, y elevareis el corazón á los cielos.

Vivid en la meditación de la belleza moral, y, por el secreto poder de transformación que reside en vuestro cerebro, haced, para la vista de todos, la belleza poética y literaria, esa cosa espléndida y resplandeciente. No entendais esas palabras, *belleza moral*, en el estrecho y reducido sentido que las interpreta la pedantería escolástica ó la pedantería devota; interpretadlas grandemente como las interpretaron Shakspeare y Molière, esos géneos tan libres en la superficie y tan austeros en el fondo.

Una palabra más, y termino.

Ya sea que en el teatro hagais visible, para enseñanza de la multitud, la triple lucha, tan pronto ridícula como terrible, de los caracteres, las pasiones y los acontecimientos; ya sea que en la Histo-

ria busqueis, cual encorbado y atento espigador, la idea que bajo cada hecho germina; ya sea que por medio de la poesía pura difundais vuestra alma en las almas todas, para sentir enseguida como todos los corazones en el vuestro se derraman; hagais lo que hagais, digais lo que querais, referidlo todo á Dios. Que en vuestra inteligencia, del mismo modo que en la creación, todo empiece en Dios: *ab Jove*. Creed en él como las mujeres y como los niños. Haced de esa gran fé, completamente sencilla, el fondo y la base de todas vuestras obras. Que se las sienta marchar con firmeza sobre ese sólido terreno. Sólo Dios es el que da al génio esas profundas luces de la verdad que nos deslumbran. Sabedlo bien, pensadores: despues de cuatro mil años que la sabiduría humana viene soñando, no ha encontrado nada fuera de él. Porque, en la oscura é inextricable red de las filosofías inventadas por el hombre, aunque veais resplandecer acá y allá algunas verdades eternas, guardaos bien de deducir que tienen el mismo origen y que esas verdades han nacido de esas filosofías. Sería error semejante al de las gentes que, al ver las estrellas á través de los árboles, imaginasen que eran las flores de aquellas negras ramas.

## CONTESTACION

DE M. VÍCTOR HUGO, DIRECTOR DE LA ACADEMIA  
FRANCESA, AL DISCURSO DE M. SAINTE-BEUVE.

27 Febrero 1845.

SEÑOR:

Acabais de recordar con dignas palabras un día que no olvidará ninguno de los que lo vieron. Nunca el sentimiento público fué más verdadero y más unánime que cuando acompañó hasta su última morada al eminente poeta cuyo sitio venís hoy á ocupar. Preciso es haber vivido bien, y haber cumplido plenamente sus deberes y llenado su misión en la tierra para ser llorado de tal modo. Grande enseñanza moral sería poder presentar continuamente á todos los espíritus esos sublimes y conmovedores funerales. ¡Hermoso y consolador espectáculo en efecto! ¡Aquella muchedumbre que llenaba las calles, tan numerosa como en un día de fiesta, tan desolada como en día de pública calamidad; la aflicción real manifestándose al mismo tiempo que el popular enternecimiento; todas las cabezas des-

cubiertas al paso del poeta, apesar del lluvioso cielo, apesar del frio dia de invierno; el dolor por todas partes; por todas partes el respeto; el nombre de un solo hombre en todas las bocas; el luto de una sola familia en todos los corazones!

¡A todos nos era querido! ¡Tenía en su talento aquella dignidad séria, en sus obras aquel sello de severa meditacion que atrae la simpatia y que inspira respeto á cualquiera que tenga conciencia, desde el hombre del pueblo hasta el hombre de letras, desde el obrero hasta el pensador, ese otro obrero! ¡Y es que todos nosotros, que éramos niños cuando M. Delavigne era hombre, nosotros, que éramos oscuros cuando él era célebre; nosotros, que luchábamos cuando á él se le coronaba; cualquiera que fuese nuestra escuela, nuestro partido, nuestra bandera, le estimábamos y le amábamos! ¡Es que desde sus primeros hasta sus últimos dias, comprendiendo que honraba las letras, aún permaneciendo fieles á distintas ideas de las suyas, aplaudíamos desde el fondo del corazon todos los pasos de su radiante carrera y le seguimos de triunfo en triunfo con esa profunda alegría que experimenta toda alma grande y honrada al ver el talento elevarse al éxito y al génio subir á la gloria!

Habéis apreciado, señor, con la variedad de aspecto y el excelente ingénio que os es propio aquella rica naturaleza, aquel raro y hermoso talento. Permitidme glorificarle á mi vez, por más que sea peligroso hablar despues que vos.



En M. Casimiro Delavigne había dos poetas: el poeta lírico y el poeta dramático. Esas dos formas de un mismo espíritu se completaban la una con la otra. En todos sus poemas, en todas sus métricas, hay pequeños dramas; en sus tragedias, como en todos los grandes poetas dramáticos, se siente pasar á cada instante el soplo lírico. Digámoslo en esta ocasión: el aspecto que convierte el drama en lírico, es simplemente el aspecto que le hace humano. Ante la fatalidad del destino, el amor que se queja, el terror que grita, el odio que blasfema, la piedad que llora, la ambición que aspira, la virilidad que lucha, la juventud que sueña y la vejez que se resigna, conviértense en el yo de cada personaje que habla. Así, pues, lo repito: éste es el aspecto humano del drama. Los acontecimientos están en la mano de Dios; los sentimientos y las pasiones están en el corazón del hombre. Dios da el golpe, el hombre lanza el grito. En el teatro, es el grito lo que queremos oír. ¡Grito humano y profundo que conmueve á una multitud como si fuese una sola alma; doloroso en Molière cuando se da á luz en medio de las risas, terrible en Shakspeare cuando sale de enmedio de las catástrofes!

Nadie podría calcular lo que puede sobre una multitud reunida y palpitante ese grito del hombre que sufre bajo el destino. Sacar una lección útil de esa punzante emoción, es el deber ineludible del poeta. M. Casimiro Delavigne había comprendido esa primera ley de la escena, ó por mejor decir, la había encontrado en sí mismo. Nosotros llegamos á

ser artistas ó poetas por las cosas que en nosotros encontramos. M. Delavigne era del número de esos verdaderos y probos hombres que saben que su pensamiento puede hacer el bien ó el mal, que son orgullosos porque se sienten libres, y serios porque se sienten responsables. En las trece obras que ha dado al teatro, se siente el respeto profundo á su arte y el profundo sentimiento de su misión. Sabe que todo lector comenta y todo espectador interpreta; sabe que cuando un poeta es universal, ilustre y popular, muchos hombres llevan en el fondo de su pensamiento un ejemplar suyo, que traducen en los consejos de su conciencia y en las acciones de su vida. y por eso él, poeta íntegro y observador, saca de cada cosa una enseñanza y una explicación. Da un sentido filosófico y moral á la fantasía en *La Princesse Aurélie* y *Le Conseiller rapporteur*; á la observación, en *Les Comédiens*; á los relatos legendarios, en *La Fille du Cid*; á los hechos históricos, en *Les Vêpres siciliennes*, en *Louis XI*, en *Les Enfants d'Edouard*, en *Don Juan de Austria* en *La Famille au temps de Luther*. En *Le Paria* aconseja á las castas; en *La Popularité* aconseja al pueblo. Preocupado con todo lo que la edad puede producir de desproporción y peligros en la lucha del hombre con la vida, del alma con las pasiones; preocupado un día con el aspecto ridículo de las cosas y al siguiente con su aspecto terrible, hizo dos veces *l'Ecole des Vieillards*: la primera vez la llamó *l'Ecole des Vieillards*, la segunda la intituló *Marino Faliero*.

No analizo esas excelentes composiciones; las cito. ¿A qué analizar lo que todos han leído y aplaudido? Enumerar sencillamente esos gloriosos títulos, es recordar á todos los espíritus hermosas obras y á la memoria de todos grandes triunfos.

Aunque la facultad de lo bello y de lo ideal se desarrolló en M. Delavigne hasta un grado extraordinario, el impulso de la grande ambicion literaria, en lo que puede tener á veces de temerario y supremo, estuvo en él detenido y como limitado por una especie de reserva natural, que se puede ya alabar ó condenar, según se prefiera en las producciones del espíritu el gusto que circunscribe ó el género que emprende, pero que era una agradable y graciosa cualidad que se traducía en modestia en su carácter y en prudencia en sus obras. Su estilo tenía todas las perfecciones de su espíritu: la elevación, la precisión, la madurez, la dignidad, la elegancia habitualmente, y á veces la gracia; la claridad continuamente y amenudo el brillo. Su vida era, más bien que la vida de un filósofo, la vida de un sábio. Había trazado, por decirlo así, un círculo alrededor de su destino, del mismo modo que había trazado otro alrededor de su inspiración. Vivía como pensaba: abrigado. Le gustaba su campo, su jardín, su casa, su retiro; el sol de Abril sobre sus rosas, el sol de Agosto sobre sus trillos. Tenía sin cesar cerca de su corazón, como para calentarlo, su familia, su hijo, sus hermanos, algunos amigos. Tenía ese gusto encantador de la oscuridad, que es la sed de los que son célebres.

Componía en la soledad esos poemas que más tarde agitaban la multitud. Así, todas sus obras, tragedias, comedias, meséncas, engendradas en medio de tanta tranquilidad, coronadas por tanto éxito, conservan siempre para el que las lee con atención no sé qué frescura de sombra y de silencio que las acompaña aún en medio de la luz y del ruido. Perteneciendo á todos, y reservándose para algunos, compartía su existencia entre su país, al que dedicaba toda su inteligencia, y su familia, á la que daba toda su alma. Así es cómo ha obtenido la doble palma: una muy brillante, otra muy dulce; como poeta, la fama; como hombre, la felicidad.

Aquella vida, sin embargo, tan serena por dentro, tan brillante por fuera, no careció de pruebas y reveses. Muy joven todavía, M. Casimiro Delavigne tuvo que luchar por medio del trabajo contra la estrechez. Sus primeros años fueron rudos y difíciles. Después su talento le creó amigos, su éxito le hizo un público, su carácter le hizo una autoridad. Por la elevación de su espíritu colocóse, desde su juventud misma al nivel de sus más ilustres amistades. Dos hombres eminentes, vos lo habeis dicho ya, señor, le buscaron y tuvieron la alegría, que hoy día se ha convertido en gloria, de ayudarle y servirle: M. François, de Nantes, bajo el Imperio, y M. Pasquier bajo la Restauración. De este modo pudo entregarse pacíficamente á sus trabajos, sin inquietud, sin cuidado por la vida material, dichoso, admirado, rodeado de la pública estimación, y sobre todo del afecto popular.

Llegó un día, entretanto, en que una injusta é impolítica desgracia vino á herir á aquel poeta, cuyo nombre europeo tanto honor hacia á Francia; entónces fué noblemente recogido y sostenido por aquel Príncipe de quien Napoleon ha dicho: *El Duque de Orleans ha permanecido siempre nacional*; grande y justo espíritu que comprendía desde luego como Príncipe, y que despues ha reconocido, como Rey, que el pensamiento es un poder y el talento una libertad.

Cuando se fija la atencion sobre M. Casimiro Delavigne; cuando se estudia atentamente aquella feliz naturaleza, llama la atencion la estrecha é íntima relacion que existe entre la cualidad propia de su espíritu, que era la claridad, y el rasgo principal de su carácter, que era la dulzura. La dulzura, en efecto, es una claridad del alma que se esparce sobre las acciones de la vida. En M. Delavigne esa dulzura no se desmintió nunca. Era dulce para todo, para la vida, para el éxito, para el sufrimiento, con sus amigos y con sus enemigos. Objeto, sobre todo en sus últimos años, de violentas críticas, de un denigramiento amargo y apasionado, parecia, segun su hermano nos lo dice en una interesante biografía, ignorarlo. Su serenidad no se alteró un instante. Tenía siempre la misma tranquilidad, la misma expansion, la misma benevolencia, la misma sonrisa. El noble poeta poseía esa cándida ignorancia del odio, que es propia de las almas dignas y delicadas. Sabía de antemano que todo lo que es bueno, grande, fecun-

do, elevado, útil, es necesariamente atacado, y recordaba el proverbio árabe: *No se tiran piedras sino á los árboles cargados de frutos de oro.*

Tal era, señor, el hombre justamente admirado que venís á reemplazar.

Suceder á un poeta que toda una nacion llora, cuando esa nacion se llama Francia, y cuando ese poeta se llama Casimiro Delavigne, es, más que un honor que se acepta, un compromiso que se adquiere. ¡Grave compromiso hácia la literatura, hácia la fama, hácia el país! Sin embargo, señor, me apresuro á fortalecer vuestra modestia. La Academia puede proclamarlo muy alto, y yo me considero feliz al poderlo decir en su nombre, seguro de que el sentimiento de todos estará plenamente de acuerdo con ella: al llamaros á su seno, ha hecho una útil y excelente eleccion. Pocos hombres han dado más prendas que vos á las letras y á las graves labores de la inteligencia. Poeta, en este siglo en que la poesía es tan elevada, tan potente y tan fecunda, entre la mesénica épica y la elegía lírica, entre Casimiro Delavigne, que es tan noble, y Lamartine que es tan grande, habeis sabido descubrir en la media luz un sendero, que es el vuestro, y crear una elegía que os personifica. Habeis dado á ciertas expansiones del alma un acento nuevo. Vuestro verso, casi siempre doloroso, muchas veces profundo, va á buscar á todos los que sufren, sean quienes fueren, honrados ó caidos, buenos ó malos. Para llegar hasta ellos vuestro pensamiento se vela, pues no quereis alterar la sombra en que

vais á encontrarlos. Poeta, sabeis que aquellos que sufren se retiran y se ocultan con no se qué ferroz é inquieto sentimiento, que es vergüenza en las almas caidas y pudor en las almas puras. Vos lo comprendeis así, y para ser uno de ellos como ellos os envolveis. De ahí una poesía penetrante y tímida á la vez, que conmueve discretamente las misteriosas fibras del corazon. Como biógrafo, habeis mezclado en vuestros *Portraits des femmes* el encanto á la erudicion, y dejado entrever un moralista, cuya delicadeza iguala á veces la de Vauvenargues, sin recordar nunca la crueldad de la Rochefoucauld. Como novelista, habeis sondeado aspectos desconocidos de la vida posible, y en vuestros minuciosos y nuevos análisis se siente siempre esa secreta fuerza, que se oculta entre la gracia de vuestro talento. Como filósofo, habeis confrontado todos los sistemas; como crítico, habeis estudiado todas las literaturas. Algun dia contemplareis y coronareis esos últimos trabajos que no pueden juzgarse hoy, porque todavía están incompletos en vuestro mismo espíritu; hareis constar, abarcándolos en una sola ojeada, como conclusion definitiva, que si hay siempre en el fondo de todos los sistemas filosóficos algo humano, es decir, vago é indeciso, hay al mismo tiempo en el arte, cualquiera que sea el siglo, cualquiera que sea la forma, algo divino, es decir, cierto y absoluto; de suerte que, en tanto que el estudio de todas las filosofías conduce á la duda, el estudio de todas las poesías conduce al entusiasmo.

Por vuestras investigaciones acerca del lenguaje; por la suavidad y la variedad de vuestro espíritu; por la vivacidad de vuestras ideas, siempre delicadas, generalmente fecundas; por esa mezcla de erudicion é imaginacion que hace que en vos el poeta no desaparezca por completo bajo el crítico, y el crítico no despoje nunca enteramente al poeta, recordais á la Academia uno de sus más queridos y sentidos miembros, al bueno y encantador Nodier, que era tan elevado y tan tierno. Vos os pareceis á él por el aspecto ingenioso, como él se parecía á otros grandes espíritus por el aspecto despreocupado; Nodier nos devolvía algo de la Fontaine; vos nos devolveis algo de Nodier.

Era imposible, señor, que por la naturaleza de vuestros trabajos y la pendiente de vuestro talento, inclinado sobre todo á la curiosidad biográfica y literaria, no vinieseis á fijar algun dia vuestras miradas sobre dos célebres grupos de grandes espíritus que imprimen al siglo XVII sus dos aspectos más originales: el hôtel de Rambouillet y Port-Royal. El uno abrió el siglo XVII: el otro lo acompañó y cerró. El uno introdujo la imaginacion en el lenguaje: el otro introdujo en él la austeridad. Ambos á dos, colocados, por decirlo así, en opuestas extremidades del pensamiento humano, han esparcido distinta luz. Sus influencias se combatieron felizmente, y felizmente tambien se combinaron; y en ciertas obras maestras de nuestra literatura, colocadas en cierto modo á igual distancia de una y de otra, en algunas obras inmortales que satisfacen á

la vez al espíritu en su necesidad de imaginación y al alma en su necesidad de gravedad, se ve mezclado y confundido su doble resplandor.

De esos dos grandes hechos que caracterizan una época ilustre, y que tan poderosamente han influido en Francia sobre las letras y sobre las costumbres, el primero, el hôtel de Rambouillet, ha merecido de vos aquí y allá algunas pinceladas vivas é ingeniosas; el segundo, Port-Royal, ha despertado y fijado vuestra atención. Le habeis consagrado un excelente libro que, aunque no terminado, es, sin contradicción, la más importante de vuestras obras. Habeis hecho bien, señor. Es digno objeto de meditación y estudio aquella grave familia de solitarios que atravesó el siglo XVII, perseguida y honrada, admirada y aborrecida, buscada por los grandes y perseguida por los poderosos, encontrando medio de procurarse, en su debilidad y su aislamiento, no sé qué imponente é inexplicable autoridad, y haciendo servir las grandezas de la inteligencia al engrandecimiento de la fé. Nicole, Lancelot, Lemaistre, Sacy, Tillemont, los Arnauld, Pascal, glorias serenas, nombres venerables, entre los que castamente brillan tres mujeres, ángeles austeros que alcanzaron en medio de la santidad aquella majestad que las mujeres romanas tenían en el heroísmo. Bella y sábia escuela que sustituía como maestro y doctor de la inteligencia San Agustín á Aristóteles, que conquistó á la duquesa de Longueville, que formó al presidente de Harley, que convirtió á Turena y que alcanzó á la vez la

extrema dulzura de San Francisco de Sales y la extrema severidad del abate de Saint-Cyran. A decir verdad, ¿quién mejor que vos lo sabe, pues que en todo lo que digo en este momento tengo presente vuestro libro? La obra de Port-Royal no fué literaria sino en ocasiones, y bajo cierto aspecto puede decirse que el verdadero objeto de aquellos pensadores entristecidos y rígidos era puramente religioso. Estrechar el lazo de la Iglesia en el interior y en el exterior por medio de más disciplina en el sacerdote y más creencia en el fiel; reformar á Roma obedeciéndola; hacer dentro y con amor lo que Lutero había intentado hacer por fuera con la cólera; crear en Francia entre el pueblo ignorante y que sufre, y la nobleza voluptuosa y corrompida, una clase intermedia, sana, estóica y fuerte, una alta burguesía inteligente y cristiana; fundar una Iglesia modelo en la Iglesia; una nación modelo en la nación; tal era la secreta ambición, el profundo sueño de aquellos hombres que fueron ilustres entonces por la tentativa religiosa, y que son ilustres hoy por el resultado literario. Y para llegar á ese objeto, para fundar la sociedad según la fé, entre las verdades necesarias, la más necesaria á sus ojos, la más luminosa, la más eficaz, la que les demostraba más invenciblemente su creencia y su razón, era la enfermedad del hombre, probada por la mancha original, la necesidad de un Dios redentor, la divinidad del Cristo. Todos sus esfuerzos se dirigían hácia ese punto, como si adivinasen que allí estaba el peligro. Amontonaban libros sobre libros,

pruebas sobre pruebas, demostraciones sobre demostraciones. ¡Maravilloso instinto de presciencia que sólo pertenece á los espíritus serios! ¿Cómo no insistir acerca de este punto? Construyeron esa gran fortaleza como si presintiesen un gran ataque. Hubiérase dicho que aquellos hombres del siglo XVII prevían á los hombres del siglo XVIII. Hubiérase dicho que, inclinados sobre el porvenir, inquietos y atentos, sintiendo no sé qué siniestro quebrantamiento producido por una legion desconocida andando entre tinieblas, oían venir á lo léjos, en la sombra, el sombrío y tumultuoso ejército de la Enciclopedia, y que enmedio de aquel oscuro rumor distinguían ya confusamente la triste y fatal palabra de Juan Jacobo y la espantosa carcajada de Voltaire.

Se les persiguió, pero apenas pensaron en ello. Estaban más preocupados con los peligros de su fé en el porvenir, que con los dolores de su comunidad en el presente. No pedían nada, no querían nada, no ambicionaban nada; trabajaban y contemplaban. Vivían en la sombra del mundo y en la claridad del espíritu. ¡Espectáculo augusto y que conmueve el alma, al par que hiere el pensamiento! En tanto que Luis XIV domaba á Europa, que Versailles maravillaba á París, que la corte aplaudía á Racine, que la ciudad aplaudía á Molière; en tanto que el siglo resonaba con el ruido de fiestas y victorias; en tanto que todos los ojos admiraban al gran Rey y todos los espíritus al gran reino, ellos, aquellos soñadores, aquellos solitarios prometidos al

destierro, al cautiverio, á la oscura y lejana muerte, encerrados en un claustro consagrado á la ruina, y del que el arado debía borrar los últimos vestigios, perdidos en un desierto á algunos pasos de aquel Versailles, de aquel París, de aquel gran reino, de aquel gran Rey, labradores y pensadores, cultivando la tierra, estudiando los textos, ignorando lo que hacían Francia y Europa, buscando en la Escritura santa las pruebas de la divinidad de Jesus, buscando en la creacion la glorificacion del Creador, con la vista fija únicamente en Dios, meditaban los libros sagrados y la naturaleza eterna, ante la Biblia abierta en la Iglesia y el sol extendiéndose en los cielos.

Su paso no ha sido inútil. Vos lo habeis dicho, señor, en el notable libro que os han inspirado; han dejado su huella en la Teología, en la Filosofía, en el lenguaje, en la Literatura, y aún hoy dia todavía Port-Royal es, por decirlo así, la interior y secreta luz de algunos espíritus. Su casa ha sido demolida, su campo asolado, sus tumbas violadas; pero su recuerdo es santo, sus ideas permanecen en pié; de las cosas que han sembrado muchas han germinado en las almas, algunas han germinado en los corazones. ¿A qué se debe esa victoria á través de esas calamidades? ¿A qué se debe ese triunfo apesar de aquella persecucion? ¡No sólo á que eran superiores, sino tambien, y sobre todo, porque eran sinceros! Porque creían, porque tenían conviccion, porque iban á su objeto llenos de una voluntad única y de una fé profunda. Despues de haber leído

y meditado su historia, dan tentaciones de exclamar: Quien quiera que seais, si quereis tener grandes ideas y hacer grandes cosas, creed, tened fé, tened fé religiosa, fé patriótica, fé literaria. Creed en la humanidad, en el génio, en el porvenir, en vosotros mismos. Sabed de dónde venís para saber á dónde vais. La fé es buena y saludable para la inteligencia. No basta pensar, es preciso creer. Con fé y conviccion es como se realizan en moral las santas acciones, y las sublimes ideas en poesia.

No estamos ya, señor, en los tiempos de esos grandes sacrificios por un pensamiento puramente religioso. Sobre esos entusiasmos han pasado ya Voltaire y su ironía. Pero, digámoslo muy alto, y tengamos algun orgullo de lo que nos queda: todavía hay sitio en nuestras almas para eficaces creencias, y la llama generosa no se ha extinguido en nosotros. Una conviccion firme constituye hoy, como en otro tiempo, la entidad misma del escritor. El pensador, en este siglo, puede tener tambien su fé santa, su fé útil, y creer, lo repito, en la pátria, en la inteligencia, en la poesia, en la libertad. El sentimiento racional, por ejemplo, ¿no es por sí sólo toda una religion? Momento puede llegar en que la fé en la pátria, en que el sentimiento patriótico, profundamente exaltado, haga de repente de un jóven ignorado un Tirteo que reanime numerosas almas con el grito de una sola, y dé á la palabra de un adolescente el extraño poder de conmover un pueblo entero.

Acerca de esto, y puesto que á ello me he visto

naturalmente conducido, permitidme en el momento de terminar haceros, señor, un recuerdo.

Hubo una época ¡época fatal! que 15 años de lucha por la libertad, 15 años de lucha por la civilizacion, 30 años de fecunda paz no han podido borrar de nuestra memoria. Fué el momento en que cayó aquel que tan grande era, que su caída pareció la caída misma de la Francia. La catástrofe fué decisiva y completa. Todo fué consumido en un dia. La Roma moderna fué entregada á los hombres del Norte, como lo había sido la Roma antigua; el ejército de Europa entró en la capital del mundo; las banderas de veinte naciones ondearon desplegadas enmedio de las músicas sobre nuestras plazas públicas; tambien en otro tiempo venían á nosotros, pero cambiaban de amo en el camino. Los caballos de los cosacos pastaron la hierba de las Tullerías. ¡Hé ahí lo que nuestros ojos vieron! Aquellos de nosotros que eran hombres, recuerdan su profunda indignacion; aquellos de nosotros que eran niños, recuerdan su doloroso asombro.

La humillacion era punzante. Francia doblaba su cabeza enmedio del sombrío silencio de Niobe. Acababa de ver caer á cuatro jornadas de París, sobre el último campo de batalla del Imperio, á los veteranos hastaentonces invencibles, que recordaron al mundo aquellas legiones romanas glorificadas por César, y aquella infanteria española de que nos habla Bosuet. Habian muerto de un modo sublime aquellos heróicos vencidos, y nadie se atrevía á pronunciar sus nombres. Todo callaba; ni un grito de dolor, ni

una palabra de consuelo. Parecía que se tenía miedo del valor y vergüenza de la gloria.

De repente, en medio de aquel silencio se alzó una voz; voz inesperada, voz desconocida, hablando á todas las almas con simpático acento, llena de fé en la pátria y llena de veneracion por los héroes. Aquella voz honraba á los vencidos y decía:

Entre remolinos de llamas y humo,  
¡Oh dolor! ¡qué espectáculo á mi vista se presenta?  
El batallon sagrado, solo ante un ejército  
Prepárase á morir.

Aquella voz reanimaba á la abatida Francia y decía:

Desgraciado con sus males y orgulloso con sus victorias,  
Pongo á sus piés mis goces y mis penas;  
Tengo cantos para sus glorias todas,  
Para todas sus desdichas llanto.

¿Quién podría decir el inexplicable efecto de estas dulces y dignas palabras? Aquello produjo en todas las almas un eléctrico y poderoso entusiasmo; en todas las bocas una frenética aclamacion que, apoderándose al paso de estas nobles estrofas, con yo no sé qué mezcla de amor é ira, hizo en un dia de un jóven desconocido un poeta nacional. La Francia irguió la cabeza, y á contar de aquel momento, en este país que hace siempre andar de frente su militar grandeza y su grandeza literaria, la fama del poeta se unió en el pensamiento de todos á la catástrofe misma como para velarla y amino-

rarla. Digámoslo, porque glorioso es decirlo: al dia siguiente de aquel en que Francia escribió en su historia esa nueva y fúnebre palabra: *Waterlòo*, grabó en sus fastos el nombre jóven y brillante de *Casimiro Delavigne*.

¡Oh, qué magnífico recuerdo éste para el generoso poeta, y qué gloria tan digna de envidia! ¿Qué hombre de génio no daría su más hermosa obra por el insigne honor de haber hecho latir con movimiento de orgullo y alegría el corazon de Francia, agobiada y desesperada entónces? Hoy que la bella alma del poeta ha desaparecido tras del horizonte, desde donde tanta luz nos envía todavía, recordemos con enternecimiento su brillante y puro albor. ¡Que un piadoso reconocimiento vaya por siempre unido á aquella noble poesía que fué una noble accion! ¡Que vaya en pos de Casimiro Delavigne, y que, despues de haberle formado una corona en su vida, le forme una aureola en su tumba! ¡Envidiémosle y amémosle! ¡Feliz el hijo de quien se puede decir: Consoló á su madre! ¡Feliz el poeta del que puede decirse: Consoló á su pátria!



## SOBRE LA FAMILIA BONAPARTE <sup>(1)</sup>

EN LA CÁMARA DE LOS PARES EL 14 DE JUNIO DE 1847.

SEÑORES PARES :

Ante una petición como ésta, lo declaro sin titubear, soy partidario de los desterrados y de los proscriptos. El Gobierno de mi país puede contar conmigo, siempre y en todas partes, para ayudarle y servirle en todas las graves ocasiones y en todas las justas causas. Hoy mismo, en este momento, le sirvo, creo al ménos servirle, aconsejándole que tome una noble iniciativa atreviéndose á hacer lo que ningun Gobierno, convengo en ello, hubiera hecho ántes de la época en que nos encontramos, atreviéndose, en una palabra, á

(1) Jerónimo Napoleon Bonaparte, antiguo rey de Westfalia, dirigió á las Cámaras una petición para que se permitiese entrar en Francia á su familia. M. Charles Dupin pide que pase la petición á la Comisión informadora, diciendo en su informe: «Corresponde á la Corona elegir el momento oportuno para conceder, según el carácter y los méritos de las personas, los favores que una sábia tolerancia pueda aconsejar: favores concedidos muchas veces á mu-

ser magnánimo é indulgente. Yo le hago el honor de creerle bastante fuerte para ello.

Dejar entrar en Francia á Príncipes desterrados, sería mostrar verdadera grandeza. ¿Y desde cuándo se deja de ser fuerte por ser grande?

Sí, señores, lo digo muy alto, áun cuando el candor de mis palabras haga sonreír á aquellos que no reconocen en las cosas humanas más que lo que ellos llaman la necesidad política y la razón de Estado: en mi sentir, el honor de nuestro Gobierno de Julio, el triunfo de la civilización, la corona de nuestros treinta y dos años de paz sería llamar pura y simplemente á su país, que es el nuestro, á todos esos ilustres inocentes á quienes el destierro da carácter de pretendientes, y de los que el aire de la patria haría ciudadanos. (*Muy bien, muy bien!*)

Señores, áun sin invocar aquí, como tan dignamente lo ha hecho el noble príncipe de la Moskowa, todas las especiales consideraciones que van unidas al pasado militar, tan nacional y tan ilustre del noble peticionario, del hermano de armas de muchos de entre vosotros, soldado despues del 18 de Brumario, general en Waterlóo, Rey en el intervalo; sin invocar aquí, repito, todas esas consideracio-

chos miembros de la antigua familia imperial, y siempre con el asentimiento de la generosidad nacional. La petición pasó á la Comisión informadora.

La noche de aquel mismo día, 14 de Junio, y despues de conocer el discurso de M. Victor Hugo, el rey Luis Felipe declaró al mariscal Soult, Presidente del Consejo de Ministros, que, á su entender, debía autorizarse á la familia Bonaparte para volver á Francia.

nes, decisivas sin embargo, no es en tiempos como el nuestro en los que puede ser conveniente mantener las proscripciones y asociar indefinidamente la ley á las violencias de la suerte y á las reacciones del destino.

No lo olvidemos, porque tales acontecimientos son profundas enseñanzas tanto en hecho de elevaciones como en hecho de rebajamiento; nuestra época ha presenciado todos los espectáculos que la fortuna puede ofrecer á los hombres. Todo puede suceder, puesto que todo ha sucedido. Parece, permitidme esta figura, que sin ser el destino la justicia, tiene, sin embargo, como ella una balanza: cuando un platillo sube, el otro baja; en tanto que un subteniente de artillería llegaba á ser Emperador de los franceses, el primer Príncipe de la sangre de Francia se convertía en profesor de matemáticas. Ese augusto profesor es hoy día el más eminente de los Reyes de Europa. Señores, en el momento de resolver acerca de esa petición, tened presentes en vuestra mente esas profundas oscilaciones de las existencias reales. (*Adhesion.*)

No, no puede ser, despues de tantas revoluciones, despues de tantas vicisitudes que ninguna cabeza han dispensado, no puede ser impolítico dar solemnemente un ejemplo de santo respeto hácia la adversidad. Dichosa aquella dinastía de la cual pueda decirse: ¡No desterró á nadie, á nadie proscribió! Encontró cerradas las puertas de la Francia para los franceses, y las abrió y les dijo: ¡Entrad!

Ha sido para mí una felicidad, lo confieso, que esa petición se haya presentado. Soy de aquellos que gozan con el orden de ideas que ella recuerda y que de ella nacen. ¡Guardaos de creer, señores, que semejantes discusiones sean inútiles! Son útiles como las que más. Hacen reaparecer á la vista de todos, iluminan con viva luz para todas las inteligencias el lado noble y puro de las cuestiones humanas, que no debiera nunca oscurecerse ni borrarse. Hace quince años que se tratan con algun desden y alguna ironía todo este género de sentimientos; se ha ridiculizado el entusiasmo. ¡Poesía! se decía; se ha hecho burla de lo que se llama política sentimental y caballeresca, y de este modo se ha empuñecido en los corazones la noción de lo verdadero, de lo justo y de lo bello, haciendo prevalecer las consideraciones de utilidad y de provecho, los hombres de negocios, los intereses materiales. Ya sabeis, señores, á dónde nos ha conducido esto. (*Movimientos.*)

En cuanto á mí, al ver las conciencias que se degradan, al ver reinar el dinero, al ver la corrupcion que se extiende por todos lados, y las más elevadas posiciones invadidas por las pasiones más bajas (*Movimiento prolongado*), al ver las miserias de la presente época, sueño con las grandes cosas de las épocas pasadas, y siento á veces la tentacion de decir á la Cámara, á la prensa, á la Francia entera: ¡Vaya, hablemos un poco del Emperador, ésto nos consolará! (*Viva y profunda adhesion.*)

Si, señores; pongamos alguna vez á la orden del

dia, cuando la ocasion se presente, las ideas generosas y los generosos recuerdos. Ocupémonos un poco, cuando podamos, de lo que ha sido y de lo que es noble y puro, ilustre, digno, heróico, desinteresado, nacional, siquiera no sea más que para consolarnos de tantas veces como nos vemos obligados á ocuparnos de otra cosa. (*¡Muy bien!*)

Paso ahora á ocuparme del lado puramente político de la cuestion. Seré muy breve: ruego á la Cámara me permita tocarlo rápidamente y en muy pocas palabras.

En este momento oía decir á mí lado: ¡Tened cuidado! No se puede provocar con ligereza la abrogacion de una ley de expulsion política; hay en ello peligro; puede haber al ménos peligro. ¡Peligro! ¿Qué peligro? ¿Cabildeos? ¿intrigas? ¿complots de salon? ¿la generosidad pagada con conspiraciones é ingratitud? ¿Y hay en ésto un peligro sério? No, señores. El peligro hoy dia no está del lado de los Príncipes. No estamos, á Dios gracias, ni en el siglo ni en el país de las revoluciones de cuartel y de palacios. Es poca cosa un pretendiente ante una nacion libre que trabaja y piensa. Acordaos del aborto de Strasbourg, seguido del aborto de Boulogne.

El peligro hoy dia, señores, permitidme que os lo diga al paso, ¿quereis saber dónde está? Volved vuestras miradas, no hácia los Príncipes, sino hácia las masas, del lado de las clases numerosas y laboriosas donde hay tanto valor, tanta inteligencia, tanto patriotismo, donde tantos gérmenes útiles hay

y al mismo tiempo, lo digo con sentimiento, tantos formidables fermentos. Al Gobierno es al que dirijo esta austera advertencia. ¡Es preciso que el pueblo no sufra! ¡Es preciso que el pueblo no tenga hambre! Hé ahí la cuestion séria; hé ahí el peligro; ahí solamente, señores, ahí y en ningun otro lado. (*¡Si!*) Todas las intrigas de todos los pretendientes no harán cambiar de escarapela al más insignificante de vuestros soldados; la miseria puede en cambio abrir bruscamente un abismo! (*Movimiento.*)

Llamo la atencion de esta sábia é ilustre Asamblee acerca de lo que digo en este momento.

En cuanto á los Príncipes expulsados, sobre los cuales se ha entablado este debate, hé aquí lo que yo diré al Gobierno: insisto sobre ésto, que constituye mi conviccion y creo que tambien la de muchas buenas inteligencias. Admito que, en circunstancias dadas, las leyes de extradicion política, leyes esencialmente revolucionarias por naturaleza, puedan ser momentáneamente necesarias. Pero esa necesidad cesa, y desde el momento en que no son necesarias, no sólo son antiliberales é inúcias, sino dañosas y perjudiciales.

El destierro es una designacion á la Corona: los desterrados son, por el hecho de serlo, pretendientes (*Movimiento.*) Todo lo contrario sucede cuando á Príncipes expulsados se les devuelve, á peticion suya, su derecho de ciudadanía; con ello se les quita importancia, se les declara que no se les teme y se les demuestra por el hecho que su tiempo concluyó. Para servirme de términos precisos, restituirle su

condicion civil es quitarles su significacion política. Esto lo considero evidente. Colocadlos dentro de la ley comun; dejadles, puesto que os lo piden, dejadles entrar en Francia como simples y nobles franceses que son, y no sólo sereis justos al hacerlo sino hábiles.

Dicho se está que no quiero agitar aquí pasion alguna. Abrigo la idea de haber cumplido un deber al subir á esta tribuna. Al prestar mi débil apoyo al rey Jerónimo Napoleon, desterrado, no son sólo las convicciones de mi alma las que á ello me mueven, son tambien todos los recuerdos de mi infancia. Hay, por decirlo así, en el cumplimiento de este deber algo hereditario; paréceme que es mi padre, soldado veterano del Imperio, el que me manda que me levante y hable. (*Sensacion.*) Así, pues, señores Pares, os hablo como se habla cuando se cumple un deber. Me dirijo sólo, notadlo bien, á lo que existe más sereno, más grave y más religioso en vuestras conciencias. Y por esto es por lo que quiero deciros, y á deciros voy al terminar, mi pensamiento entero acerca de la odiosa iniquidad de esa ley cuya abrogacion provocho. (*Muestras de atencion.*)

Señores, ese artículo de una ley francesa que proscribía á perpetuidad del suelo francés á la familia de Napoleon, me hace experimentar no sé qué sentimiento desconocido é imposible de expresar. Para haceros comprender mi pensamiento, habré de hacer una suposicion casi imposible. Seguramente la historia de los 15 primeros años de este siglo, esa

historia que habeis hecho vosotros, generales, venerables veteranos, que me escuchais en este recinto y ante los cuales me inclino... (*Movimiento*), esa historia, digo, es conocida de todo el mundo: tal vez no hay, ni áun en los más lejanos países, un sér humano que no haya oido hablar de ella. En China se ha encontrado, en una pagoda, el busto de Napoleon entre las figuras de los dioses. Pues bien, supongamos, y ésta es mi suposicion casi imposible, pero que os ruego me la permitais, supongamos que existe en un rincon cualquiera del universo un hombre que no conozca nada de esa historia y que no haya oido nunca pronunciar el nombre del Emperador; supongamos que este hombre viene á Francia y lee el texto de esa ley, que dice: «La familia de Napoleon está expulsada á perpetuidad del territorio francés.» ¿Sabeis lo que saltaría á la mente de ese extranjero? Al ver castigo tan horrible, se preguntaría qué podría ser ese Napoleon: de seguro creería que era un gran criminal, que, sin duda, alguna indeleble deshonra iba unida á su nombre; que probablemente habia renegado de sus dioses, vendido á su pueblo, hecho traicion á su país, ¡qué se yo!... Ese extranjero se preguntaría con cierto terror por qué monstruosos crímenes ese Napoleon habria podido merecer que así se le condenase para siempre en toda su raza. (*Movimiento.*)

Señores, hé aquí esos crímenes: la religion re-  
alzada; el Código civil redactado; la Francia au-  
mentada más allá de sus fronteras naturales; Ma-

rengo, Jena, Wagram, Austerlitz; la más magnífica dote de poder y de gloria que un grande hombre haya podido jamás dar á una gran nacion. (*Muy bien! Aprobacion.*)

Señores, el hermano de ese grande hombre os implora en este momento. Es un anciano, es un antiguo Rey, hoy dia suplicante. ¡Devolvedle la tierra de la pátria! Jerónimo Napoleon, durante la primera mitad de su vida, no tuvo más que un deseo: morir por la Francia. Durante la última no tiene más que un pensamiento: morir en Francia. Vosotros no rechazareis semejante deseo. (*Aprobacion prolongada en todos los bancos.*)

## EL PAPA PIO IX <sup>(1)</sup>

13 de Enero de 1848.

SEÑORES :

Los años 1846 y 1847 han presenciado un acontecimiento importante.

En el momento en que hablamos está sobre el trono de San Pedro un hombre, un Papa, que de pronto ha borrado todos los ódios, todas las desconfianzas, y casi diré que todas las herejías y todos los cismas; que se ha hecho admirar á la vez, y acerca de este punto hago mias en un todo las palabras de nuestro noble y elocuente colega el señor

(1) Este discurso, bastante mal acogido en general, fué pronunciado al discutirse la contestacion al discurso de la Corona, apropiado del párrafo 6 de dicho Mensaje, concebido así:

«Creemos, con Vuestra Majestad, que la paz del mundo está asegurada. Es esencial á todos los Gobiernos y á todos los pueblos. Esta necesidad universal, es la garantia de las buenas relaciones que existen entre los Estados. Nuestros votos acompañarán á cada país en los progresos que pueda realizar por su accion propia é independiente. Una nueva era de civilizacion y libertad nace para los

rengo, Jena, Wagram, Austerlitz; la más magnífica dote de poder y de gloria que un grande hombre haya podido jamás dar á una gran nacion. (*Muy bien! Aprobacion.*)

Señores, el hermano de ese grande hombre os implora en este momento. Es un anciano, es un antiguo Rey, hoy dia suplicante. ¡Devolvedle la tierra de la pátria! Jerónimo Napoleon, durante la primera mitad de su vida, no tuvo más que un deseo: morir por la Francia. Durante la última no tiene más que un pensamiento: morir en Francia. Vosotros no rechazareis semejante deseo. (*Aprobacion prolongada en todos los bancos.*)

## EL PAPA PIO IX <sup>(1)</sup>

13 de Enero de 1848.

SEÑORES :

Los años 1846 y 1847 han presenciado un acontecimiento importante.

En el momento en que hablamos está sobre el trono de San Pedro un hombre, un Papa, que de pronto ha borrado todos los ódios, todas las desconfianzas, y casi diré que todas las herejías y todos los cismas; que se ha hecho admirar á la vez, y acerca de este punto hago mias en un todo las palabras de nuestro noble y elocuente colega el señor

(1) Este discurso, bastante mal acogido en general, fué pronunciado al discutirse la contestacion al discurso de la Corona, apropiado del párrafo 6 de dicho Mensaje, concebido así:

«Creemos, con Vuestra Majestad, que la paz del mundo está asegurada. Es esencial á todos los Gobiernos y á todos los pueblos. Esta necesidad universal, es la garantia de las buenas relaciones que existen entre los Estados. Nuestros votos acompañarán á cada país en los progresos que pueda realizar por su accion propia é independiente. Una nueva era de civilizacion y libertad nace para los

conde de Montalembert, que se ha hecho admirar á la vez, no sólo por las poblaciones que viven dentro de la Iglesia romana, sino tambien de la Inglaterra no católica y de la Turquía no cristiana; que ha hecho, permítasenos decirlo así, dar un paso en un dia á la civilizacion humana. ¿Y esto de qué modo? Del modo más tranquilo, más sencillo y más grande; comulgando públicamente, él, el Papa, con las ideas de los pueblos, con las ideas de emancipacion y de fraternidad. Contrato augusto; útil y admirable alianza de la autoridad y la libertad; de la autoridad, sin la cual no hay sociedad posible; de la libertad, sin la cual no existe la nacion. (*Movimiento.*)

Esto, señores, es digno de vuestras meditaciones. Profundizad este gran acontecimiento.

El hombre que tiene en sus manos las llaves del pensamiento de tantos hombres, que podría cerrar las inteligencias, las ha abierto. Ha colocado la idea de emancipacion y de libertad sobre la cima más alta en que el hombre puede colocar una luz. Esos principios eternos que nada ha podido

---

Estados italianos. Nosotros acompañamos, con toda nuestra simpatía y todas nuestras esperanzas, al magnánimo Pontífice que la ha inaugurado con tanta sabiduría como valor, y á los Soberanos que, como él, siguen ese camino de pacíficas reformas, por el cual marchan de concierto los Gobiernos y los pueblos.

El párrafo, redactado así, se aprobó por unanimidad.

En aquella época, la Italia gritaba: ¡Viva Pío IX! Pío IX era revolucionario: puede medirse hoy la distancia que existe entre el Papa de los derechos del hombre y el Papa del *Syllabus*.

oxidar y que nada podrá destruir, que han hecho nuestra revolucion y la han sobrevivido; esos principios de derecho, de igualdad, de reciproco deber, que hace 50 años aparecieron por un momento en el mundo, grandes siempre, indudablemente, pero feroces, formidables y terribles bajo el gorro frigio, Pío IX los ha transfigurado, acaba de mostrarlos al universo resplandecientes de mansedumbre, dulces y venerables bajo la tiara. ¿Será acaso que ésta sea, en efecto, su verdadera corona? Pío IX enseña á los Reyes, á los pueblos, á los hombres de Estado, á los filósofos, á todos, el seguro y buen camino. ¡Gracias le sean dadas! Se ha hecho el auxiliar evangélico, el auxiliar supremo y soberano de esas grandes verdades sociales que el continente, para honor nuestro, llama las ideas francesas. Él, el dueño de las conciencias, se ha hecho el servidor de la razon. Él, cual revolucionario convencido, ha venido á hacer ver á las naciones, aturdidas y espantadas á la vez por los trágicos acontecimientos, las conquistas, los militares prodigios y las guerras de gigantes que han llenado el final del último siglo y el principio del presente; ha venido, digo, á hacer ver á las naciones que, para fecundar el surco donde el porvenir de los pueblos libres germina, no es necesario verter sangre: basta con difundir ideas; que el Evangelio contiene en sí todas las Cartas; que la libertad de todos los pueblos, como la emancipacion de todos los esclavos, está en el corazon del Cristo y debe estar en el corazon del Obispo; que, cuando quiere, el hombre de paz es un con-

quistador más grande y mejor que el hombre de guerra; que el que tiene en el alma la verdadera caridad divina, la verdadera fraternidad humana, tiene al mismo tiempo en la inteligencia el verdadero génio político, y que, en una palabra, para el que gobierna los hombres, es una misma cosa ser santo y ser grande. (*Adhesion.*)

Yo no hablaré nunca, señores, sino con veneración y respeto del antiguo Papado; pero diré, sin embargo, que la aparición de un Papa semejante es un acontecimiento inmenso. (*Interrupcion.*)

Sí, insisto en ello; un Papa que hace suya la Revolución francesa (*Ruido*), que realiza la Revolución cristiana, y que la mezcla con la bendición que desde lo alto del Quirinal extiende sobre Roma y sobre el universo, *urbí et orbi*; un Papa que hace cosa tan extraordinaria y sublime, no es sólo un hombre, es un acontecimiento.

Acontecimiento social, acontecimiento político; social, puesto que de él ha de nacer toda una fase de nueva civilización; político, porque de él ha de salir una nueva Italia.

O más bien, lo digo con el corazón lleno de reconocimiento y de alegría, saldrá la antigua Italia.

Este es el otro aspecto de este gran hecho europeo. (*Interrupcion. Muchos Pares protestan.*)

Sí, señores; soy de aquellos que se estremecen de alegría pensando que Roma, esa antigua y fecunda Roma, esa Metrópoli de la unidad, después de haber engendrado la unidad de la fé, la unidad del dogma, la unidad de la cristiandad, emprende

una vez más el trabajo y va tal vez á engendrar, con aplauso del mundo, la unidad de Italia. (*Movimientos diversos.*)

Ese maravilloso nombre, esa mágica palabra, Italia, que por tanto tiempo ha significado entre los hombres la gloria de las armas, el génio conquistador y civilizador, la grandeza de las letras, el esplendor de las artes, la doble dominación de la espada y de la inteligencia, va á recobrar, ántes de un cuarto de siglo tal vez, su sublime significación y á volver á ser, con la ayuda de Dios y la de aquel que nunca mejor que en la ocasión presente se habrá llamado su Vicario, no sólo el resumen de una gran historia muerta, sino el símbolo de un gran pueblo vivo.

Ayudemos con todas nuestras fuerzas á ese deseable resultado. (*Interrupcion. Las protestas aumentan.*) Y además, por otra parte, como quiera que un pensamiento patriótico es siempre bueno, tengamos siempre presente en nuestra inteligencia que nosotros, los mutilados de 1815, no tenemos nada que perder en estas providenciales conmociones de Europa, que tienden á devolver á las naciones su forma natural y necesaria. (*Movimiento.*)

No quiero hacer entrar á la Cámara en el detalle de todas estas cuestiones. Al punto á que la discusión ha llegado, con el cansancio de la Asamblea, lo que ayer hubiera podido decirse no es ya posible hoy; lo siento, y me limito á indicar el conjunto de la cuestión y llamar la atención acerca del punto culminante. Conviene que de la tribuna fran-



cesa parta una excitacion grave, seria, potente, á ese noble Papa y á esa noble nacion; una excitacion á los Principes inteligentes que siguen al sacerdote inspirado, y un desaliento para los demás, si es posible. (*Agitacion.*)

No lo olvidemos, no lo olvidemos nunca; la civilizacion del mundo tiene una abuela que se llama Grecia, una madre que se llama Italia, y una hija primogénita que se llama Francia. Esto nos indica á nosotros, Cámaras francesas, nuestro derecho, que es muy semejante á nuestro deber.

Señores, en otros tiempos tendimos la mano á Grecia; tendámosla hoy á la Italia. (*Movimientos diversos.*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## TALLERES NACIONALES <sup>(1)</sup>

20 Junio 1848.

SEÑORES:

No subo á esta tribuna para aumentar la pasion en los debates que os agitan, ni la amargura en las diferencias que os dividen. En un momento en que todo son dificultades, en que todo pueden ser peligros, me ruborizaría si voluntariamente pusiese obstáculos al Gobierno de mi país. Presenciamos una solemne y decisiva prueba; vergüenza tendría de mí mismo si pudiese caber en mi pensamiento la idea de turbar con intrigas, en la hora tan difícil de su establecimiento, esa majestuosa forma so-

(1) Este discurso abrió la discusion sobre el siguiente decreto, que fué aprobado por la Asamblea:

•Artículo 1.º Se considera urgente la concesion de tres millones, pedida por el ministro de Obras públicas, para los talleres nacionales.

•Art. 2.º Cada nueva concesion que se haga con el mismo objeto, no podrá exceder de un millon.

•Art. 3.º Los poderes de la Comision encargada del exámen del presente decreto, continuarán hasta que se acuerde lo contrario por la Asamblea.

cesa parta una excitacion grave, séria, potente, á ese noble Papa y á esa noble nacion; una excitacion á los Principes inteligentes que siguen al sacerdote inspirado, y un desaliento para los demás, si es posible. (*Agitacion.*)

No lo olvidemos, no lo olvidemos nunca; la civilizacion del mundo tiene una abuela que se llama Grecia, una madre que se llama Italia, y una hija primogénita que se llama Francia. Esto nos indica á nosotros, Cámaras francesas, nuestro derecho, que es muy semejante á nuestro deber.

Señores, en otros tiempos tendimos la mano á Grecia; tendámosla hoy á la Italia. (*Movimientos diversos.*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## TALLERES NACIONALES <sup>(1)</sup>

20 Junio 1848.

SEÑORES:

No subo á esta tribuna para aumentar la pasion en los debates que os agitan, ni la amargura en las diferencias que os dividen. En un momento en que todo son dificultades, en que todo pueden ser peligros, me ruborizaría si voluntariamente pusiese obstáculos al Gobierno de mi país. Presenciamos una solemne y decisiva prueba; vergüenza tendría de mí mismo si pudiese caber en mi pensamiento la idea de turbar con intrigas, en la hora tan difícil de su establecimiento, esa majestuosa forma so-

(1) Este discurso abrió la discusion sobre el siguiente decreto, que fué aprobado por la Asamblea:

•Artículo 1.º Se considera urgente la concesion de tres millones, pedida por el ministro de Obras públicas, para los talleres nacionales.

•Art. 2.º Cada nueva concesion que se haga con el mismo objeto, no podrá exceder de un millon.

•Art. 3.º Los poderes de la Comision encargada del exámen del presente decreto, continuarán hasta que se acuerde lo contrario por la Asamblea.

cial, la República, que nuestros antepasados vieron grande y terrible en el pasado, y que nosotros todos queremos ver grande y benéfica en el porvenir. Procuraré, pues, en lo poco que acerca de los talleres nacionales tengo que decir, no perder de vista esta gran verdad: que en la época grave y delicada que atravesamos, si es necesaria la firmeza en los actos, necesario es también espíritu de conciliación en las palabras.

La cuestión de los talleres nacionales ha sido ya tratada en diferentes ocasiones ante vosotros con notable elevación de ideas y conocimientos. No volveré sobre lo que ya se ha dicho. Me abstendré de las cifras que todos conocéis. En mi opinión, lo declaro francamente, la creación de los talleres nacionales ha podido ser, ha sido una necesidad, pero la misión de los verdaderos hombres de Estado es sacar partido de las necesidades y convertir algunas veces las fatalidades mismas de una situación en medios de gobierno. Me veo obligado á declarar que no se ha sacado buen partido de la necesidad presente.

Lo que en primer término llama mi atención, lo que llama la atención de todo hombre de buen sentido en la institución de los talleres nacionales, tal como se ha llevado á cabo, es una fuerza enorme gastada en pura pérdida. Yo sé que el señor ministro de Obras públicas anuncia medidas; pero hasta que la realización de esas medidas haya empezado seriamente, nos vemos obligados á hablar de lo que sucede, de lo que amenaza suceder tal vez por mu-

cho tiempo todavía; y en todo caso, nuestro examen tiene derecho á remontarse á los hechos consumados, á fin de impedir, si es posible, los hechos por consumir.

Sí, lo que hasta hoy se ve más claro en los talleres nacionales, es una enorme fuerza gastada en pura pérdida. ¡Y en qué momento! En el momento en que la nación, aniquilada, tiene necesidad de todos sus recursos; del recurso de los brazos tanto como del recurso de los capitales ¿Qué han producido los talleres nacionales en cuatro meses? Nada.

No quiero entrar en la nomenclatura de los trabajos que era urgente emprender, que reclamaba el país, y que están presentes en vuestras imaginaciones, pero examinad esto. Por un lado, una inmensa cantidad de trabajos posibles; por otro, una inmensa cantidad de trabajadores disponibles. ¿Y el resultado? ¡Nada!

¿Nada? Me equivoco; el resultado no ha sido nulo; ha sido contraproducente, doblemente contraproducente bajo el punto de vista económico y bajo el punto de vista político.

Sin embargo, mi severidad admite temperamentos; no llego hasta donde van aquellos que dicen con un rigor muy parecido á la cólera para que pueda ser justo: «Los talleres nacionales son un fatal expediente. Habeis bastardeado los fuertes hijos del trabajo; habeis quitado á una parte del pueblo su amor al trabajo, amor saludable que contiene en sí la dignidad, el orgullo, el respeto de sí mismo y la salud de la conciencia. Habeis enseña-

do el vergonzoso poder de la mano extendida á aquellos que no conocían hasta ahora más que la generosa fuerza del brazo que trabaja; habeis hecho perder á las espaldas la costumbre de sostener el glorioso peso del trabajo honrado, y habeis acostumbrado á las conciencias á soportar la humillante carga de la limosna. Conocíamos ya la ociosidad de la opulencia; vosotros habeis creado la ociosidad de la miseria, cien veces más peligrosa para sí mismo y para los demás. La Monarquía tenía los ociosos, la República tendrá los holgazanes.» (*Señales de asentimiento.*)

No usaré yo literalmente este rudo y áspero lenguaje; yo no voy tan léjos. No, el glorioso pueblo de Julio y de Febrero no se bastardeará. Esa holgazanería, fatal á la civilización, es posible en Turquía, pero no en Francia. París no copiará á Nápoles; nunca, nunca imitará París á Constantinopla; jamás, aun cuando se quisiera, se conseguiría hacer de nuestros dignos é inteligentes obreros, que leen, que piensan, que hablan y que escuchan, *lazzaronés* en tiempo de paz, y *jenízaros* para el combate. ¡Jamás! (*Sensación.*)

Esas palabras: *aun cuando se quisiera*, que acabo de pronunciar, se me han escapado. No quisiera que viéseis en ellas una segunda idea ni una acusación insidiosa. El día en que crea deber acusar, acusaré, no insinuaré. No, no creo, no puedo creer, y lo digo con toda sinceridad, que haya podido germinar en la cabeza de nadie, y mucho ménos todavía en la de uno ó de muchos de nuestros gobernantes, la

monstruosa idea de convertir al obrero parisien en un *condottiere*, y crear en la ciudad más civilizada del mundo, con los admirables elementos de que se compone la población obrera, pretorianos del tumulto al servicio de la dictadura. (*Movimiento prolongado.*)

¡Este pensamiento no le ha tenido nadie; este pensamiento sería un crimen de lesa majestad popular! (*¡Es verdad!*) y ¡desgraciados de aquellos que alguna vez lo concibieran! ¡Desgraciados de aquellos que intentáran ponerlo en ejecución! Porque el pueblo, no lo dudeis, el pueblo, que tiene inteligencia, se apercibiría de ello bien pronto, y aquel día se levantaría como un solo hombre contra aquellos tiranos enmascarados de aduladores, contra aquellos déspotas disfrazados de cortesanos, y no sólo sería severo, sino terrible. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Rechazo este orden de ideas y me limito á decir que, independientemente de la funesta perturbación que los talleres nacionales producen en nuestra Hacienda, esos talleres, tales como son hoy, tales como amenazan perpetuarse, podrían á la larga, —peligro que ya os he advertido y sobre el cual insisto— podrían alterar gravemente el carácter del obrero parisien.

Pues bien, yo soy de aquellos que no quieren que se altere ese carácter; soy de aquellos que quieren que esa noble raza de hombres conserve su pureza; soy de aquellos que quieren que conserve su dignidad civil, su amor al trabajo, su valor á

un mismo tiempo plebeyo y caballeresco; soy de aquellos que quieren que esa noble raza, admirada por el mundo entero, continúe siendo admirable.

¿Y por qué lo quiero? No lo quiero solamente por el obrero parisien, lo quiero por nosotros; lo quiero por el papel que París representa en la obra de la civilización universal.

París es la capital actual del mundo civilizado...

UNA VOZ.—¡Eso es sabido! (*Risas.*)

M. VÍCTOR HUGO.—¡Indudablemente es sabido! ¡Admiro la interrupción! Extraño y curioso fuera que, siendo París la capital del mundo, el mundo no lo supiese. (*¡Muy bien! Risas.*) Continúo. Lo que Roma fué en otro tiempo, lo es París hoy día. Lo que París aconseja, Europa lo medita; lo que París empieza, Europa lo continúa. París ejerce cierto dominio entre las naciones. París tiene el privilegio de establecer soberanamente en ciertas épocas, bruscamente algunas veces, grandes cosas; la libertad del 89, la república del 92, Julio de 1830, Febrero de 1848; y esas grandes cosas, ¿quién las ha hecho? Los pensadores de París, que las preparan, y los obreros de París, que las ejecutan. (*Interruptiones diversas.*)

Hé aquí por qué quiero que el obrero de París continúe siendo lo que es; un noble y valeroso trabajador, soldado de la idea necesaria; de la idea, no del tumulto (*Sensación*); el improvisador, algunas veces temerario, de las revoluciones, pero el iniciador generoso, sensato, inteligente y desinteresado de los pueblos. Ese es el gran papel del obre-

ro parisien. Separo de él, por consiguiente, con indignación, todo lo que puede corromperle.

De ahí nace mi oposición á los talleres nacionales.

Es necesario que los talleres nacionales se trasformen prontamente, de institucion nociva, en institucion útil.

ALGUNAS VOCES.—¿Y los medios?

M. VÍCTOR HUGO.—Hace un momento, al empezar, os he indicado los medios; el Gobierno los enumeró ayer: os pido que me permitais no repetirlos.

MUCHOS MIEMBROS.—¡Seguid! ¡Seguid!

M. VÍCTOR HUGO.—Ya se ha perdido mucho tiempo; es necesario que las medidas anunciadas sean lo más pronto posible medidas realizadas. Esto es lo importante, y llamo sobre este punto la atención de la Asamblea y de sus delegados en el Poder ejecutivo.

Votaré el crédito, pero exijo que se atiendan estas observaciones.

Que nos anuncien mañana que las medidas de que nos ha hablado el ministro de Obras públicas están en plena ejecucion, que se siga por esa ancha senda, y mis críticas desaparecerán. ¿Creéis acaso que no es de la mayor importancia estimular al Gobierno cuando el tiempo se pierde y cuando las fuerzas de Francia se agotan?

Al terminar, señores, permitidme dirigir desde lo alto de esta tribuna, con motivo de los talleres nacionales—que no son más que un triste detalle del triste conjunto—permitidme dirigir desde lo alto de esta

tribuna algunas palabras á esa clase de pensadores severos y convencidos que se llaman socialistas (*¡Oh! ¡Oh! ¡Silencio! ¡Silencio!*), y dirigir con ellos una rápida ojeada sobre la cuestion general que preocupa en este momento todas las inteligencias y que envenena todos los acontecimientos; es decir, sobre el fondo real de la situacion actual.

La cuestion, á mi entender, la grande y fundamental cuestion que ocupa á Francia en este momento, y que llenará el porvenir, esa cuestion no se encierra en una palabra, se encierra en un hecho. Dificil sería encontrarla en la palabra *república*: se encuentra en el hecho *democracia*; hecho importante, que debe engendrar el estado definitivo de las modernas sociedades, y cuyo pacífico advenimiento, lo declaro, es el objeto de toda inteligencia seria.

Y porque la cuestion se encuentra en el hecho *democracia*, y no en la palabra *república*, es por lo que con razon se ha dicho que lo que ante nosotros se levanta hoy, con amenazas segun unos, con promesas segun otros, no es una cuestion política, es una cuestion social.

Representantes del pueblo: la cuestion está en el pueblo. Lo que dije hace apénas un año en otro sitio, tengo derecho para volverlo á decir hoy aquí: la cuestion hace ya muchos años que se encuentra en las angustias del pueblo; en las angustias de las campiñas que no tienen bastantes brazos, y de las ciudades que tienen demasiados; en el obrero que no tiene más que una habitacion en que falta aire,

y una industria en que falta trabajo; en el niño que anda con los piés descalzos; en la desgraciada jóven abatida por la miseria y devorada por la prostitucion; en el anciano sin asilo, á quien la falta de providencia social obliga á negar la Providencia divina; la cuestion está en los que sufren, en los que tienen frio y hambre. Ahí está la cuestion. (*¡Sí! ¡Sí!*)

Pues bien — yo, socialista, á los socialistas impacientes me dirijo — ¿creis acaso que esos sufrimientos no conmueven nuestro corazon? ¿Creeis acaso que permanecemos insensibles ante ellos? ¿Creeis acaso que no despiertan en nosotros el respeto más tierno, el amor más profundo, la simpatía más ardiente y profunda? ¡Oh! ¡Cómo os engañais! (*Sensacion.*) Sólo que en este momento, en el momento en que nos encontramos, hé aqui lo que os decimos.

Desde el gran acontecimiento de Febrero, como consecuencia de aquellas profundas conmociones que produjeron derrumbamientos necesarios, no sólo existe la angustia de esa parte de la poblacion que más especialmente se llama pueblo, existe tambien la general angustia de todo el resto de la nacion. Ya no hay confianza, ni crédito, ni industria, ni comercio; la demanda ha cesado, el consumo se cierra, las quiebras se multiplican, los alquileres y rentas no se pagan ya; todo se ha resentido á la vez; las familias ricas están apuradas; las que disfrutaban de posicion desahogada están pobres; las familias pobres están hambrientas.

A mi juicio, se ha equivocado el poder revolucionario. Acuso por ello las medidas impremeditadas; acuso también, y sobre todo, á la fatalidad de las circunstancias.

El problema social estaba planteado. En cuanto á mí, comprendía la solución de este modo: no asustar á nadie, inspirar confianza á todo el mundo, llamar á las clases hasta aquí desheredadas á los goces sociales, á la educación, al bienestar, al consumo abundante, á la vida barata, á la propiedad fácil de adquirir...

MUCHOS MIEMBROS.—¡Muy bien!

DE TODAS PARTES.—Estamos conformes; pero, ¿por qué medios?

M. VÍCTOR HUGO.—En una palabra, hacer descender la riqueza. Se ha hecho precisamente lo contrario; se ha hecho subir la miseria.

¿Qué ha resultado de esto? Una situación sombría, en la que todo lo que no está perdido está en peligro, en la que todo lo que no está en peligro está en duda; una angustia general, lo repito, en la que la popular angustia no es más que una circunstancia agravante, un desgarrador episodio de este gran naufragio.

Y lo que todavía aumenta mi incomparable dolor, es que otros gozan y se aprovechan de nuestras calamidades. En tanto que París lucha en medio de este paroxismo, en el cual nuestros enemigos — y en ello se engañan — creen ver la agonía, Londres está alegre, Londres celebra fiestas; su comercio ha triplicado; el lujo, la industria y la riqueza se han

refugiado en él. ¡Oh! Aquellos que agitan la calle; aquellos que lanzan al pueblo á la plaza pública; aquellos que incitan al desorden y á la insurrección; aquellos que hacen huir los capitales y cerrarse las tiendas, puedo muy bien creer que sean malos lógicos, pero no puedo resignarme á pensar que son decididamente malos franceses, y les diré: Agitando París, removiendo las masas, provocando el desorden y el tumulto, ¿sabeis lo que haceis? Construis la fuerza, la grandeza, la riqueza, el poder, la prosperidad y la preponderancia de Inglaterra. (*Movimiento prolongado.*)

Si, Inglaterra en este momento se sienta riéndose al borde del abismo en que Francia cae. (*Sensación.*) ¡Oh! Es cierto que las miserias del pueblo nos afligen; somos de aquellos que, al verlas, se conmueven dolorosamente. ¡Si, las miserias del pueblo nos afligen, pero las miserias de la Francia nos afligen también! Sentimos compasión profunda hácia el obrero, avara y duramente explotado; hácia el niño sin pan; hácia la mujer sin trabajo y sin apoyo; hácia las familias proletarias por tanto tiempo agobiadas y en lamentable situación, pero no sentimos ménos compasión hácia la patria que derrama su sangre sobre la cruz de las revoluciones; hácia la Francia, hácia nuestra sagrada Francia, que, si esto dura, perderá su poder, su grandeza y su brillo á los ojos del universo. (*Muy bien!*) Es preciso que esta agonía no se prolongue; es preciso que la ruina y el desastre no se apoderen una tras de otra, y las derriben, de las existencias todas de este país.

UNA VOZ.—¿Y el medio?

M. VÍCTOR HUGO.—El medio acabo de decirlo: tranquilidad en la calle, union en la ciudad, fuerza en el Gobierno, buena voluntad en el trabajo y buena fé en todo. (*¡Si, es verdad!*)

Es preciso, digo, que esta agonía no se prolongue; es preciso que todas las existencias no vayan sucumbiendo. ¿Y á quién aprovecharía esto entre nosotros? ¿Desde cuándo la miseria del rico es la riqueza del pobre? Con resultado semejante yo creo que llegaría á presenciar la venganza de las clases por largo tiempo afligidas, pero no conseguiría verlas felices. (*¡Muy bien!*)

En este extremo, yo me dirijo desde lo más profundo y más sincero de mi corazón á los filósofos iniciadores, á los pensadores demócratas, á los socialistas, y les digo: Vosotros, entre los que contáis generosos corazones, poderosas y bienhechoras inteligencias; vosotros, como nosotros, quereis el bien de la Francia y de la humanidad. Pues bien, ¡ayudadnos, ayudadnos!

No sólo existe la angustia de los trabajadores, existe la angustia de todos. No provoquéis las iras allí donde es necesaria la conciliación; no armeis una miseria contra otra miseria; no amotinéis una desesperación contra otra desesperación. (*¡Muy bien!*)

¡Tened cuidado! Dos calamidades están á vuestra puerta, dos monstruos esperan y rugen entre tinieblas detrás de nosotros y vosotros: la guerra civil y la guerra servil (*Agitación*); es decir, el león

y el tigre; no los desencadeneis. ¡En nombre del cielo, ayudadnos!

Siempre que no pongáis en duda la familia y la propiedad, bases santas sobre las cuales descansa toda civilización, admitiremos con vosotros todas las nuevas aspiraciones de la humanidad; admitid con nosotros las necesidades momentáneas de las sociedades. (*Movimiento.*)

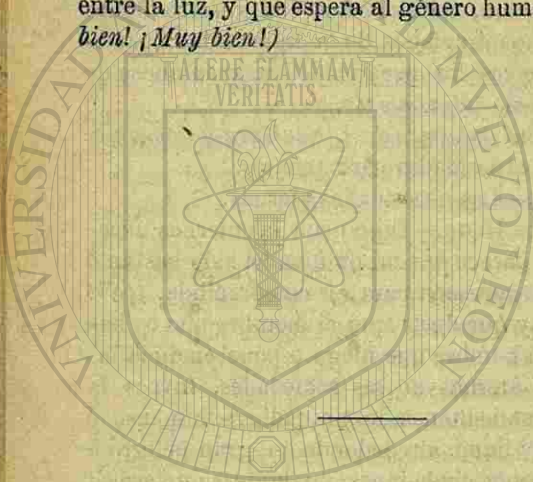
M. FLOGON, *ministro de Agricultura y Comercio.*  
—Decid las necesidades permanentes.

UNA VOZ.—Las necesidades eternas.

M. VÍCTOR HUGO.—Oigo decir las eternas necesidades. Me parece que mi opinión ha sido bastante claramente expresada para ser comprendida. (*¡Si! ¡Si!*) No hay que decir que el hombre que os habla no es un hombre que niega ó pone en duda las necesidades eternas de las sociedades. Invoco la necesidad momentánea de un peligro inmenso é inminente, y llamo alrededor de ese gran peligro á todos los buenos ciudadanos, cualquiera que sea su matiz, cualquiera que sea su color; á todos aquellos que quieren la felicidad de la Francia y la grandeza del país, y digo á esos pensadores, á los cuales me dirijo en este momento: Puesto que el pueblo cree en vosotros, puesto que teneis la dulce é inapreciable dicha de ser amados y escuchados por él, ¡oh! yo os conjuro, decidle que no se lance hácia la ruptura y la cólera; decidle que no precipite nada; decidle que vuelva al orden, á las ideas de trabajo y de paz, puesto que el porvenir es para todos, puesto que el porvenir es para el pueblo. No hace falta más que



un poco de paciencia y fraternidad, y sería horrible que por una rebelion de la tripulacion Francia, ese primer navío de las naciones, se sumergiese á la vista del magnifico puerto que todos vislumbramos entre la luz, y que espera al género humano. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)



## EL ESTADO DE SITIO <sup>(1)</sup>

2 de Setiembre de 1848.

M. VÍCTOR HUGO.—Al punto á que la discusion ha llegado, parece que sería conveniente suspender su continuacion hasta el lunes. (*¡No, no! ¡Hablad, hablad!*) Creo que la Asamblea no querrá cerrar la discusion ántes de que esté agotada. (*¡No, no!*)

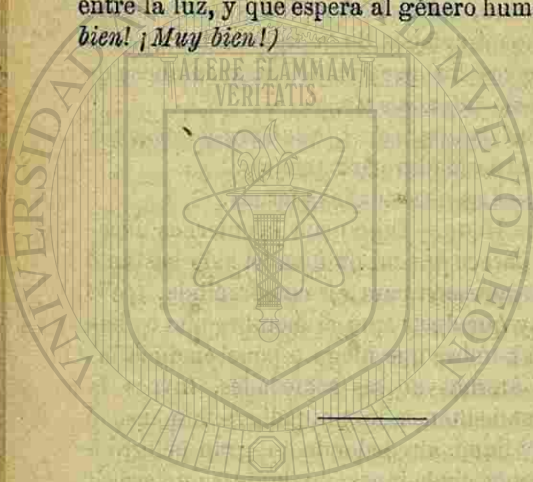
No quiero contestar más que una palabra al jefe del Poder ejecutivo; pero me parece imposible no volver á plantear la cuestion en su verdadero terreno.

Para que la Constitucion sea convenientemente discutida, son precisas dos cosas : que la Asamblea sea libre, y que sea libre la prensa. (*Interruccion.*)

Este es, á mi entender, el verdadero punto de la

(1) El epresentante Liechtenberger presentó una proposicion relativa al evantamiento del estado de sitio ántes de la discusion sobre el payecto de Constitucion. El Comité de justicia, por medio de su infomante, declaraba no haber lugar á tomar en consideracion la proosicion. El representante Ledru-Rollin la defendió.

un poco de paciencia y fraternidad, y sería horrible que por una rebelion de la tripulacion Francia, ese primer navío de las naciones, se sumergiese á la vista del magnifico puerto que todos vislumbramos entre la luz, y que espera al género humano. (*Muy bien! ¡Muy bien!*)



## EL ESTADO DE SITIO <sup>(1)</sup>

2 de Setiembre de 1848.

M. VÍCTOR HUGO.—Al punto á que la discusion ha llegado, parece que sería conveniente suspender su continuacion hasta el lunes. (*¡No, no! ¡Hablad, hablad!*) Creo que la Asamblea no querrá cerrar la discusion ántes de que esté agotada. (*¡No, no!*)

No quiero contestar más que una palabra al jefe del Poder ejecutivo; pero me parece imposible no volver á plantear la cuestion en su verdadero terreno.

Para que la Constitucion sea convenientemente discutida, son precisas dos cosas : que la Asamblea sea libre, y que sea libre la prensa. (*Interrupcion.*)

Este es, á mi entender, el verdadero punto de la

(1) El epresentante Liechtenberger presentó una proposicion relativa al evantamiento del estado de sitio ántes de la discusion sobre el payecto de Constitucion. El Comité de justicia, por medio de su infomante, declaraba no haber lugar á tomar en consideracion la proosicion. El representante Ledru-Rollin la defendió.

cuestion: ¿implica el estado de sitio la supresion de la libertad de la prensa? El Poder ejecutivo dice que sí; yo digo que no. ¿Quién tiene razon? Si la Asamblea titubea en decidir, la historia y el porvenir juzgarán.

La Asamblea nacional ha dado al Poder ejecutivo el estado de sitio para contener la insurreccion y leyes para reprimir á la prensa; cuando el Poder ejecutivo confunde el estado de sitio con la suspension de las leyes, incurre en un error profundo y conviene que se le advierta. (En la izquierda: ¡ *Muy bien!* )

Hé aquí lo que tenemos que decir al Poder ejecutivo:

La Asamblea nacional ha pretendido impedir la guerra civil, pero no prohibir la discusion; ha querido desarmar los brazos, pero no amordazar las conciencias. (*Aprobacion en la izquierda.*)

Para pacificar la calle, teneis el estado de sitio; para contener la prensa, teneis los tribunales. Pero no os valgais del estado de sitio contra la prensa; equivocais el arma, y creyendo defender la sociedad heris la libertad. (*Movimiento.*)

Combatís por principios sagrados, por el orden, por la familia, por la propiedad; os seguiremos, os

Saureau la defendió igualmente; Demanet habló en el mismo sentido. El general Cavaignac, Presidente del Consejo, presentó en este debate algunas consideraciones, á consecuencia de las cuales Víctor Hugo pidió la palabra. La discusion se cerró despues de su discurso. La proposicion de Liechtenberger fué desechada.

ayudaremos en la lucha, pero queremos que lucheis con las leyes.

UNA VOZ.—¿Quién, nosotros?

M. VICTOR HUGO.—Nosotros, la Asamblea entera. (En la izquierda: ¡ *Muy bien, muy bien!* )

Me es imposible no recordaros que muchas veces ha sido acogida y comprendida por todos vosotros la distincion entre el estado de sitio y la suspension de las leyes.

El estado de sitio es un estado definido y legal, ya se ha dicho; la suspension de las leyes es una situacion monstruosa en la que la Cámara no puede querer colocar á Francia (*Movimiento*), en la cual una gran Asamblea no puede querer colocar nunca á un gran pueblo. (*Nuevo movimiento.*)

No puedo admitir que el Poder ejecutivo comprenda así su mandato. En cuanto á mí, lo declaro, he creído al darle el estado de sitio armarle con toda la fuerza social para la defensa del orden; le he dado toda la cantidad de poder que mi mandato me permitía conferirle; pero no le he dado la dictadura; no le he entregado la libertad del pensamiento; no he creído atribuirle la censura y la confiscacion. (*Aprobacion en muchos bancos. Reclamaciones en otros.*) Y la censura y la confiscacion son las que en este momento pesan sobre los órganos del pensamiento público. (*¡St, muy bien!*) Esta situacion es incompatible con la discusion de la Constitucion. Importa, repito, que la prensa sea libre, y la libertad de la prensa no es ménos necesaria á la

bondad y duracion de la Constitucion que la libertad de la Asamblea misma.

Para mí estos dos puntos son inseparables é indivisibles, y no admitiria que la Asamblea misma pudiese ser suficientemente libre, es decir, suficientemente ilustrada (*Exclamaciones*) si la prensa no estuviese libre al lado de ella, y si la libertad de las opiniones exteriores no mezclase su luz á la libertad de vuestras deliberaciones.

Yo pido que el señor Presidente del Consejo nos diga de qué modo entiende definitivamente el estado de sitio (*¡Ya lo ha dicho!*); que se sepa si el Presidente del Consejo entiende por estado de sitio la suspension de las leyes. En cuanto á mí, que creo necesario el estado de sitio, si, apesar de todo, fuese definido de ese modo, votaría al instante contra su mantenimiento; pues creo que, en lugar de un peligro pasajero, cual lo es la insurreccion, pondríamos una inmensa desgracia, el rebajamiento de la nacion. (*Movimiento.*) Que el estado de sitio se mantenga y que se respete la ley, hé aquí lo que pido; hé aquí lo que quiere la sociedad, que pretende conservar el orden; hé aquí lo que quiere la conciencia pública, que pretende conservar la libertad. (*¡A votar, á votar!*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

## LA PENA DE MUERTE <sup>(1)</sup>

15 de Setiembre de 1848.

Yo lamento que esta cuestion, tal vez la primera de todas, se presente en medio de vuestras deliberaciones casi de improviso y sorprenda sin preparacion á los oradores.

Por mi parte diré pocas palabras, pero serán hijas del sentimiento y de una profunda y antigua conviccion.

Acabais de consagrar la inviolabilidad del domicilio; nosotros os pedimos que consagreis una inviolabilidad más elevada y más santa todavía: la inviolabilidad de la vida humana.

Señores, una Constitucion, y sobre todo una

(1) Este discurso fué pronunciado en la discusion del art. 5.º del proyecto de Constitucion.

Dicho artículo estaba concebido así: «Queda abolida la pena de muerte por delitos políticos.» Los representantes Coquerel, König y Buvignier, proponían la enmienda siguiente: «Queda abolida la pena de muerte.»

En la sesion del 18 de Setiembre fué desechada esta enmienda por 498 votos contra 216.

bondad y duracion de la Constitucion que la libertad de la Asamblea misma.

Para mí estos dos puntos son inseparables é indivisibles, y no admitiria que la Asamblea misma pudiese ser suficientemente libre, es decir, suficientemente ilustrada (*Exclamaciones*) si la prensa no estuviese libre al lado de ella, y si la libertad de las opiniones exteriores no mezclase su luz á la libertad de vuestras deliberaciones.

Yo pido que el señor Presidente del Consejo nos diga de qué modo entiende definitivamente el estado de sitio (*¡Ya lo ha dicho!*); que se sepa si el Presidente del Consejo entiende por estado de sitio la suspension de las leyes. En cuanto á mí, que creo necesario el estado de sitio, si, apesar de todo, fuese definido de ese modo, votaría al instante contra su mantenimiento; pues creo que, en lugar de un peligro pasajero, cual lo es la insurreccion, pondríamos una inmensa desgracia, el rebajamiento de la nacion. (*Movimiento.*) Que el estado de sitio se mantenga y que se respete la ley, hé aqui lo que pido; hé aqui lo que quiere la sociedad, que pretende conservar el orden; hé aqui lo que quiere la conciencia pública, que pretende conservar la libertad. (*¡A votar, á votar!*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

## LA PENA DE MUERTE <sup>(1)</sup>

15 de Setiembre de 1848.

Yo lamento que esta cuestion, tal vez la primera de todas, se presente en medio de vuestras deliberaciones casi de improviso y sorprenda sin preparacion á los oradores.

Por mi parte diré pocas palabras, pero serán hijas del sentimiento y de una profunda y antigua conviccion.

Acabais de consagrar la inviolabilidad del domicilio; nosotros os pedimos que consagreis una inviolabilidad más elevada y más santa todavía: la inviolabilidad de la vida humana.

Señores, una Constitucion, y sobre todo una

(1) Este discurso fué pronunciado en la discusion del art. 5.º del proyecto de Constitucion.

Dicho artículo estaba concebido así: «Queda abolida la pena de muerte por delitos políticos.» Los representantes Coquerel, König y Buvignier, proponían la enmienda siguiente: «Queda abolida la pena de muerte.»

En la sesion del 18 de Setiembre fué desechada esta enmienda por 498 votos contra 216.

Constitucion hecha por la Francia y para la Francia, es necesariamente un paso dado en la civilizacion. Y si no es esto, no es nada. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Pues bien, pensadlo: ¿qué es la pena de muerte? La pena de muerte es el signo peculiar y eterno de la barbarie. (*Movimiento.*) Por todas partes en donde la pena de muerte se prodiga, domina la barbarie; por todas partes donde la pena de muerte es rara, reina la civilizacion. (*Sensacion.*)

Estos hechos son incontestables, señores. La dulcificacion de la penalidad es un grande y sério progreso. El siglo XVIII tiene como una de sus glorias la abolicion de la tortura; el siglo XIX abolirá la pena de muerte. (*Viva adhesion.* Muchas voces: *¡Sí, sí!*)

Vosotros tal vez no la abolireis hoy; pero no lo dudeis, la abolireis mañana, ó la abolirán vuestros sucesores. (Las mismas voces: *¡La aboliremos nosotros! Agitacion.*)

Escribis á la cabeza del preámbulo de vuestra Constitucion: « En presencia de Dios, » y empezais por usurpar á ese Dios un derecho que sólo á él pertenece: el derecho de vida y muerte. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Hay tres cosas, señores, que son de Dios y no pertenecen al hombre: lo irrevocable, lo irreparable, lo indisoluble. ¡Desgraciado del hombre si las introduce en sus leyes! (*Movimiento.*) Tarde ó temprano hacen doblarse bajo su peso á la sociedad; interrumpen el equilibrio necesario entre las leyes

y las costumbres; quitan sus proporciones á la justicia humana, y entónces sucede, reflexionadlo, señores, sucede que la ley espanta la conciencia. (*Sensacion.*)

He subido á esta tribuna para deciros una sola palabra, una palabra decisiva, á mi parecer: esa palabra, héla aquí. (*¡Silencio, silencio!*)

Despues de Febrero, tuvo el pueblo un gran pensamiento: al dia siguiente de haber quemado el trono, quiso quemar el cadalso. (*¡Muy bien!*—Otras voces: *¡Muy mal!*)

Los que influían en su espíritu entónces, no estuvieron, y profundamente lo lamento, á la altura de su gran corazon. (En la izquierda: *¡Muy bien!*) Se le impidió que ejecutase tan sublime idea.

Pues bien, en el primer artículo de la Constitucion que votais acabais de consagrar el primer pensamiento del pueblo: habeis suprimido el Trono. Consagrad ahora el otro: suprimid el cadalso. (*Aplausos en la izquierda. Protestas en la derecha.*)

Voto sencilla y definitivamente la abolicion completa de la pena de muerte.

MA DE NUEVO LEÓN  
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1928 MONTERREY, MEXICO

## LA DISOLUCION DE LA ASAMBLEA <sup>(1)</sup>

29 de Enero 1849.

Entro inmediatamente en el debate, y le tomaré en el punto en que el orador que me ha precedido lo ha dejado.

El tiempo pasa y yo habré de ocupar poco tiempo esta tribuna.

No seguiré al elocuente orador en las consideraciones políticas de diversa naturaleza que sucesivamente ha examinado; me encerraré en la discusión del derecho de esta Asamblea para existir ó disolverse. El ha intentado apasionar el debate, yo procuraré calmarlo. (*Rumores en la izquierda.*)

Pero si al paso encontrase algunas cuestiones

(1) La Asamblea Constituyente discutía las proposiciones relativas á la convocatoria de la Asamblea legislativa y á la modificación del decreto de 15 de Diciembre, relativo á las leyes orgánicas. Julio Favre acababa de pronunciar un discurso muy elocuente, muy vehemente, para probar que la Asamblea Constituyente tenía el derecho y el deber de permanecer reunida, cuando Víctor Hugo subió á la tribuna.

Se votó la disolución.

políticas que se rozasen con las suscitadas por él, puede estar seguro que no las huiré.

No se disguste el honorable orador; yo soy de aquellos que piensan que esta Asamblea ha recibido un mandato limitado é ilimitado á la vez. (*Exclamaciones.*)

EL PRESIDENTE. — Ruego á todos los miembros de la Asamblea guarden silencio. Se debe escuchar á M. Víctor Hugo como se ha escuchado á monsieur Favre.

M. VÍCTOR HUGO. — Limitado por lo que á su soberanía toca, limitado en cuanto á la obra que le está encomendada (*¡Muy bien! Movimiento*), soy de aquellos que piensan que la conclusion de la Constitución agota el mandato, y que el primer efecto de la Constitución votada debe ser, en buena lógica política, disolver la Constituyente.

Y, en efecto, señores, ¿qué es una Asamblea Constituyente? Es una revolucion obrando y deliberando con un horizonte indefinido ante ella. ¿Y qué es una Constitución? Es una revolucion realizada y para lo sucesivo circunscrita. Ahora bien, ¿puede concebirse una revolucion concluida por el voto de la Constitución y continuando á la vez por la presencia de la Constituyente? ¿Es decir, en otros términos, proclamado lo definitivo y mantenido lo provisional, la afirmacion y la negacion una enfrente de otra? Una Constitución que rige la nacion y no rige al Parlamento. Todo esto se choca y se excluye. (*Sensacion.*)

Ya sé que en los términos de la Constitución os

habeis atribuido la mision de votar lo que se llama las leyes orgánicas. No diré yo que no sea preciso hacerlas; lo que sí diré es que es preciso hacer las ménos posibles. ¿Y por qué? Las leyes orgánicas, ¿forman parte de la Constitución? ¿Participan de su privilegio y de su inviolabilidad? ¡Oh! Si así fuese, vuestro deber sería hacerlas todas. Pero las leyes orgánicas no son más que leyes ordinarias; las leyes orgánicas no son más que leyes como las demás que pueden modificarse, cambiarse, abrogarse sin formalidades especiales, y que en tanto que la Constitución, armada por vosotros, se defenderá, aquéllas pueden caer al primer choque de la primera Asamblea legislativa. Esto es incuestionable. ¿A qué, pues, multiplicarlas y hacerlas todas en circunstancias en que apenas es posible hacerlas viables? Una Asamblea constituyente no debe hacer nada que no lleve el carácter de la necesidad. Y no lo olvidemos, allí donde una Asamblea como esta no imprime el sello de su soberanía, imprime el sello de su debilidad.

Digo, pues, que es preciso limitar á un muy pequeño número las leyes orgánicas que la Constitución os impone el deber de hacer.

Abordaré, atravesándola ligeramente, pues que, en las circunstancias en que nos encontramos, es preciso no irritar este debate, abordaré la delicada cuestion que llamaré la cuestion de amor propio; es decir, el conflicto que se procura crear entre el Ministerio y la Asamblea con motivo de la proposicion Rateau. Repito que tocaré ligeramente esta cuestion;

vosotros comprendereis el motivo, que nace de mi patriotismo y del vuestro. Diré solamente que esta cuestion, así planteada, que ese conflicto, que esa susceptibilidad, que todo eso está por debajo de vosotros (*Sí, sí! Adhesion*). Las grandes Asambleas como ésta no comprometen la paz del país por susceptibilidades; se mueven y se gobiernan por más altas razones. Las grandes Asambleas, señores, saben arrostrar con dignidad y libertad la hora de su abdicacion política; no obedecen nunca, tanto en el día de su advenimiento como en el día de su retirada, más que á una sola impulsión: la utilidad pública. Ese es el sentimiento que yo invoco y que quisiera despertar en vuestras almas.

Separo, por consiguiente, como rebatidos ya por la discusion los tres argumentos apoyados, el uno en la naturaleza de vuestro mandato, el otro en la necesidad de votar las leyes orgánicas, y el tercero en la susceptibilidad de la Asamblea frente al Ministerio.

Llego á una última objecion, que, segun mi parecer, está intacta y se encuentra en el fondo del notable discurso que acabais de oír. Esa objecion héla aquí:

Para disolver la Asamblea invocamos la necesidad política. Para mantenerla se nos opone la necesidad política. Se nos dice: Es preciso que la Asamblea constituyente permanezca en su puesto; es preciso que vigile su obra; interesa que no abandone la democracia que ha organizado, que no abandone la Constitución á esa corriente que arras-



tra las inteligencias hácia un porvenir desconocido.

Y por encima de todo esto, señores, se evoca yo no sé qué fantasma de una Asamblea amenazadora para la paz pública; se supone que la próxima Asamblea legislativa (pues éste es el verdadero punto de la cuestion, y sobre él insisto y sobre él llamo vuestra atencion), se supone que la próxima Asamblea legislativa traerá consigo trastornos y calamidades, que perderá á Francia en vez de salvarla.

Esta es toda la cuestion y no otra; puesto que si nouviérais ese temor y esa ansiedad, vosotros mis colegas de la mayoría, á los que respeto y me dirijo, si no abrigáreis ese temor y sintiérais esa ansiedad, si estuviérais tranquilos acerca de la suerte de la futura Asamblea, es seguro que vuestro patriotismo os aconsejaría cederla el puesto.

Este es, á mi juicio, el verdadero punto de la cuestion. Pues bien, señores, abordaré esta objecion. He subido á la tribuna precisamente para combatirla. Se nos dice: ¿Sabeis lo que será, sabeis lo que hará la próxima Asamblea legislativa? Y se deduce de las inquietudes que se manifiestan que es preciso mantener la Asamblea constituyente.

Mi intencion, señores, es demostraros el valor de esos argumentos conminatorios; lo haré en pocas palabras y por medio de un sencillo paralelo que pertenece ya á la Historia, y que, á mi juicio, ilumina de un modo singular toda esta parte de la cuestion. (*Silencio, silencio! Profundo silencio.*)

Señores: hace ménos de un año, en Marzo último, una parte del Gobierno provisional parecía

creer en la necesidad de perpetuarse. Publicaciones oficiales pegadas en las esquinas de las calles afirmaban que la educacion política de la Francia no estaba hecha, que era peligroso entregar al país, enmedio de aquel estado de cosas, el ejercicio de su soberanía y que era indispensable que el poder entonces existente prolongase su duracion. Al mismo tiempo, un partido que se decía ser el más avanzado, una opinion que se proclamaba exclusivamente republicana, que declaraba haber hecho la República y que parecía pensar que la República le pertenecía, esa opinion lanzaba la voz de alarma, pedía en voz alta el aplazamiento de las elecciones y denunciaba á los patriotas, á los republicanos, á los buenos ciudadanos la proximidad de un peligro inmenso é inminente. Ese inmenso peligro que se acercaba, señores, érais vosotros (*¡Muy bien, muy bien!*), era la Asamblea nacional, á la cual hablo en este momento. (*Nuevas muestras de aprobacion.*)

Aquellas fatales elecciones que era preciso aplazar á toda costa para la salud pública, y que fueron aplazadas, eran las elecciones de que habeis salido. (*Profunda sensacion.*)

Pues bien, señores, lo que hace diez meses se decía de la Asamblea constituyente, se dice hoy de la Asamblea legislativa.

Dejo á vuestras inteligencias las deducciones, os dejo interrogar vuestras conciencias y preguntaros á vosotros mismos lo que habeis sido y lo que habeis hecho. No es este el lugar de detallar todos

vuestros actos ; pero lo que sé es que sin vosotros la civilizacion hubiera muerto, que vosotros habeis salvado la civilizacion. Y salvar la civilizacion es salvar la vida á un pueblo.

Hé ahí lo que vosotros habeis hecho ; hé ahí cómo habeis respondido á las siniestras profecias que querian retardar vuestro advenimiento. (*Viva y universal aprobacion.*)

Señores, insisto. Lo que se decía ántes de vosotros, se dice hoy de vuestros sucesores ; hoy, como entónces, se hace un peligro de la futura Asamblea ; hoy, como entónces, se desconfía de Francia, se desconfía del pueblo, se desconfía del Soberano. Teniendo en cuenta lo que valian los temores del pasado, juzgad el valor de los temores presentes. (*Movimiento.*)

Puede afirmarse en voz alta que la Asamblea legislativa responderá á las malas prevenciones como vosotros mismos respondisteis á ellas: consagrándose al bien público.

Señores: en los hechos que acabo de citar, en el paralelo que acabo de hacer, en otros muchos actos que no quiero recordar, puesto que quiero observar en esta discusion una profunda moderacion (*¡Es verdad!*), en muchos otros actos que están presentes en la memoria de todos, no sólo hay la refutacion de un argumento, hay una evidencia, una leccion. Esa evidencia, esa leccion, nos demuestra que desde hace once meses, cada vez que de consultar al país se trata, se duda, se retrocede y se buscan subterfugios. (*¡Sí, sí! ¡No, no!*)

M. DE LAROCHEJAQUELEIN.—Constantemente se insulta al sufragio universal.

UN MIEMBRO.—Pero se ha adelantado la época de la eleccion presidencial.

M. VÍCTOR HUGO.—Estoy seguro de hablar en este momento á la conciencia de la Asamblea.

¿Y sabeis lo que hay en el fondo de todas esas dudas? Lo diré. (*Rumores.—¡Hablad, hablad!*) Tened presente, señores, que esos murmullos ni me asombran ni me intimidan. (*Exclamaciones.*)

Los que están en esta tribuna están en ella para oír murmullos, del mismo modo que los que están en esos bancos están en ellos para oír verdades.

Hemos escuchado las vuestras ; escuchad las nuestras ahora. (*Movimiento prolongado.*)

Señores : diré lo que hay en el fondo de esas dudas, y lo diré en voz alta, pues que la libertad de la tribuna no es nada sin la franqueza del orador. Lo que hay en el fondo de todo eso, de todos esos actos que recuerdo, lo que hay es un oculto temor al sufragio universal.

Y yo os lo digo á vosotros que habeis fundado el gobierno republicano sobre el sufragio universal, á vosotros que durante tanto tiempo habeis sido el poder todo, yo os lo digo : nada hay más grave en política que un Gobierno que desconfía de su principio. (*Profunda sensacion.*)

A vosotros toca ponerle un término, y ya es tiempo de hacer que cese este estado de cosas ; el país quiere ser consultado ; demostrad confianza al país, y el país os devolverá la confianza. Quiero concluir

con estas palabras de conciliacion. Yo apoyo en mi mandato el derecho y la fuerza para conjuraros en nombre de la Francia, que espera y se inquieta... (*Exclamaciones diferentes.*) en nombre de ese noble y generoso pueblo de París, al que arrastran de nuevo entre agitaciones políticas...

UNA VOZ.—El Gobierno es quien lo agita.

M. VÍCTOR HUGO.—En nombre de ese bueno y generoso pueblo de París, que tanto ha sufrido y que sufre todavía, yo os conjuro á que no prolonguéis una situación que es la agonía del crédito, del comercio, de la industria y del trabajo. (*¿Es verdad!*) Yo os conjuro á que cerreis vosotros mismos, retirándoos, el período revolucionario y á que deis principio al período legal; yo os conjuro á que convoqueis con generosidad y con confianza á vuestros sucesores. No incurrais en la falta del Gobierno provisional. La injuria que los partidos apasionados os hicieron ántes de vuestra venida, no la hagais, vosotros legisladores, á la Asamblea legislativa. No sospecheis, vosotros los que sospechosos fuisteis; no aplaceis, vosotros los que fuisteis aplazados. (*Movimiento.*)

La mayoría comprenderá, no dudo de ello, que ha llegado por fin el momento en que la soberanía de esta Asamblea debe fundirse y desvanecerse en la soberanía de la nación.

Si otra cosa sucediese, señores; si fuese posible lo que en mi respeto hácia la Asamblea estoy léjos de sospechar; si fuese posible que esta Asamblea se decidiese á prolongar indefinidamente su man-

dato... (*Rumores y denegaciones*); si fuese posible, digo, que la Asamblea prolongase — ¿no quereis indefinidamente? sea! — prolongase un mandato que desde hoy ha de ser por lo ménos discutido; si fuese posible que se mantuviese en la situación en que se encuentra hoy frente á frente del país — aún es tiempo de decíroslo — el espíritu de la Francia que anima y vivifica esta Asamblea se retiraría de ella. (*Reclamaciones.*) Esta Asamblea no sentiría ya latir en su seno el corazón de la nación. Tal vez le fuese dado todavía el durar, pero no el vivir. La vida política no se decreta. (*Movimiento prolongado.*)

## LA MISERIA (1)

9 de Julio 1849.

SEÑORES:

Vengo á apoyar la proposicion del honorable M. de Melun. Principio por declarar que una proposicion que abrazára todo entero el art. 13 de la Constitucion sería una obra inmensa bajo la cual sucumbiría la Comision que quisiera emprenderla; pero aquí no se trata más que de preparar una legislacion que organice las previsiones y socorros populares. Este es el sentido que á la proposicion ha dado el informante, así como yo mismo la entiendo, y en este concepto vengo á apoyarla.

Tened á bien permitirme algunas aclaraciones

(1) M. de Melun propuso á la Asamblea legislativa, al empezar sus trabajos, el nombramiento de una Comision de 30 miembros para preparar y examinar las leyes relativas á los socorros populares. El informe sobre esta proposicion fué presentado en la sesion del 23 de Junio de 1849. Su discusion se abrió el 9 de Julio siguiente.

Víctor Hugo fué el primero que hizo uso de la palabra. Habló en favor de la proposicion y pidió que se ampliase el pensamiento.

acerca de las cuestiones políticas que esta proposicion promueve.

Señores, oigo decir á cada momento, y lo he oido á mi lado en el instante de subir á esta tribuna, que no hay dos maneras de restablecer el orden. Se dice que en tiempos de anarquía no hay más remedio eficaz que la fuerza; que fuera de la fuerza todo es vano y estéril, y que la proposicion del honorable M. de Melun y todas las demás análogas proposiciones deben descartarse, porque no son otra cosa, repetiré la palabra de que se sirven, que socialismo disfrazado. (*Interrupcion en la derecha.*)

Señores, creo que palabras de esta índole son ménos peligrosas cuando se dicen en público, en esta tribuna, que cuando se murmuran sordamente; y si cito esas conversaciones es porque espero traer á la tribuna, para que se expliquen, á aquellos que han expresado las ideas que acabo de exponer. Entónces, señores, podremos combatir las á la luz del dia. (*Murmullos en la derecha.*)

Añadiré, señores, que aún se iba más lejos. (*Interrupcion.*)

Se caracterizó este debate por un incidente de útil recordacion. Víctor Hugo dijo: «Yo soy de aquellos que piensan y afirman que se puede destruir la miseria.» Su aserto produjo numerosas negaciones en los bancos de la derecha. M. Poujoulat interrumpió al orador diciendo: «Es un profundo error.» Y M. Benoit d'Azy sostuvo, en medio de los aplausos de la derecha y del centro, que era imposible hacerla desaparecer. La proposicion fué votada por unanimidad.

VOCES EN LA DERECHA—¿Quién? ¿quién? Nombrad al que ha dicho eso.

M. VÍCTOR HUGO.—Los que de ese modo han hablado que se nombren á sí mismos; ese es asunto que á ellos corresponde. Que tengan en la tribuna el valor de sus opiniones de corredores y comisiones. Por mi parte, declaro que no es mi papel revelar nombres que se ocultan. Las ideas se muestran, combato las ideas; cuando se muestren los hombres, combatiré á los hombres. (*Agitacion.*) Señores, vosotros lo sabeis; las cosas que no se dicen en voz alta suelen ser las que más daño hacen. Aquí, las palabras públicas son para la muchedumbre; las palabras secretas son para el voto. Pues bien. Yo no quiero palabras secretas cuando del porvenir del pueblo y de las leyes de mi país se trata. Las palabras secretas las descubro; las influencias ocultas las desenmascaro; ese es mi deber. (*La agitacion aumenta.*) Continúo, pues. Aquellos que así hablaban añadían que «hacer esperar al pueblo un aumento de bien y una disminucion de malestar, era prometer lo imposible; que no había que hacer, en una palabra, más que lo que ya habían hecho todos los Gobiernos en circunstancias semejantes; que todo lo demás era declamatorio y quimérico, y que bastaba con la represion al presente y la compresion para el porvenir.» (*Violentos murmullos.—Numerosas interpelaciones se dirigen al orador por los miembros de la derecha y del centro, entre los cuales se distinguen MM. Denis, Benoît y de Dampierre.*)

Me felicito, señores, de que mis palabras hayan hecho estallar tan unánimes protestas.

EL PRESIDENTE.—La Asamblea, en efecto, ha manifestado su sentimiento. El presidente no tiene nada que añadir. (*¡Muy bien, muy bien!*)

M. VÍCTOR HUGO.—No es este el modo que yo tengo de comprender el restablecimiento del órden... (*Interrupcion á la derecha.*)

UNA VOZ.—Nadie lo comprende así.

M. NOEL PARFAIT.—Así se ha dicho en mi Comision. (*Gritos en la derecha.*)

M. DUFOURNEL Á M. PARFAIT.—¡Citadle, decid quién ha hablado así!

M. DE MONTALEMBERT.—Con el permiso del honorable M. Víctor Hugo, me tomo la libertad de declarar... (*Interrupcion.*)

NUMEROSAS VOCES.—¡A la tribuna! ¡A la tribuna!

M. DE MONTALEMBERT, *en la tribuna.*—Me tomo la libertad de declarar que la asercion del honorable M. Víctor Hugo es tanto ménos fundada, cuanto que la Comision ha estado unánime al aprobar la proposicion de M. de Melun; y la mejor prueba que de ello puedo dar es decir que ha escogido para informante á su autor mismo. (*¡Muy bien, muy bien!*)

M. VÍCTOR HUGO.—El honorable M. de Montalembert responde á lo que yo no he dicho. Yo no he dicho que la Comision no haya estado unánime al aprobar la proposicion; yo sólo he dicho, y lo sostengo, que había oido frecuentemente, y en par-

ticular en el momento en que iba á subir á la tribuna, las palabras á que he hecho alusion; y que, como para mí las objeciones ocultas son las más peligrosas, tenía el derecho y el deber de presentarlas públicamente, siquiera fuese á despecho de ellas mismas, á fin de poderlas destruir. Ya veis que he tenido razon, puesto que desde la primera palabra se han avergonzado y se han disipado. (*Ruidosas reclamaciones en la derecha. Muchos miembros interpelean vivamente al orador en medio del ruido.*)

EL PRESIDENTE.—El orador no ha nombrado á nadie en particular, pero esas palabras tienen algo de personal para todo el mundo, y yo no puedo ver en la interrupcion que han producido sino un mentís universal de esta Asamblea; os invito á que entreis en la cuestion.

M. VÍCTOR HUGO.—Sólo aceptaré el mentís de la Asamblea cuando se me dé con los actos y no con palabras. Allá veremos si el porvenir me da ó no la razon; veremos si se hace otra cosa que comprimir y reprimir; veremos si el pensamiento que hoy se desapueba no es la política que se enarbolará mañana. Entretanto, y en todo caso, creo que la unanimidad que acabo de provocar en esta Asamblea es una ventaja inapreciable... (*Ruido.—Interrupciones.*)

Pues bien, señores, traslademos este género de objeciones fuera de este recinto y no las achaquemos á los miembros de esta Asamblea. Entretanto, y una vez sentado esto, permitaseme decir que, por mi parte, no creo que el sistema que com-

bina la represion con la compresion, y que á esto se atiene, sea el único modo, la mejor manera de restablecer el orden. (*Nuevos murmullos.*)

He dicho que descarto completamente á los miembros de la Asamblea... (*Ruido.*)

EL PRESIDENTE.—La Asamblea está descartada; es una objecion que el orador se hace á sí mismo y que va á refutar. (*Risas.—Rumores.*)

M. VÍCTOR HUGO.—El Sr. Presidente se equivoca. Acerca de ese punto apeló al porvenir. Ya veremos. Por lo demás, como está bien léjos de ser esta una objecion que yo á mí mismo me hago, bástame haber provocado la unánime manifestacion de la Asamblea, esperando que la tendrá presente, y paso á otro orden de ideas.

Oigo decir igualmente todos los dias... (*Interrupcion.*) ¡Ah! señores, respecto á este lado de la cuestion no temo interrupcion alguna, pues vosotros mismos reconocereis que es hoy la gran palabra de la situacion; oigo decir por todas partes que la sociedad acaba de vencer una vez más... y que es preciso aprovechar la victoria. (*Movimiento.*) Señores, no se sorprenderá nadie en este recinto si digo que tambien es ese mi sentimiento.

Antes del 13 de Junio atormentaba á esta Asamblea una especie de tempestad; vuestro precioso tiempo se perdía en estériles y peligrosas luchas de palabras; todas las cuestiones, las más serias, las más fecundas, desaparecían ante la batalla que á cada instante se libraba en la tribuna y se entablaba en la calle. (*¡Es verdad!*) Hoy se ha restable-

cido la tranquilidad, el terror se ha desvanecido, la victoria es completa. Es preciso aprovecharla. Sí, es preciso aprovecharla. Pero ¿sabeis cómo?

Es preciso aprovechar el silencio impuesto á las pasiones anárquicas para conceder la palabra á los intereses populares. (*Sensacion.*) Es preciso aprovecharse del orden reconquistado para levantar de nuevo el trabajo, para crear en vasta escala la prevision social; para sustituir á la limosna que degrada (*Denegaciones en la derecha*) la asistencia que fortifica; para fundar por todas partes, y bajo todas formas, establecimientos de todo género que den seguridad al desgraciado y animen al trabajador; para dar cordialmente, en mejoras de todas clases, á las clases que sufren más cien veces más que lo que siempre les han prometido sus falsos amigos. Hé ahí de qué modo hay que aprovecharse de la victoria. (*¡Sí, sí!—Movimiento prolongado.*)

Es preciso aprovechar la desaparicion del espíritu revolucionario para hacer reaparecer el espíritu de progreso. Es preciso aprovechar la calma para restablecer la paz; no sólo la paz en las calles sino la paz verdadera, la paz definitiva, la paz en las inteligencias y en los corazones. Es preciso, en una palabra, que la derrota de la demagogia sea la victoria del pueblo. (*Viva adhesion.*)

Hé ahí lo que es preciso hacer de la victoria; hé ahí de qué modo es preciso aprovecharla. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Y considerad, señores, el momento porque atra-vesais. En diez y ocho meses se ha visto la reali-

dad de muchos sueños; las quimeras que estaban en la sombra han salido de ella, y la clara luz del día las ha iluminado; las falsas teorías se han visto obligadas á explicarse; los falsos sistemas se han visto por el suelo. ¿Qué han producido? Nada. Muchas ilusiones se han desvanecido en las masas, y al desvanecerse han hecho rodar las popularidades sin base y los ódios sin motivo. El esclarecimiento llega poco á poco; el pueblo, señores, tiene el instinto de la verdad, como tiene el instinto de lo justo, y en cuanto se serena es el buen sentido mismo, la luz penetra en su inteligencia; al mismo tiempo la fraternidad práctica, la fraternidad que no se decreta, la fraternidad que no se escribe sobre las tapias, la fraternidad que nace del fondo de las cosas y de la identidad real de los destinos humanos, empieza á germinar lo mismo en el alma del rico que en el alma del pobre; por todas partes, arriba y abajo, se inclinan los unos hácia los otros, con esa inexplicable sed de concordia que señala el fin de las disensiones civiles. (*¡Sí, sí!*)

La sociedad quiere ponerse en marcha despues de este alto á orillas del abismo. Pues bien, señores, nunca, nunca fué el momento más propicio, mejor escogido, ni más claramente indicado por la Providencia para realizar, despues de tantas iras y tantos errores, la gran obra que os está encomendada, y que toda ella puede resumirse y expresarse en una sola palabra: reconciliacion. (*Sensacion prolongada.*)

Señores, la proposición de M. de Melun va directamente encaminada á este objeto.

Ese es, á mi juicio, el verdadero y completo sentido de esta proposición, que puede, por lo demás, modificarse y perfeccionarse.

Dar á esta Asamblea como principal objeto el estudio de la suerte de las clases que sufren, es decir, el grande y oscuro problema planteado por la Revolución de Febrero; rodear ese estudio de solemnidad; sacar de este estudio profundo todas las mejoras prácticas y posibles; sustituir con una grande y única Comisión de la asistencia y prevision pública todas las Comisiones secundarias que no ven más que el detalle, y para las que el conjunto pasa desapercibido; colocar á gran altura esa Comisión, de modo que la vea el país entero (*Movimiento*); reunir las luces esparcidas, las experiencias diseminadas, los esfuerzos divergentes, los documentos, las investigaciones particulares, los informes locales, todas las buenas voluntades dispuestas al trabajo, y crearles aquí un centro, un centro á donde vengán á converger todas las ideas y de donde brotarán todas las soluciones; realizar hecho por hecho, ley por ley, pero con hilación, con madurez, los trabajos de la actual legislatura, el Código completo y ordenado, el gran Código cristiano de la prevision y la asistencia públicas; en una palabra, ahogar las quimeras de cierto socialismo bajo las realidades del Evangelio (*Viva aprobacion*); hé ahí, señores, el objeto de la proposición de M. de Melun; hé ahí por qué la apoyo enérgicamen-

te. (*M. Melun hace un signo de adhesión al orador.*)

Acabo de decir: las quimeras de cierto socialismo, y no retiro ni una sola letra de esta expresión, que no es severa, que es justa. Sin embargo, señores, expliquémonos. ¿Querrá decirse que en esa aglomeración de nociones confusas, de aspiraciones oscuras, de ilusiones inauditas, de instintos irreflexivos, de fórmulas incorrectas, que se designa bajo el nombre vago, y desde luego muy poco comprendido, de *socialismo*, no haya nada de verdad, absolutamente nada de verdad?

Señores, si no hubiese nada de verdad no ofrecería peligro alguno. La sociedad podría desdeñarlo y esperar. Para que la impostura ó el error sean peligrosos; para que penetren en las masas; para que puedan llegar hasta el corazón mismo de la sociedad, es preciso que se armen con alguna parte de la realidad. La verdad acomodada entre los errores, hé ahí el peligro. En semejante materia, la cantidad de peligro se mide por la cantidad de verdad que las quimeras contienen. (*Movimiento.*)

Pues bien, señores, digámoslo, y digámoslo precisamente para encontrar el remedio: hay en el fondo del socialismo una parte de realidades dolorosas de nuestra época y de todas las épocas (*Murmullos*); hay el eterno malestar, propio á la debilidad humana; hay la aspiración á un estado mejor, aspiración natural en el hombre, pero que frecuentemente le hace equivocarse el camino buscando en este mundo lo que sólo en el otro puede encontrar. (*Viva y unánime adhesión.*) Hay angustias muy



vivas, muy verdaderas, muy agudas, muy curables. Hay, en fin, y esto es completamente de nuestra época, hay esa nueva actitud dada al hombre por nuestras revoluciones, que de un modo tan levantado han hecho constar la dignidad humana y la soberanía popular, de tal manera que el hombre del pueblo sufrí hoy con el doble y contradictorio sentimiento de su miseria, resultante del hecho y de su grandeza, resultante del derecho. (*Profunda sensación.*)

Todo esto, señores, es lo que hay en el socialismo; todo esto es lo que se mezcla á las pasiones humanas; todo esto es lo que constituye su fuerza; todo esto es lo que hay que quitarle.

NUMEROSAS VOCES.—¿Cómo?

M. VÍCTOR HUGO.—Esclareciendo lo que es falso, satisfaciendo lo que es justo. (*¡Es verdad!*) Una vez hecha esta operacion, y hecha á conciencia, leal y honradamente, lo que encontráis formidable en el socialismo desaparece. Retirando de él lo que de verdad tiene, le retiráis lo que tiene de peligroso. No es más que una nube informe de errores que el primer soplo disipará. (*Movimientos en diversos sentidos.*)

Deseáis, señores, que complete mi pensamiento. Veo por la agitacion de la Asamblea que no he sido comprendido enteramente. La cuestion de que se trata es grave. Es la más grave de todas las que pudieran tratarse delante de vosotros.

Yo no soy de aquellos que creen, señores, que se puede suprimir el sufrimiento en este mundo: el

sufrimiento es una ley divina; pero soy de aquellos que piensan y afirman que se puede destruir la miseria. (*Reclamaciones.— Violentas negaciones en la derecha.*)

Notadlo bien, señores: no he dicho disminuir, aminorar, limitar, circunscribir; he dicho destruir. (*Nuevos murmullos en la derecha.*) La miseria es una enfermedad del cuerpo social, como la lepra era una enfermedad del cuerpo humano; la miseria puede desaparecer como desapareció la lepra. (En la izquierda: *¡Sí! ¡sí!*) ¡Destruir la miseria! Sí, es posible. Los legisladores y los gobernantes deben pensar en ello sin cesar, pues en materia semejante, en tanto que no se ha hecho todo lo posible, no se ha cumplido el deber. (*Sensacion universal.*)

La miseria, y aquí abordo de lleno la cuestion, ¿quereis saber dónde está la miseria? ¿quereis saber hasta dónde puede llegar, hasta dónde llega, no diré en Irlanda, no diré en la Edad Media, sino en Francia, en París y en el tiempo en que vivimos? ¿Quereis hechos?

Hay en París... (*El orador se interrumpe.*)

Dios mío, no dudo en citar estos hechos. Son tristes, pero necesaria su revelacion; y tened en cuenta, si preciso es que diga todo lo que pienso, que quisiera que de esta Asamblea saliese, y en caso necesario haré una proposicion formal, saliese una grande y solemne informacion acerca de la verdadera situacion de las clases laboriosas que sufren en Francia. Yo quisiera que todos los he-

chos saliesen á la luz. ¿Cómo se quiere curar el mal si no se sondean las llagas? (*¡Muy bien, muy bien!*)

Hé aquí, pues, esos hechos.

Hay en París, en los arrabales de París que el viento del motin levantaba no hace mucho tan fácilmente, hay calles, casas, cloacas, donde las familias, familias enteras, viven amontonadas; hombres, mujeres, niñas y niños sin más cama, sin más abrigo, casi diré sin más vestidos que girones infectos de harapos en fermentacion recogidos en el fango de las calles, especie de muladar de las ciudades, donde criaturas humanas se sepultan vivas huyendo del frio del invierno. (*Movimiento.*)

Hé ahí un hecho. Hé aquí otros. Estos últimos dias, un hombre, Dios mio, un desgraciado hombre de letras, pues la miseria se ceba en las profesiones liberales lo mismo que en las profesiones manuales, un desgraciado hombre se ha muerto de hambre, muerto de hambre literalmente, y se ha demostrado despues de su muerte que no había comido hacia seis dias. (*Larga interrupcion.*) ¿Quereis algo más triste todavía? El mes pasado, durante la recrudescencia del cólera, se ha encontrado una madre y sus cuatro hijos buscando su alimento entre los restos inmundos y pestilentes de las antiguas salazones de Montfaucon. (*Sensacion.*)

Pues bien, señores, yo digo que éstas son cosas que no deben suceder; digo que la sociedad debe emplear toda su fuerza, toda su solicitud, toda su inteligencia, toda su voluntad para que tales cosas

no sucedan; digo que tales hechos en un país civilizado comprometen la conciencia de la sociedad entera; que yo me considero, yo que hablo, cómplice y solidario de ellos (*Movimiento*), y que tales hechos no son solamente injusticias hácia el hombre, son crímenes hácia Dios. (*Sensacion prolongada.*)

Hé ahí por qué me he penetrado, hé ahí por qué quisiera que se penetrasen todos los que me escuchan de la importancia que tiene la proposicion á vosotros sometida. No es más que un primer paso, pero decisivo. Yo quisiera que esta Asamblea, mayoría y minoría, no importa para esto, no distingo mayoría ni minoría en cuestiones semejantes; quisiera que esta Asamblea no tuviese más que una sola alma para marchar hácia ese grande, hácia ese magnífico, hácia ese sublime objeto; ¡la abolicion de la miseria! (*¡Bravo!— Aplausos.*)

Y, señores, no sólo me dirijo á vuestra generosidad, ¡me dirijo á lo que hay de más sério en el sentimiento político de una Asamblea de legisladores! Y acerca de esto diré una última palabra: con ella termino.

Señores: como os decía hace un momento, acabais, con el concurso de la Guardia nacional, del ejército y de todas las fuerzas vivas del país, acabais de afirmar el Estado, quebrantado una vez más. No habeis retrocedido ante ningun peligro, no habeis titubeado ante ningun deber. Habeis salvado la sociedad regular, el Gobierno legal, las instituciones, la paz pública, la civilizacion misma.

Habeis realizado un hecho importante... ¡Pues bien, no habeis hecho nada! (*Movimiento.*)

Nada habeis hecho, insisto en ello, en tanto que el orden material afirmado no tenga como base el orden moral consolidado. (*¡Muy bien, muy bien!— Viva y unánime adhesion.*) ¡Nada habeis hecho en tanto que el pueblo sufra! (*Bravos en la izquierda.*) ¡Nada habeis hecho en tanto que por debajo de vosotros haya una parte del pueblo desesperada! ¡Nada habeis hecho en tanto que los que están en toda la fuerza de su edad y que trabajan puedan encontrarse sin pan; en tanto que aquellos que son viejos y han trabajado puedan encontrarse sin asilo; en tanto que la usura devore nuestros campos; en tanto que haya quien se muera de hambre en nuestras ciudades (*Movimiento prolongado*); en tanto que no haya leyes fraternales, leyes evangélicas que vengan de todas partes en auxilio de las familias pobres y honradas, de los buenos campesinos, de los buenos obreros, de las gentes de corazón! (*Aclamacion.*) ¡Nada habeis hecho en tanto que el espíritu de la Revolucion tenga por auxiliar el sufrimiento público! ¡Nada habeis hecho, nada, en tanto que en esta obra de destruccion y de tinieblas, que continúa subterráneamente, el hombre malo tenga por fatal colaborador al hombre desgraciado!

Ya lo veis, señores, lo repito al concluir; no es sólo á vuestra generosidad á la que me dirijo: es á vuestra sabiduria, y os conjuro á que reflexioneis sobre ello. Pensadlo, señores; la anarquía es la que abre los abismos, pero la miseria los ahonda. (*¡Es*

*verdad, es verdad!*) ¡Habeis hecho leyes contra la anarquía, haced ahora leyes contra la miseria! (*Movimiento prolongado en todos los bancos.— El orador baja de la tribuna y recibe las felicitaciones de sus colegas.*)

## CUESTION DE ROMA <sup>(1)</sup>

15 de Octubre de 1849.

M. VICTOR HUGO. — (*Profundo silencio.*)— Señores, entro desde luego en la cuestion.

Una palabra del señor ministro de Negocios extranjeros, que interpretaba ayer fuera de la realidad, segun mi opinion, el voto de la Asamblea constituyente, me impone el deber, á mi que voté la expedicion romana, de restablecer los hechos.

(1) El triste episodio de la expedicion contra Roma es demasiado conocido para que sea necesario presentar un largo sumario á la cabeza de este discurso. Todo el mundo recordará que la Asamblea Constituyente votó un crédito de 1.200.000 francos para los primeros gastos de un cuerpo expedicionario con destino á Italia, bajo la expresa declaracion del Poder ejecutivo de que aquella fuerza debía proteger la Península contra las invasiones del Austria. Se recordará tambien que, al saber el ataque de Roma por las tropas francesas á las órdenes del general Oudinot, la Asamblea constituyente votó una orden del dia que prescribía al Poder ejecutivo el volver hácia su primitivo pensamiento la expedicion, que se había extrañado de su objeto.

En cuanto se reunió la Asamblea legislativa, cuya mayoría era simpática á la destruccion de la república romana, se dió orden al general Oudinot de atacar á Roma y quitar la república á toda costa. La ciudad fué tomada y restaurado el Papa.

No debemos dejar ninguna sombra, voluntariamente al ménos, sobre ese voto que ha producido y producirá todavía tantos acontecimientos. Es desde luégo necesario en un asunto tan grave, y en esto pienso como el honorable informante de la Comision, precisar bien el punto de donde hemos partido para juzgar mejor el punto á que hemos llegado.

Señores: despues de la batalla de Novara se presentó á la Asamblea constituyente el proyecto de la expedicion de Roma. El general Lamoricière subió á esta tribuna y nos dijo: « Italia acaba de perder su batalla de Waterlloo — cito sustancialmente palabras que todos podeis encontrar en el *Monitor* — Italia acaba de perder su batalla de Waterlloo; Austria es dueña de Italia, dueña de la situacion; Austria va á marchar sobre Roma como ya ha ido sobre Milan; va á hacer en Roma lo que

El presidente de la República francesa escribió á su ayudante de campo, M. Edgard Ney, una carta, que se hizo pública, en la que manifestaba su deseo de obtener del Papa instituciones en favor de la poblacion de los Estados Romanos.

El Papa no hizo caso de la recomendacion de su restaurador, y publicó una Bula en que consagraba el despotismo más absoluto del gobierno clerical en su dominio temporal.

La cuestion romana, discutida ya muchas veces en el seno de la Asamblea legislativa, se agitó de nuevo en ella, con motivo de una peticion de crédito suplementario, en las sesiones del 18 y 19 de Octubre de 1849.

En esta discusion sostuvo M. Thuriot de la Rosière que Roma y el Papado eran *propiedad indivisa del Catolicismo*. Víctor Hugo sostuvo, por el contrario, la tesis «tan querida en Italia, dijo, de la secularizacion y de la nacionalidad.»

ha hecho en Milan, lo que ha hecho por todas partes: proscribir, aprisionar, fusilar, ejecutar. ¿Queréis que Francia presencie con los brazos cruzados ese espectáculo? Si no queréis que así sea, adelantaos al Austria, id á Roma.» El presidente del Consejo, exclamó: «Francia debe ir á Roma para salvar la libertad y la humanidad.» El general Lamoricière añadió: «Si no podemos salvar la República, salvemos al ménos la libertad.»—La expedicion romana se votó.

La Asamblea constituyente no titubeó, señores. Votó la expedicion de Roma con el objeto humanitario y de libertad que la mostraba el presidente del Consejo; votó la expedicion romana á fin de hacer contrapeso á la batalla de Novara; votó la expedicion romana á fin de poner la espada de la Francia allí donde iba á caer el sable del Austria (*Movimiento*); votó la expedicion romana—é insistió acerca de que ninguna otra explicacion se dió ni una palabra más se dijo; si hubo votos con reserva mental, los ignoro (*Risas*)—la Asamblea constituyente votó, todos nosotros votamos la expedicion romana á fin de que no se dijese que Francia estaba ausente cuando, por una parte el interés de la humanidad, y por otra el interés de su grandeza, la llamaban á fin de amparar, en una palabra, á Roma y á los hombres comprometidos en la República contra Austria, que en esa guerra que hace á las revoluciones tiene la costumbre de deshonorar todas sus victorias, si victorias pueden llamarse, con indigni-

dades incalificables. (*Prolongados aplausos en la izquierda. Violentos murmullos en la derecha. El orador se vuelve hácia la derecha.*)

¿Murmurais? ¿Encontrais demasiado fuertes estas frases que son demasiado débiles? ¡Ah! Semejantes interrupciones hacen brotar del corazon la indignacion en él encerrada. ¡Cómo! La tribuna inglesa ha condenado esas indignidades con aplauso de todos los partidos; ¿y la tribuna de Francia habrá de ser ménos libre que la tribuna de Inglaterra? Pues bien, yo lo declaro, y quisiera que mi palabra en este momento prestase á esta tribuna una resonancia europea: las exacciones, el saqueo de dinero, las expoliaciones, los fusilamientos, las ejecuciones en masa, el patíbulo levantado para hombres heróicos, las palizas á las mujeres, todas esas infamias, ponen al Gobierno austriaco á la piqueta de la Europa! (*Estallido de aplausos.*)

En cuanto á mí, soldado oscuro, pero fiel, del orden y de la civilizacion, rechazo con todas las fuerzas de mi corazon indignado á esos salvajes auxiliares, á esos Radetzki y á esos Haynau (*Movimiento*) que pretenden, ellos tambien, servir esta santa causa y hacen á la civilizacion la abominable injuria de defenderla por los medios de la barbarie! (*Nuevas aclamaciones.*)

Acabo de recordaros, señores, en qué sentido se votó la expedicion á Roma. Lo repito, es un deber que he cumplido. La Asamblea constituyente no existe, no está aquí para defenderse; su voto está, por decirlo así, en vuestras manos, á vuestra dis-

crecion; podeis dar á ese voto las consecuencias que os agrade; pero si sucediese, lo que Dios no permita, que esas consecuencias fuesen decididamente fatales para el honor de mi país, habré restablecido, al ménos tanto cuanto de mí depende, la intencion puramente humana y liberal de la Asamblea constituyente, y el pensamiento de la expedicion protestará contra su resultado. (*¡Bravo!*)

Ahora bien, de qué modo la expedicion se ha separado de su objeto, todos vosotros lo sabeis; no insisto sobre ello; pasaré rápidamente sobre hechos realizados que deploro, y llego á la situacion.

La situacion héla aquí.

El 2 de Julio entró el ejército en Roma. El Papa fué restaurado pura y simplemente; preciso es que lo diga. (*Movimiento.*) El Gobierno clerical, que por mi parte distingo profundamente del Gobierno pontifical, tal como las inteligencias elevadas le comprenden, el Gobierno clerical se ha vuelto á apoderar de Roma. Un triunvirato ha sustituido á otro. Los actos de ese Gobierno clerical, los actos de esa Comision de tres Cardenales, vosotros los conoceis; no creo deber detallarlos aquí; me sería difícil enumerarlos sin caracterizarlos, y no quiero irritar esta discusion. (*Risas irónicas en la derecha.*)

Baste decir que desde sus primeros pasos la autoridad clerical, ébria de reaccion, animada por el más ciego, funesto é ingrato espíritu, hirió los corazones generosos y los hombres prudentes, y alarmó á todos los amigos inteligentes del Papa y del Papado. Entre nosotros la opinion se conmovió.

Cada uno de los actos de aquella autoridad fanática, violenta, hostil á nosotros mismos, estremeció en Roma al ejército y en Francia á la nacion. Preguntábase si habíamos ido á Roma para aquello, si representaba Francia allí un papel digno de ella, y las irritadas miradas de la opinion empezaron á dirigirse hácia nuestro Gobierno. (*Sensacion.*)

En aquel momento fué cuando apareció una carta escrita por el Presidente de la República á uno de sus ayudantes, enviado por él á Roma en comision.

M. DESMOUSSEAUX DE GIVRÉ.—Pido la palabra. (*Risas.*)

M. VÍCTOR HUGO.—Voy, creo, á dar satisfaccion al honorable M. de Givré. Señores, para decir todo lo que pienso hubiera preferido á esta carta un acto del Gobierno deliberado en Consejo.

M. DESMOUSSEAUX DE GIVRÉ.—¡No, no! No es ese mi pensamiento. (*Nuevas y prolongadas risas.*)

M. VÍCTOR HUGO.—He dicho mi pensamiento y no el vuestro. Hubiera preferido á esa carta un acto del Gobierno. En cuanto á la carta misma, la hubiera querido más madurada y más meditada; cada palabra se debía haber pesado; la más ligera huella de ligereza es un acto grave, crea un entorpecimiento; pero tal como es esa carta, lo declaro, fué un acontecimiento. ¿Por qué? Porque esa carta no era más que la traduccion de la opinion; porque daba un desahogo al sentimiento nacional; porque proporcionaba á todo el mundo la ocasion de poder decir muy alto lo que cada uno pensaba; porque,

en fin, aquella carta, aún en su forma incompleta, contenía toda una política. (*Nuevo movimiento.*)

Daba una base á las negociaciones pendientes; daba á la Santa Sede, en interés suyo, útiles consejos y generosas indicaciones; pedía reformas y amnistía; le trazaba al Papa, al que hemos prestado el servicio, demasiado grande tal vez, de restaurarle sin esperar la aclamación de su pueblo... (*Sensación prolongada*) le trazaba al Papa el programa sério de un gobierno de libertad. Digo gobierno de libertad, porque no sé traducir de otro modo las palabras *gobierno liberal*. (*Risas de aprobación.*)

Algunos días después de aquella carta, el Gobierno clerical, ese Gobierno que nosotros hemos llamado, restablecido, levantado, que protegemos y guardamos en los presentes momentos, que nos debe el ser en este instante, el Gobierno clerical publicaba su respuesta.

Esa respuesta era el *Motu proprio*, con la amnistía por *post scriptum*.

Ahora bien, ¿qué es el *Motu proprio*? (*Profundo silencio.*)

Señores, yo no hablaré en ningún caso del Jefe augusto de la Cristiandad sino con profundo respeto; no olvido que en otro recinto glorifiqué su advenimiento; soy de aquellos que creyeron ver en él en aquella época el don más magnífico que la Providencia podía hacer á las naciones: un grande hombre en un Papa. Añado que al presente la piedad se une al respeto. Pio IX hoy es más desgra-

ciado que nunca; á mi juicio está restaurado, pero no está libre. No le imputo el incalificable acto emanado de su Cancillería, y eso es lo que me da valor para decir en esta tribuna todo lo que pienso sobre el *Motu proprio*. Lo haré en dos palabras.

El acto de la Cancillería romana tiene dos aspectos: el político, que arregla las cuestiones de libertad, y el que llamaré aspecto caritativo, aspecto cristiano, que arregla la cuestión de clemencia. Respecto á libertad política, la Santa Sede no concede nada; en cuanto á clemencia, concede menos todavía; otorga una proscripción en masa. Solamente tiene la bondad de dar á esa proscripción el nombre de amnistía. (*Risas y prolongados aplausos.*)

Ved ahí, señores, la respuesta dada por el Gobierno clerical á la carta del Presidente de la República.

Un gran Obispo ha dicho en un libro célebre que el Papa tiene siempre abiertas sus dos manos; que de la una vierte incesantemente sobre el mundo la libertad, y de la otra la misericordia. Como veis, el Papa ha cerrado sus dos manos. (*Sensación prolongada.*)

Tal es, señores, la situación; todo se reduce á estos dos hechos: la carta del Presidente y el *Motu proprio*; es decir, la petición de Francia y la respuesta de la Santa Sede.

Sobre estos dos hechos es entre los que teneis que resolver. Hágase ó dígase lo que se quiera para atenuar la carta del Presidente, para ensanchar

el *Motu proprio*, á estos dos documentos los separa una inmensa distancia. El uno dice que sí, el otro dice que no. (*¡Bravo, bravo!—Risas.*) Es imposible salir del dilema planteado por la fuerza de las cosas; es absolutamente preciso dar la razón á uno. Si sancionais la carta, reprobais el *Motu proprio*; si aceptais el *Motu proprio*, desaprobais la carta. (*¡Así es!*) Teneis ante vosotros, por una parte, el Presidente de la República reclamando la libertad del pueblo romano en nombre de la gran nación que desde hace tres siglos esparce á olas la luz y el pensamiento sobre el mundo civilizado; por otra, al cardenal Antonelli rehusando en nombre del Gobierno clerical. Escoged.

Segun la elección que hagais, no titubeo en decirlo, la opinión de Francia se separará de vosotros ú os seguirá. (*Movimiento.*) En cuanto á mí, no puedo creer que vuestra elección sea dudosa. Cualquiera que sea la actitud del Gabinete, diga lo que quiera el informe de la Comisión, piensen lo que juzguen más conveniente algunos influyentes miembros de la mayoría, conviene tener muy presente que el *Motu proprio* ha parecido poco liberal áun al mismo Gabinete austriaco, y hay que temer manifestarse más satisfechos que el príncipe Schwartzberg. (*Risas prolongadas.*) Vosotros estais aquí, señores, para resumir y traducir en actos y leyes el elevado buen sentido de la nación; no querreis preparar á esa grave y oscura cuestión de Italia un mal porvenir; no querreis que la expedición á Roma sea para el Gobierno actual lo que

la expedición á España fué para la Restauración. (*Sensación.*)

No lo olvidemos: de todas las humillaciones, las que Francia soporta más difícilmente son las que se la hacen á través de la gloria de nuestro ejército. (*Viva emoción.*) En todo caso, yo conjuro á la mayoría que lo reflexione; es éste un momento decisivo para ella y para el país; asumirá con su voto una grande responsabilidad política.

Entro más de lleno en la cuestión, señores. Reconciliar á Roma con el Papado; hacer volver el Papado á Roma con la adhesión popular; devolver aquella alma grande á este gran cuerpo, esa debe ser de aquí en adelante, dado el estado en que los hechos consumados han colocado la cuestión, esa debe ser la obra de nuestro Gobierno; obra difícil, sin duda alguna, á consecuencia de las irritaciones y equivocaciones, pero posible y útil para la paz del mundo. Pero para esto es preciso que el Papado, por su parte, nos ayude y se ayude á sí mismo. Ya hace mucho tiempo que se va separando de la marcha del espíritu humano y de todos los progresos del continente. Preciso es que comprenda su pueblo y su siglo... (*Murmullos en la derecha.—Prolongada y ruidosa interrupción.*)

M. VÍCTOR HUGO. — ¿Murmurais? Me interrumpís...

EN LA DERECHA. — ¡Sí, sí! Negamos lo que decís.

M. VÍCTOR HUGO. — Pues bien, diré lo que quería callar. ¡Vuestra es la culpa! (*Movimientos de atención en la Asamblea.*) Señores, en Roma, en esa



Roma que por tanto tiempo guió luminosamente á los pueblos, ¿sabéis á que altura está la civilizacion? Sin legislacion, ó por mejor decir, por toda legislacion no sé qué caos de leyes feudales y monacales, prodúcese fatalmente la barbarie de los jueces criminales y la venalidad de los jueces civiles. Para Roma solamente hay 14 tribunales excepcionales. (*Aplausos.*—¡*Hablad, hablad!*) Ante esos tribunales no existe para nadie, sea quien quiera, garantía de ningun género. Los debates son secretos, la defensa oral no existe. Jueces eclesiásticos juzgan las causas láicas y á las personas láicas. (*Movimiento prolongado.*)

Continúo.

En todo se respira el ódio al progreso: Pio VII habia creado una Comision para la vacuna: Leon XII la ha abolido. ¿Qué más diré? La confiscacion erigida en ley de Estado, el derecho de asilo en vigor, los judíos separados y encerrados todas las noches como en el siglo XV; una confusion inaudita; el clero mezclándose en todo. Los curas haciendo informes de policia. Los recaudadores de la Hacienda pública teniendo por regla no dar cuenta al Tesoro, sólo á Dios. (*Risas prolongadas.*) Continúo. (¡*Hablad, hablad!*)

Dos censuras pesan sobre el pensamiento: la censura política, y la censura clerical. La una agarrota la opinion, la otra amordaza la conciencia. (*Profunda sensacion.*) Acaba de restablecerse la Inquisicion. Bien sé que se me dirá que la Inquisicion no es más que un nombre, pero es un nom-

bre horrible y desconfio de él, pues que á la sombra de un mal nombre no puede haber más que cosas malas. (*Explosion de aplausos.*) Hé ahí la situacion de Roma. ¿Acaso esto no es un estado de cosas monstruoso? (*¡Sí, sí, sí!*)

Señores, si quereis que la tan deseada reconciliacion de Roma con el Papado se haga, es preciso que ese estado de cosas concluya; es preciso que el Pontificado, lo repito, comprenda su pueblo, comprenda su siglo; es preciso que el espíritu viviente del Evangelio penetre y rompa la letra muerta de todas esas instituciones que se han hecho bárbaras. Es preciso que el Papado enarbole esa doble bandera tan querida para la Italia: *Secularizacion y nacionalidad.*

Es preciso que el Papado, no digo prepare desde este momento, pero al ménos que no obre de modo que rechace para siempre los altos destinos que le esperan el dia inevitable de la emancipacion y de la unidad de Italia. (*Explosion de bravos.*) Es preciso, en fin, que se guarde de su peor enemigo; su peor enemigo no es el espíritu revolucionario, es el espíritu clerical. El espíritu revolucionario no puede más que vejarle; el espíritu clerical le puede matar. (*Rumores en la derecha. Bravos en la izquierda.*)

Ved, señores, en qué sentido, á mi parecer, debe el Gobierno francés influir en las determinaciones del Gobierno romano. Ved en qué sentido anhelaría yo una brillante manifestacion de la Asamblea, que, rechazando el *Motu proprio* y aprobando la carta

del Presidente, diera á nuestra diplomacia un inquebrantable punto de apoyo. Despues de lo que por la Santa Sede ha hecho, tiene Francia algun derecho para inspirar sus ideas, y áun tambien para imponerlas. (*Protestas en la derecha.*—Diferentes voces: *Imponer vuestras ideas ¡ah, ah! ¡Intentadlo!*)

Aquí me obligan á detenerme. ¡Imponer vuestras ideas! se me dice. ¿Lo pensais siquiera? ¿Queréis obligar al Papa? ¿Es que se puede obligar al Papa? ¿Cómo os compondríaís para obligar al Papa?

Señores, si quisiéramos obligar y violentar al Papa, encerrarlo en el castillo de San Angelo ó conducirlo á Fontainebleau... (*Larga interrupcion*) la objecion sería seria y la dificultad considerable.

Sí, convengo en ello sin titubear un instante; la violencia es difícil frente á un adversario semejante; la fuerza material se estrella y aborta ante el poder espiritual. Los batallones no pueden nada contra los dogmas; digo esto para una parte de la Asamblea, y añado para la otra que tampoco pueden nada contra las ideas. (*Sensacion.*) Hay dos quimeras igualmente absurdas: la opresion de un Papa y la compresion de un pueblo. (*Nuevo movimiento.*)

Ciertamente, no quiero que intentemos la primera de esas quimeras; ¿pero no habria medio de impedir al Papa que intentase la segunda?

¿Cómo, señores, el Papa entrega Roma al brazo secular! ¡El hombre que dispone del amor y de la fé tiene que recurrir á la fuerza bruta, como si no fuese más que un desgraciado Príncipe temporal!

¡Él, el hombre de luz, quiere sumir á su pueblo en la noche! ¿No podriais advertírselo? Se empuja al Papa por un camino fatal; se le aconseja el mal ciegamente; ¿no podriamos aconsejarle el bien enérgicamente? (*¡Es verdad!*)

Hay ocasiones, y ésta es una de ellas, en que un gran Gobierno debe hablar alto. Hablando seriamente, ¿es esto obligar al Papa? ¿Es esto violentarle? (En la izquierda: *¡No, no!* En la derecha: *¡Sí, sí!*)

Y vosotros mismos, vosotros que nos haceis objeciones, vosotros no estais contentos más que á medias despues de todo; el informe de la Comision lo prueba; os quedan muchas cosas que pedir al Santo Padre. Los más satisfechos de entre vosotros quieren una amnistia. Si rehusa, ¿cómo os arreglaréis? ¿Se la exigiréis? ¿Se la impondréis? ¿Sí, ó no? (*Sensacion.*)

UNA VOZ EN LA DERECHA.— ¡No! (*Movimiento.*)

M. VÍCTOR HUGO.— ¿No? Entonces, ¿dejaríais que los patibulos se levantáran en Roma en vuestra presencia, á la sombra de la bandera tricolor? (*Estremecimiento en los bancos de la derecha.*) Pues bien, yo declaro, en honor vuestro, que no lo haríais. No acepto esa palabra imprudente; no ha nacido de vuestros corazones. (*Violento tumulto en la derecha.*)

LA MISMA VOZ.— El Papa hará lo que quiera; nosotros no le violentaremos.

M. VÍCTOR HUGO.— Pues bien, entonces le violentaremos. nosotros Y si rehusa la amnistia, nos-

otros se la impondremos. (*Prolongados aplausos en la izquierda.*)

Permitidme, señores, que termine con una consideracion que os ha de llamar la atencion, pues no tiene más objeto que el interés de la Francia. Independientemente del cuidado de nuestro honor; independientemente del bien que queramos hacer, segun el partido á que nos inclinemos, ya sea hácia el pueblo romano, ya al Papado, tenemos un interés en Roma; un interés sério, apremiante, acerca del cual todos estaremos de acuerdo, y ese interés hélo aquí: es marcharnos de allí lo más pronto posible. (*Negaciones en la derecha.*)

Tenemos un inmenso interés en que Roma no se convierta para Francia en una especie de Argelia (*Movimiento.*—En la derecha: ¡*Bah!*), con todos los inconvenientes de la Argelia, sin la compensacion de ser una conquista y un imperio nuestro; una especie de Argelia, digo, donde enviaríamos indefinidamente nuestros soldados y nuestros millones; nuestros soldados, que nuestras fronteras reclaman; nuestros millones, que nuestras miserias necesitan (En la izquierda: ¡*Bravo!*—*Murmullos en la derecha*), y donde nos viéramos obligados á vivaquear, ¿hasta cuándo? ¡Dios sabe! Siempre en vela, siempre alerta, y medio paralizados en medio de las complicaciones europeas. Nuestro interés, lo repito, consiste en abandonar á Roma lo más pronto posible, en cuanto Austria haya abandonado á Bolonia. (En la izquierda: ¡*Es verdad!* ¡*es verdad!*—*Negaciones en la derecha.*)

Pues bien, para poder evacuar á Roma, ¿cuál es la primera condicion? Es asegurarnos de que no dejamos una revolucion detrás de nosotros. ¿Qué hay, pues, que hacer para no dejar la revolucion detrás de nosotros? Terminarla en tanto que estemos allí. Ahora bien, ¿cómo se termina una revolucion? Ya os lo he dicho una vez y os lo repito: aceptando lo que de verdad tiene y satisfaciéndola en lo que tiene de justo. (*Movimiento.*)

Nuestro Gobierno lo ha pensado, y le alabo; en ese sentido es en el que ha pesado sobre el Gobierno del Papa. De ahí la carta del Presidente. La Santa Sede piensa lo contrario; quiere tambien concluir con la revolucion, pero por distinto medio, por la compresion, y ha dado el *Motu proprio*. Ahora bien, ¿qué ha sucedido? Que el *Motu proprio* y la amnistía, esos calmantes tan eficaces, han sublevado la indignacion del pueblo romano; en este momento una profunda agitacion turba á Roma, y el señor ministro de Negocios extranjeros no me desmentirá; mañana, si abandonamos á Roma, tan pronto como la puerta se cierre detrás del último de nuestros soldados, ¿sabeis lo que sucederá? Que estallará una revolucion más terrible que la primera, y que todo volverá á su primer estado. (En la izquierda: ¡*Si, sí!*—En la derecha: ¡*No, no!*)

Ved, señores, la situacion que el Gobierno clerical se ha creado y nos ha creado.

Verdaderamente, ¿es que no teneis el derecho de intervenir, é intervenir enérgicamente en una situacion que, despues de todo, es la vuestra? Ya veis

que el medio empleado por la Santa Sede para concluir las revoluciones es malo; adoptad uno mejor, tomad el único bueno; yo acabo de indicároslo. ¡A vosotros toca el ver si estais de humor y si os sentis con fuerzas para tener fuera de vuestra casa é indefinidamente un estado de sitio sobre los brazos! ¡A vosotros toca el ver si os conviene que Francia esté en el Capitolio para recibir la consigna del partido de los curas!

Por lo que á mí toca, no lo quiero; no quiero ni esa humillacion para nuestros soldados, ni esa ruina para nuestra Hacienda, ni ese rebajamiento para nuestra política. (*Sensacion.*)

Señores, dos sistemas se presentan: el sistema de las concesiones prudentes que os permite abandonar á Roma; el sistema de compresion que os condena á permanecer allí. ¿Cuál preferís?

Una última palabra, señores; pensad en esto: la expedicion á Roma, irreprochable en su punto de partida, segun creo haber demostrado, puede llegar á ser culpable por el resultado. Sólo una manera teneis de probar que la Constitucion no se ha violado: mantened la libertad del pueblo romano. (*Movimiento prolongado.*)

Y sobre esta palabra libertad nada de equívocos. Debemos dejar en Roma, al retirarnos, no tales ó cuáles franquicias municipales, es decir, lo que casi todas las ciudades de Italia tenían en la Edad Media. ¡Magnífico progreso, en verdad! (*Risas. — ¡Bravo!*) Sino la verdadera libertad, la libertad seria, la libertad propia del siglo XIX, la

única que puede ser dignamente garantida por aquellos que se llaman el pueblo francés á aquellos que se llaman el pueblo romano; esa libertad que engrandece los pueblos levantados y que levanta á los caidos; es decir, la libertad política. (*Sensacion.*)

Y no se nos diga, limitándose á afirmaciones y sin probar nada, que esas transacciones liberales, que ese sistema de prudentes concesiones, que esa libertad funcionando en presencia del Pontificado, soberano en el órden espiritual, limitado en el órden temporal, no se nos diga que todo esto no es posible. Pues entónces responderé: Señores, lo que no es posible no es esto, sino lo que os voy á decir. ¡Lo que no es posible es que una expedicion emprendida, segun se nos dijo, con un objeto de humanidad y de libertad, sirva para el restablecimiento del Santo Oficio! ¡Lo que no es posible es que nosotros no hayamos diseminado sobre Roma esas ideas generosas y liberales que Francia lleva á todas partes entre los pliegues de su bandera! ¡Lo que no es posible es que de nuestra sangre vertida no salga ni un derecho ni un perdon, y que Francia haya ido á Roma y los patibulos se levanten, como si por ella pasase el Austria! ¡Lo que no es posible es aceptar el *Motu proprio* y la amnistía del triunvirato de los Cardenales! ¡Lo que no es posible es tolerar esa ingratitud, ese aborto, esa afrenta! ¡Lo que no es posible es dejar abofetear la Francia por la mano que debía bendecirla! (*Prolongados aplausos.*)

• Lo que no es posible es que Francia haya comprometido una de las cosas más grandes y más sagradas que hay en el mundo: su bandera, y que haya comprometido lo que no es ménos grande ni ménos sagrado: su responsabilidad moral ante las naciones; y que haya prodigado su dinero, el dinero del pueblo que sufre; y que haya vertido, lo repito, la gloriosa sangre de sus soldados; y que haya hecho todo esto para nada... (*Sensacion inexplicable.*) ¿Me engaño para vergüenza?

¡Hé ahí lo que no es posible! (*Explosion de bravos y aplausos. El orador desciende de la tribuna y recibe las felicitaciones de una multitud de representantes, entre los que se distinguen á MM. Dupin, Cavaignac y Larochejaquelein. La sesion se suspende veinte minutos.*)

## LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA <sup>(1)</sup>

15 de Enero de 1850.

SEÑORES:

Cuando se abre una discusion que se refiere á lo que hay más sério en los destinos del país, es preciso entrar enseguida y sin titubear en el fondo de la cuestion.

Empezaré diciendo lo que yo querría y despues diré lo que no quiero.

A mi juicio, señores, el objeto difícil de alcan-

(1) El partido católico en Francia había obtenido de M. Luis Bonaparte que el ministerio de Instrucción pública se confiase á M. de Falloux.

La Asamblea legislativa, en la que el partido reaccionario estaba en mayoría, apenas se había reunido, cuando M. de Falloux presenta un proyecto de ley sobre la enseñanza. Ese proyecto, bajo pretexto de organizar la libertad de enseñanza, establecía en realidad el monopolio de la instrucción pública en favor del clero, lo cual había sido preparado por una Comisión extraparlamentaria, escogida por el Gobierno, en la que dominaba el elemento católico. Una Comisión de la Asamblea, inspirada en el mismo espíritu, había combinado las innovaciones de la ley de tal modo que la enseñanza laica desaparecía ante la enseñanza católica.

• Lo que no es posible es que Francia haya comprometido una de las cosas más grandes y más sagradas que hay en el mundo: su bandera, y que haya comprometido lo que no es ménos grande ni ménos sagrado: su responsabilidad moral ante las naciones; y que haya prodigado su dinero, el dinero del pueblo que sufre; y que haya vertido, lo repito, la gloriosa sangre de sus soldados; y que haya hecho todo esto para nada... (*Sensacion inexplicable.*) ¿Me engaño para vergüenza?

¡Hé ahí lo que no es posible! (*Explosion de bravos y aplausos. El orador descende de la tribuna y recibe las felicitaciones de una multitud de representantes, entre los que se distinguen á MM. Dupin, Cavaignac y Larochejaquelein. La sesion se suspende veinte minutos.*)

## LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA <sup>(1)</sup>

15 de Enero de 1850.

SEÑORES:

Cuando se abre una discusion que se refiere á lo que hay más sério en los destinos del país, es preciso entrar enseguida y sin titubear en el fondo de la cuestion.

Empezaré diciendo lo que yo querría y despues diré lo que no quiero.

A mi juicio, señores, el objeto difícil de alcan-

(1) El partido católico en Francia había obtenido de M. Luis Bonaparte que el ministerio de Instrucción pública se confiase á M. de Falloux.

La Asamblea legislativa, en la que el partido reaccionario estaba en mayoría, apenas se había reunido, cuando M. de Falloux presenta un proyecto de ley sobre la enseñanza. Ese proyecto, bajo pretexto de organizar la libertad de enseñanza, establecía en realidad el monopolio de la instrucción pública en favor del clero, lo cual había sido preparado por una Comisión extraparlamentaria, escogida por el Gobierno, en la que dominaba el elemento católico. Una Comisión de la Asamblea, inspirada en el mismo espíritu, había combinado las innovaciones de la ley de tal modo que la enseñanza laica desaparecía ante la enseñanza católica.

zar, y lejano sin duda alguna, pero al cual es preciso tender en esta grave cuestion de la enseñanza, es el siguiente: (*¡Más alto! ¡Más alto!*)

Toda cuestion, señores, tiene su ideal. Para mí, el ideal en la cuestion de enseñanza es éste: Instruccion gratuita y obligatoria. Obligatoria en el primer grado solamente, gratuita en todos los grados. (*Murmillos en la derecha.—Aplausos en la izquierda.*) La instruccion primaria obligatoria es el derecho del niño (*Movimiento*), que, no lo dudeis, es más sagrado todavía que el derecho del padre y que se confunde con el derecho del Estado.

Hé ahí, señores, lo repito, el ideal de la cuestion: instruccion gratuita y obligatoria en la medida que acabo de indicar. Una grandiosa enseñanza pública, dada y reglamentada por el Estado, partiendo desde la escuela de aldea, y llegando por grados hasta el Colegio de Francia, más todavía, hasta el Instituto de Francia. Las puertas de la ciencia abiertas completamente á todas las inteligencias. Por todas partes donde haya un cam-

---

La discusion sobre el principio general de la ley se abrió el 14 de Enero de 1850. Toda la primera sesion y la mitad de la segunda del debate, las ocupó con un discurso muy hábil M. Barthélemy Saint-Hilaire.

Despues Mons. Parisis, obispo de Langres, subió á la tribuna á dar su asentimiento á la ley propuesta, siempre bajo algunas reservas y con ciertas restricciones.

M. Víctor Hugo contestó en aquella misma sesion á los representantes del partido católico.

En este discurso fué donde por primera vez se pronunciaron las palabras *derecho del niño*.

po, por todas partes donde haya una inteligencia, que haya un libro. Ni un municipio sin escuela, ni una ciudad sin colegio, ni una capital sin una facultad. Un vasto conjunto, ó por mejor decir una vasta red de talleres intelectuales, liceos, gimnasios, colegios, cátedras, bibliotecas, mezclando sus resplandores sobre la superficie del país, despertando por todas partes las aptitudes y abrigando por todas partes las vocaciones. En una palabra, la escala del conocimiento humano sostenida firmemente por la mano del Estado, plantada entre las sombras más profundas y oscuras, y terminando en la luz. Ninguna solucion de continuidad: el corazon del pueblo puesto en comunicacion con el cerebro de la Francia. (*Prolongados aplausos.*)

Hé ahí cómo comprendería yo la educacion pública nacional. Señores: al lado de esta magnífica instruccion gratuita, solicitando las inteligencias de todo género, ofrecida por el Estado, dando á todos, por nada, los mejores maestros y los mejores métodos, modelo de ciencia y de disciplina, normal, francesa, cristiana, liberal, que elevaría, sin duda alguna, la cultura nacional á su más alto grado de intensidad, colocaría yo sin titubear la libertad de enseñanza; la libertad de enseñanza para todos los establecimientos privados; la libertad de enseñanza para las corporaciones religiosas; la libertad de enseñanza plena, entera, absoluta, sometida á las leyes generales como todas las demás libertades, y no tendría necesidad de darla el poder inquieto del Estado como vigilante, porque la daría

la enseñanza gratuita del Estado por contrapeso.  
(En la izquierda: ¡Bravo!—Murmillos en la derecha.)

Este, señores, lo repito, es el ideal de la cuestión. No os inquietéis, no estamos cerca de alcanzarlo, pues la solución del problema implica una cuestión financiera importante, como todos los problemas sociales de la época presente.

Este ideal, señores, era necesario indicarlo, pues es preciso siempre decir á lo que se aspira; ofrece numerosos puntos de vista, pero no ha llegado el momento de desarrollarlo. Para no cansar á la Asamblea, entro inmediatamente en la realidad positiva y actual de la cuestión. La examinaré tal como se presenta hoy, en el grado relativo de madurez en que la han colocado, por una parte los acontecimientos, y por otra la razón pública.

Bajo el punto de vista restringido, pero práctico, de la situación actual, quiero, y lo declaro así, la libertad de enseñanza, pero quiero la vigilancia del Estado; y como quiero la vigilancia efectiva, quiero el Estado laico, puramente laico, exclusivamente laico. El honorable M. Guizot lo ha dicho antes que yo: en materia de enseñanza el Estado no es, no puede ser más que laico.

Quiero, digo, la libertad de enseñanza bajo la vigilancia del Estado, y no admito para personificar al Estado en esa vigilancia tan delicada y tan difícil, que exige el concurso de todas las fuerzas vivas del país, más que hombres que pertenezcan desde luego á las más importantes carreras, pero

que no tengan ningun interés, ya sea de conciencia, ya político, distinto del interés de la Nación. Esto equivale á decir que yo no introduciría ni en el Consejo superior de vigilancia, ni en los Consejos secundarios, ni Obispos ni delegados de Obispos. Mantendría, y en caso necesario haría más profunda que nunca aquella antigua y saludable separación de la Iglesia y el Estado, que era la utopía de nuestros padres, y lo haría tanto en interés de la Iglesia como en interés del Estado. (*Aclamaciones en la izquierda.—Protestas en la derecha.*)

Acabo de deciros lo que querría. Ahora hé aquí lo que no quiero.

No quiero la ley que os presentan.

¿Por qué?

Señores, esa ley es un arma.

Un arma no es nada por sí sola; no existe sino por la mano que la maneja.

Ahora bien, ¿cuál es la mano que manejará esa ley?

Hé ahí toda la cuestión.

Señores, es la mano del partido clerical. (*Es verdad!—Prolongada agitacion.*)

Yo, señores, temo á esa mano; quiero romper esa arma, rechazo ese proyecto.

Dicho esto, entro en la discusión.

Abordo inmediatamente, y de frente, una objeción que se presenta á los que hacen la oposición desde mi punto de vista; la única objeción que tiene apariencia de gravedad.

Se nos dice: Excluí al clero del Consejo de vi-



gilancia del Estado; luego quereis proscribir la enseñanza religiosa.

Me explicaré, señores. Nadie se podrá engañar nunca por culpa mía, ni sobre lo que digo, ni sobre lo que pienso.

Léjos de querer proscribir la libertad de enseñanza religiosa, ¿lo entendeis bien? es, á mi juicio, más necesaria hoy que nunca. Cuanto más el hombre se engrandece, más debe creer. Cuanto más se acerca á Dios, mejor debe verle.

Hay una desgracia en nuestra época, casi me atrevo á decir que no hay más que una desgracia: cierta tendencia á colocarlo todo en esta vida. (*Sensacion.*) Al dar al hombre por fin y por objeto la vida terrestre y material, se agravan todas las miserias por la negacion que hay al cabo; se añade, al agobiamiento de las desgracias, el insoportable peso de la nada; y de lo que no era más que el sufrimiento, es decir, la ley de Dios, se hace la desesperacion, es decir, la ley del infierno. (*Prolongados movimientos.*) De ahí profundas convulsiones sociales. (*¡St, sí!*)

Ciertamente yo soy de aquellos que quieren, y nadie lo duda en este recinto, yo soy de aquellos que quieren, no digo con sinceridad, la palabra es demasiado débil, quiero con inexplicable ardor, y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la situacion material de los que sufren; pero el primer mejoramiento es darles esperanza. (En la derecha: *¡Bravo!*) ¡Cuánto se aminoran nuestras miserias finitas cuando á ellas se mezcla

una esperanza infinita! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

El deber de todos nosotros, quienes quiera que seamos, lo mismo legisladores que obispos, sacerdotes como escritores, es esparcir, es prodigar, es gastar bajo todas formas toda la energía social para combatir y destruir la miseria (En la izquierda: *¡Bravo!*), y al mismo tiempo hacer que todas las cabezas se levanten hácia el cielo (En la derecha: *¡Bravo!*); dirigir todas las almas, volver todas las esperanzas hácia una vida ulterior, en la que se hará y se recibirá justicia. Digámoslo muy alto: nadie habrá sufrido injusta ni inútilmente. La muerte es una restitucion. (En la derecha: *¡Muy bien!—Movimiento.*) La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. Dios se encuentra al fin de todo. No lo olvidemos y enseñémoslo á todos; no habria dignidad alguna en vivir, ni valdría la pena hacerlo si debiésemos morir por completo. Lo que aligera la labor, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sábio, paciente, benéfico, justo, humilde y grande á la vez, digno de la inteligencia y digno de la libertad, es tener ante sí la eterna vision de un mundo mejor, resplandeciendo á través de las tinieblas de esta vida. (*Viva y unánime aprobacion.*)

En cuanto á mí, puesto que la casualidad quiere que sea yo el que en este momento habla, y pone palabras tan graves en boca de tan poca autoridad, permitaseme decirlo aquí y declararlo, lo proclame desde lo alto de esta tribuna: yo creo profundamente en ese mundo mejor, que es para mí mucho más

real que esta miserable quimera que devoramos y llamamos vida; está sin cesar presente á mi vista; creo en él con todo el poder de mi convicción, y despues de muchas luchas, de muchos estudios y de muchas pruebas, es la suprema certidumbre de mi razon y el supremo consuelo de mi alma. (*Profunda sensación.*)

Quiero, pues, quiero sincera, firme y ardientemente la enseñanza religiosa, pero quiero la enseñanza religiosa de la Iglesia, y no la enseñanza religiosa de un partido. La quiero sincera, no hipócrita. (*¡Bravo! ¡Bravo!*) La quiero con el cielo por objeto, y no la tierra. (*Movimiento.*) No quiero que una cátedra invada á la otra; no quiero mezclar el sacerdote al profesor. O si consiento en esa mezcla, yo legislador, la vigilo, fijo sobre los Seminarios y sobre las Congregaciones de enseñanza el ojo del Estado, é insisto en ello, del Estado láico, celoso únicamente de su grandeza y de su unidad.

Hasta el día, que ansio con todo mi corazón, en que pueda proclamarse la libertad completa de enseñanza, y al empezar ya os he dicho en qué condiciones, hasta ese día quiero la enseñanza de la Iglesia, dentro de la Iglesia y no fuera. Sobre todo considero una irrisión hacer vigilar por el clero, en nombre del Estado, la enseñanza del clero. En una palabra, quiero lo que querían nuestros padres: la Iglesia en su casa, el Estado en la suya. (*¡Sí, Sí!*)

La Asamblea ve ya claramente por qué rechazo el proyecto de ley; pero acabaré de explicarme.

Señores, como os lo indicaba hace un momento,

ese proyecto es algo peor, si quereis, que una ley política; es una ley estratégica. (*Murmillos.*)

Me dirijo, no seguramente al venerable obispo de Langres, no á nadie que esté en este recinto, sino al partido que, si no ha redactado, al ménos ha inspirado el proyecto de ley, á ese partido á la vez silencioso y ardiente, al partido clerical. Yo no sé si está en el Gobierno, no sé si está en la Asamblea (*Movimiento*), pero le siento un poco por todas partes. (*Nuevo movimiento.*) Tiene fino el oído y me oirá. (*Risas.*) Me dirijo, pues, al partido clerical y le digo: Esa ley es vuestra ley. Pues bien, francamente, desconfío de vosotros. Instruir es construir. Desconfío de lo que vosotros construyais. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

No quiero confiaros la enseñanza de la juventud, el alma de los niños, el desarrollo de las inteligencias nuevas que se abren á la vida, el espíritu de las nuevas generaciones, es decir, el porvenir de la Francia. Y no quiero confiaros el porvenir de la Francia, porque confiároslo á vosotros sería abandonároslo. (*Movimiento.*)

No me basta que las nuevas generaciones nos sucedan, quiero que nos continúen. Hé ahí por qué no quiero sobre ellas ni vuestra mano ni vuestro soplo. No quiero que lo hecho por nuestros padres lo deshagais vosotros. Despues de aquella gloria no quiero esta vergüenza. (*Movimiento prolongado.*)

Vuestra ley es una ley con careta. (*¡Bravo!*)

Dice una cosa y hará otra. Es una idea de avasallamiento que toma el aspecto de la libertad. Es

una confiscacion con título de donacion. No la quiero. (*Aplausos en la izquierda.*)

Esa es vuestra costumbre. Cuando forjais una cadena, decís: ¡Hé aquí una libertad! Cuando haceis una proscripcion, exclamais: ¡Hé aquí una amnistía! (*Nuevos aplausos.*)

¡Ah! Yo no os confundo con la Iglesia, como no confundo el muérdago con la encina. Vosotros sois los parásitos de la Iglesia, sois la enfermedad de la Iglesia. (*Risas.*) Ignacio es el enemigo de Jesus. (*Viva aprobacion en la izquierda.*) Vosotros sois, no los creyentes, sino los sectarios de una religion que no comprendéis. Sois los que poneis la santidad en escena. No mezeleis la Iglesia en vuestros asuntos, en vuestras combinaciones, en vuestras estrategias, en vuestras doctrinas, en vuestras ambiciones. No la llameis vuestra madre para hacer de ella vuestra sierva. (*Profunda sensacion.*) No la atormentéis mezclándola en la política; sobre todo no la identifiquéis con vosotros. Ved el perjuicio que la haceis. El señor obispo de Langres os lo ha dicho. (*Risas.*)

¡Ved cómo se debilita desde que os tiene! ¡Os haceis amar tan poco, que concluiréis por hacerla aborrecida! En verdad os digo (*Risas*) que se pasaría muy bien sin vosotros. Dejadla en paz. Cuando no esteis en ella, á ella volverán todos los ojos. Dejad á esa venerable Iglesia, á esa venerable madre, en su soledad, en su abnegacion, en su humildad. ¡Todo eso constituye su grandeza! Su soledad le atraerá la muchedumbre; su abnegacion es su po-

der, su humildad es su majestad. (*Viva adhesion.*)

¡Hablais de enseñanza religiosa! ¿Sabeis cuál es la verdadera enseñanza religiosa, aquella ante la cual es preciso prosternarse, aquella que es preciso no turbar? Es la hermana de la Caridad á la cabeza del moribundo. Es el hermano de la Merced rescatando al esclavo. Es Vicente de Paul recogiendo al niño perdido. Es el obispo de Marsella en medio de los atacados de la peste. Es el arzobispo de París penetrando, con la sonrisa en los labios, en ese formidable arrabal de San Antonio, levantando su crucifijo por encima de la guerra civil y no cuidándose de recibir la muerte con tal de llevar la paz. (*Bravo.*) ¡Ved ahí la verdadera enseñanza religiosa, la enseñanza religiosa real, profunda, eficaz y popular, la que felizmente para la religion y la humanidad hace todavía más cristianos que los que vosotros deshaceis! (*Aplausos prolongados en la izquierda.*)

¡Ah! ¡Os conocemos! Conocemos al partido clerical. Es un partido viejo que tiene estados de servicio. (*Risas.*) El es el que monta la guardia en la puerta de la ortodoxia. (*Risas.*) El es el que ha encontrado para la verdad esas dos maravillosas vigas: la ignorancia y el error. El es quien prohíbe á la ciencia y al génio que vayan más allá del misal, y quien quiere enclaustrar el pensamiento en el dogma. Todos los pasos que ha dado la inteligencia de Europa los ha dado apesar suyo. Su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero escrita por el reverso. (*Sensacion.*) A todo se ha opuesto. (*Risas.*)

El es el que hizo azotar á Prinelli por haber dicho que las estrellas no se caerían. El es el que aplicó el tormento 27 veces á Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito y haber entrevisto el secreto de la creacion. El es el que persiguió á Harvey por haber probado que la sangre circulaba. De parte de Josué encerró á Galileo; de parte de San Pablo aprisionó á Cristóbal Colon. (*Sensacion.*) Descubrir la ley del cielo era una impiedad; encontrar un mundo era una heregia. El es el que anatematizó á Pascal en nombre de la religion, á Montaigne en nombre de la moral, á Molière en nombre de la moral y de la religion. ¡Oh! Si, seguramente, quien quiera que seais, que os llameis el partido católico y que seais el partido clerical, os conocemos. Ya hace mucho tiempo que la conciencia humana se subleva contra vosotros y os pregunta: ¿Qué me quereis? Ya hace mucho tiempo que intentais poner una mordaza al espíritu humano. (*Aclamaciones en la izquierda.*)

¡Y quereis ser los dueños de la enseñanza! ¡Y no hay ni un poeta, ni un filósofo, ni un pensador al que acepteis! ¡Y todo lo que se ha escrito, encontrado, soñado, deducido, iluminado, imaginado, inventado por los génius, el tesoro de la civilizacion, la herencia secular de las generaciones, el patrimonio comun de las inteligencias, todo lo rechazais! ¡Si el cerebro de la humanidad estuviera ante vuestros ojos, á vuestra discrecion, abierto como la página de un libro, hariais en él raspaduras! (*¡Sí, sí!*) ¡Confesadlo! (*Movimiento prolongado.*)

En fin, hay un libro, un libro que parece de un extremo á otro una emanacion superior, un libro que es para el universo lo que el Koran es para el Islamismo, lo que los Vedas para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana, iluminada por toda la sabiduría divina; un libro que la veneracion de los pueblos llama el libro, ¡la Biblia! Pues bien, ¡vuestra censura ha llegado hasta él! Cosa inaudita, ¡los Papas han proscripto la Biblia! ¡Qué admiracion para los espíritus prudentes, qué espanto para los corazones sencillos ver el Indice de Roma plantado sobre el libro de Dios! (*Viva adhesión en la izquierda.*)

¡Y vosotros reclamais la libertad de enseñanza! ¡Ah! seamos sinceros; entendámonos; la libertad que vosotros reclamais es la libertad de no enseñar. (*Aplausos en la izquierda.—Vivas reclamaciones en la derecha.*)

¡Ah! ¿Quereis que se os den los pueblos para instruirlos? Muy bien. Veamos vuestros discípulos. Veamos vuestros productos. (*Risas.*) ¿Qué habeis hecho de Italia? ¿Qué habeis hecho de España? Hace siglos que teneis en vuestras manos, á vuestra discrecion, en vuestra escuela, bajo vuestra férula, á esas dos grandes naciones, ilustres entre las más ilustres; ¿qué habeis hecho de ellas? (*Movimiento.*)

Yo os lo voy á decir. Gracias á vosotros, la Italia, cuyo nombre no puede pronunciar ningun hombre que piense sin sentir un inexplicable dolor filial; la Italia, aquella madre de los génius y de las naciones, que difundió por todo el universo las

más deslumbradoras maravillas de la poesía y de las artes; la Italia, que ha enseñado á leer al género humano, ¡la Italia hoy no sabe leer! (*Profunda sensación.*)

Sí, la Italia es de todos los Estados de Europa el que tiene ménos naturales que sepan leer. (*Reclamaciones en la derecha.—Gritos violentos.*)

La España, magníficamente dotada, que había recibido de los romanos su civilización primera, de los árabes su segunda civilización, y de la Providencia, y apesar vuestro, un mundo, la América; la España ha perdido, gracias á vosotros, gracias á vuestro yugo de embrutecimiento, que es un yugo de degradación y empobrecimiento (*Aplausos en la izquierda*), la España ha perdido el secreto del poder que había recibido de los romanos, el genio de las artes que había recibido de los árabes, el mundo que había recibido de Dios, y en cambio de todo eso que le habeis hecho perder le habeis dado la Inquisición. (*Movimiento.*)

La Inquisición, que algunos hombres del partido intentan rehabilitar hoy con una timidez pudorosa que les honra. (*Prolongada hilaridad en la izquierda.—Reclamaciones en la derecha.*) La Inquisición, que ha quemado en la hoguera ó la ahogado en sus calabozos cinco millones de hombres. (*Negaciones en la derecha.*) ¡Leed la historia! La Inquisición, que exhumaba los muertos para quemarlos por herejes (*¡Es verdad!*), testigo Urgel y Arnault, conde de Forcalquier. La Inquisición, que declaraba los hijos de los heréticos, hasta la

segunda generación, infames é incapaces de ningún honor público, exceptuando solamente, y éstos son los términos textuales de los edictos, *aquellos que hubieran denunciado á su padre.* (*Movimiento prolongado.*) La Inquisición, que en el momento en que hablo tiene todavía en la Biblioteca Vaticana los manuscritos de Galileo cerrados y sellados bajo el sello del Índice! (*Agitación.*) Verdad es que para consolar á España de lo que la habeis quitado y de lo que la habeis dado, la habeis apellidado la Católica! (*Rumores en la derecha.*)

¡Ah! ¿Lo sabeis? ¿Sabeis que habeis arrancado á uno de sus más grandes hombres este grito doloroso que os acusa? «¡Quiero mejor que sea la Grande que no la Católica!» (*Gritos en la derecha.—Larga interrupción.—Muchos miembros interpelan violentamente al orador.*)

¡Ahí teneis vuestras obras maestras! Aquel hogar que se llamaba Italia, vosotros le habeis apagado. Aquel coloso que se llamaba España, vosotros lo habeis minado. Una está reducida á cenizas; la otra en ruinas. Hé ahí lo que habeis hecho de dos grandes pueblos. ¿Qué es lo que quereis hacer de la Francia? (*Movimiento prolongado.*)

Sí, venís de Roma; os felicito. Habeis alcanzado allí un éxito magnífico. (*Risas y bravos en la izquierda.*) Acabais de amordazar al pueblo romano, y ahora quereis amordazar al pueblo francés. Lo comprendo: esto es más hermoso, esto seduce; sólo os advierto que tengais cuidado; es aventurado; se trata de un leon completamente vivo. (*Agitación.*)

¿Contra quién os dirigís? Os lo voy á decir: os dirigís contra la razon humana. ¿Por qué? Porque hace la luz. (*¡Sí, sí! — ¡No, no!*)

Sí. ¿Quereis que os diga lo que os molesta? Pues es esa enorme cantidad de luz que la Francia difunde hace tres siglos; luz formada completamente por la razon, luz más brillante hoy que nunca, luz que hace de la nacion francesa, la nacion resplandeciente, de tal manera que la claridad de Francia se percibe sobre la faz de todos los pueblos del universo. (*Sensacion.*) Pues bien, esa claridad de la Francia, esa luz directa, esa luz que no viene de Roma, que viene de Dios, esa es la que vosotros quereis apagar, esa es la que nosotros queremos conservar. (*¡Sí, sí! — Bravos en la izquierda.*)

Yo rechazo vuestra ley. La rechazo porque confisca la enseñanza primaria, porque degrada la segunda enseñanza, porque rebaja el nivel de la ciencia, porque empequeñece á mi país. (*Sensacion.*)

La rechazo, porque soy de aquellos que sienten opresion en el pecho y rubor en la frente siempre que Francia sufre por cualquiera causa una disminucion, ya en su territorio, como por los tratados de 1815, ó ya en su grandeza intelectual, como por vuestra ley! (*Vivos aplausos en la izquierda.*)

Señores, ántes de concluir permitidme que dirija desde aquí, desde lo alto de la tribuna, un consejo sério al partido clerical, al partido que nos invade. (*¡Silencio, silencio! — Rumores en la derecha.*)

No es habilidad lo que le falta. Cuando las circunstancias le ayudan, es fuerte, muy fuerte, demasiado fuerte. (*Movimiento.*) Conoce el arte de mantener una nacion en un estado mixto y lamentable que no es la muerte, pero que no es la vida. (*¡Es verdad!*) A esto lo llama gobernar. (*Risas.*)

Es el gobierno por el letargo. (*Risas.*) Pero que tenga cuidado; nada que á eso se asemeje conviene á Francia. Es un juego temible el dejar entrever á esta Francia, solamente entrever, este ideal: la sacristía soberana, la libertad vendida, la inteligencia vencida y atada, los libros desgarrados, la epístola reemplazando á la prensa, la noche producida en los espíritus por la sombra de las sotas, y los génius macerados por los bedeles. (*Aclamaciones en la izquierda. — Negaciones furiosas en la derecha.*)

Es verdad que el partido clerical es hábil, pero eso no impide que sea cándido. (*Hilaridad.*) ¡Conque teme el socialismo! ¡Conque ve subir la ola, segun dice, y quiere oponer á esa ola que crece no sé qué dique agujereado! ¡Ve subir la ola y se imagina que la sociedad se salvará porque haya combinado para su defensa las hipocresías sociales con las resistencias materiales, y porque haya colocado un jesuita en todas los lugares donde no haya un gendarme! (*Risas y aplausos.*) ¡Qué candidez!

Lo repito, que tenga cuidado; el siglo XIX le es contrario; que no se obstine; que renuncie á dirigir esta grande época llena de profundos y nuevos instintos; de lo contrario no conseguirá más que

encolerizarla, desarrollará imprudentemente el instinto temible de nuestro tiempo y hará surgir terribles eventualidades. Sí, con el sistema que pretendo plantear, insisto en ello, con la educación de la sacristía y el gobierno del confesionario... (*Gran interrupción.—Gritos: ¡Al orden!—Muchos miembros de la derecha se levantan.—El Presidente y M. Víctor Hugo cambian palabras que no podemos oír.—Violento tumulto.—El orador prosigue dirigiéndose á la derecha.*)

Señores, decís que queréis mucho la libertad de enseñanza: procurad querer un poco la libertad de la tribuna. (*Risas.—El ruido se calma.*)

Con esas doctrinas, que apesar de los hombres mismos arrastran una lógica inflexible, fatal y fecunda para el mal, con esas doctrinas que horrorizan cuando se las ve en la Historia... (*Nuevos gritos: ¡Al orden!—El orador se interrumpe.*)

Señores, el partido clerical, ya os lo he dicho, nos invade. Yo le combato, y en el momento en que ese partido se presenta con una ley en la mano es mi derecho de legislador examinar esa ley y ese partido. Vosotros no me impedireis hacerlo. (*Muy bien!*) Continúo.

Sí, con ese sistema, esa doctrina y esa historia, sépalo el partido clerical, por todas partes donde esté engendrará revoluciones; por todas partes se echarán en brazos de Robespierre por huir de Torquemada. (*Sensación.*) Eso es lo que conviene al partido que se intitula católico en un sério peligro público. Y aquellos que, como yo, temen

igualmente para las naciones el trastorno anárquico y el aletargamiento sacerdotal, dan el grito de alarma. Pensadlo bien, mientras es tiempo todavía. (*Clamores en la derecha.*)

Me interrumpís. Los gritos y los murmullos ahogan mi voz. ¡Señores, os hablo, no como agitador, sino como hombre honrado! (*¡Silencio, silencio!*) ¡Ah, señores! ¿Acaso, por casualidad, seré sospechoso para vosotros?

GRITOS EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

M. VÍCTOR HUGO.—¡Qué! ¿Os soy sospecho? ¿Vosotros lo decís?

GRITOS EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

(*Tumulto inexplicable.—Una parte de la derecha se levanta é interpela al orador, impasible en la tribuna.*)

Pues bien, acerca de ese punto es preciso explicarse. (*El silencio se restablece.*) Es esto, hasta cierto punto, una cuestion personal. Oireis, así lo creo, una explicacion que vosotros mismos habeis provocado ¡Ah! ¿Conque yo soy para vosotros sospechoso! ¿Y de qué? ¡Os soy sospechoso! Sin embargo, el año último defendí el orden en peligro, como defendiendo hoy la libertad amenazada, como defendere el orden mañana si vuelve el peligro de aquel lado. (*Movimiento.*)

¡Os soy sospechoso! ¿Os lo era acaso cuando, cumpliendo mi mandato de representante de París, procuraba evitar la efusion de sangre en las barricadas de Junio? (*Bravos en la izquierda.—Nuevos gritos en la derecha.—El tumulto vuelve á empezar.*)

¡No quereis ni oír una voz que defienda resueltamente la libertad! Si yo soy sospechoso para vosotros, vosotros lo sois para mí. ¡El país juzgará entre nosotros! (*¡Muy bien, muy bien!*)

Señores, una última palabra. Tal vez sea yo uno de aquellos que tuvieron la dicha de prestar á la causa del orden en tiempos difíciles, en un pasado reciente, algunos servicios oscuros. Esos servicios han podido olvidarse; no los recuerdo. Pero en el momento en que hablo tengo el derecho de apoyarme en ellos. (*¡No, no!—¡Sí, sí!*)

¡Pues bien, apoyado en ese pasado, lo declaro con convicción, lo que Francia necesita es orden, pero orden viviente, que es el progreso; es el orden, tal como resulta del crecimiento normal, pacífico y natural del pueblo; es el orden, haciéndose á la vez en los hechos y en las ideas por medio del pleno resplandor de la inteligencia nacional. ¡Es todo lo contrario de vuestra ley! (*Viva adhesión en la izquierda.*)

Soy de los que quieren para este noble país la libertad y no la compresión; el continuo crecimiento y no el empequeñecimiento; el poder y no la servidumbre; la grandeza y no la nada! (En la izquierda: *¡Bravo!*)

¡Qué! ¿Son esas las leyes que nos traeis? ¡Qué! Vosotros, gobernantes; vosotros, legisladores, ¿quereis detenernos? ¿Quereis detener la Francia? ¿Quereis petrificar el pensamiento humano, apagar la antorcha divina, materializar el espíritu? (*¡Sí, sí!—No, no!*) ¿Luego no veis los elementos del

tiempo en que vivís? ¿Luego os encontráis en vuestro siglo cual extranjeros? (*Sensación.*)

¿En este siglo, en este gran siglo de novedades, acontecimientos, descubrimientos y conquistas soñáis en la inmovilidad? (*¡Muy bien!*) ¿En este siglo de esperanza proclamáis la desesperación? (*¡Bravo!*) Echáis por tierra, como hombres cansados de trabajo, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir, y decís: ¡Basta, no vayamos más allá; detengámonos! (*Negaciones en la derecha.*) ¿Pero no veis que todo va, viene, se mueve, crece, se trasforma y se renueva alrededor de vosotros, por encima de vosotros y debajo de vosotros? (*Movimiento.*)

¡Ah! ¿Quereis deteneros? Pues bien, os lo repito con profundo dolor: yo, que aborrezco las catástrofes y derrumbamientos, os lo advierto con la muerte en el alma (*Risas en la derecha*); ¿no quereis progreso? Tendreis revoluciones. (*Profunda agitación.*) A los hombres que son bastante insensatos para decir: La humanidad no marchará, responde Dios con la tierra que tiembla. (*Aplausos prolongados en la izquierda.*)

*El orador, al bajar de la tribuna, es rodeado de multitud de miembros que le felicitan. La Asamblea se separa presa de viva emoción.*



## LA DEPORTACION <sup>(1)</sup>

5 Abril 1850.

SEÑORES:

Entre las jornadas de Febrero, jornadas que no se pueden comparar á nada en la Historia, hubo un dia admirable, aquel en que la soberana voz del pueblo, que á través de los confusos rumores de la plaza pública dictaba los decretos del Gobierno provisional, pronunció esta gran palabra: «Queda abolida la pena de muerte para los delitos políti-

(1) Por su Mensaje de 31 de Octubre de 1849, M. Luis Bonaparte habia provocado la retirada del Ministerio.

Algunos dias despues, M. Rouher, nuevo ministro de Justicia, presentó un proyecto de ley sobre deportacion.

Aquel proyecto contenía dos disposiciones principales: la deportacion simple á la isla de Pamanzi y á las Marquesas, y la deportacion agravada, con la detencion en un recinto fortificado, la ciudadela de Zaoudzi, cerca de la isla Mayotte.

La Comision nombrada por la Asamblea aprobó el pensamiento del proyecto: la prision en el destierro. Lo agravó todavía más autorizando la aplicacion retroactiva de la ley á los condenados con anterioridad á su promulgacion. Sustituyó á la isla de Pamanzi la

cos.» (*¡Muy bien!*) Aquel dia todos los corazones generosos, todos los espíritus serios se estremecieron de gozo. Y, en efecto, ver el progreso salir inmediatamente, salir tranquilo y majestuoso de una revolucion espantosa; ver surgir por encima de las conmovidas masas el Cristo vivo y coronado; ver en medio de aquel inmenso derrumbamiento de leyes humanas desprenderse en todo su esplendor la ley divina (*¡Bravo!*); ver á la multitud conducirse prudentemente; ver todas aquellas pasiones, todas aquellas inteligencias, todas aquellas almas, llenas de ira la vispera todavía; todas aquellas bocas que acababan de morder los cartuchos, unirse y confundirse en un solo grito, el más hermoso que puede proferir la voz humana: ¡Clemencia! Fué aquel, señores, para los filósofos, para los publicistas, para el hombre cristiano, para el hombre político, fué para Francia y para Europa un magnífico espectáculo. Aquellos mismos á quienes los acon-

de Noukahiva, y á la ciudadela de Zaoudzi la fortaleza de Vaithau, en las islas Marquesas.

Aquello era lo que el deportado Tronçon-Ducoudray calificó de *guillotina seca*.

M. Victor Hugo tomó la palabra contra aquella ley en la sesion del 5 de Abril de 1850.

Al dia siguiente del en que se pronunció el discurso, se abrió una suscripcion para repartirlo por toda Francia. M. Emilio de Girardin pidió que se grabára una medalla con el busto del orador y que llevase como inscripcion la fecha: 5 de Abril de 1850, y estas palabras sacadas del discurso: «Cuando los hombres introducen en una ley la injusticia, Dios pone en ella la justicia y hiere con la ley misma á los que la han hecho.»

El Gobierno permitió la medalla, pero prohibió la inscripcion.

tecimientos de Febrero hacían estremecerse por sus intereses, por sus sentimientos, por sus afecciones, aquellos que gemían, aquellos mismos que temblaban, aplaudieron y reconocieron que las revoluciones pueden mezclar el bien á sus explosiones más violentas, con la admirable circunstancia de que les basta una hora sublime para borrar todas las horas terribles. (*Sensacion.*)

Por lo demás, señores, ese triunfo súbito y deslumbrador, aunque parcial, del dogma que prescribe la inviolabilidad de la vida humana, no admiró á los que conocen la fuerza de las ideas. En épocas normales, en eso que se ha convenido en llamar tiempos tranquilos, porque no se percibe el profundo movimiento que se realiza bajo la aparente inmovilidad de la superficie; en las épocas llamadas épocas pacíficas se desdeñan generalmente las ideas, es hasta de buen gusto ridiculizarlas. ¡Sueño, declamacion, utopia! se dice. No se hace mención más que de los hechos, y cuanto más materiales más estimados son; no se hace caso más que de las gentes de negocios, de los espíritus *prácticos*, como se dice en cierta jerigonza (*¡Muy bien!*), y de esos hombres positivos que no son, despues de todo, más que hombres negativos. (*¡Es verdad!*)

Pero cuando una revolucion estalla, los hombres de negocios, las gentes hábiles, que parecían colosos, no son más que enanos; todas las realidades que no tienen ya la proporción de los nuevos acontecimientos ruedan y se desvanecen, los he-

chos materiales caen, y las ideas se agrandan hasta llegar al cielo. (*Movimiento.*)

Por esa súbita fuerza de expansion que adquieren las ideas en tiempos de revolucion es por lo que se ha realizado esa gran cosa, la abolicion de la pena de muerte en materia política.

Señores, esa gran cosa, ese fecundo decreto que contiene en gérmen todo un Código; ese progreso que era más que un progreso, que era un principio, lo adoptó y consagró la Asamblea constituyente. Lo colocó casi diré en la cima de la Constitucion, como un magnífico anticipo que el espíritu revolucionario hacia al espíritu de la civilizacion; como una conquista, pero sobre todo como una promesa; como una especie de puerta franca que deja penetrar enmedio de los oscuros é incompletos progresos del presente la serena luz del porvenir.

Y, en efecto, en tiempo dado la abolicion de la pena capital en delitos políticos debe traer, y traerá necesariamente por el incontrastable poder de la lógica, la abolicion completa de la pena de muerte! (*¡Sí! ¡Sí!*)

Pues bien, señores, se trata hoy de retirar aquella promesa; se trata de renunciar á aquella conquista; se trata de romper lo que no puede retroceder, es decir, aquel principio; se trata de borrar de la Historia aquella memorable jornada de Febrero, marcada con el entusiasmo de un gran pueblo y con el nacimiento de un gran progreso. Bajo el modesto título de *ley de deportacion* trae el Gobierno, y vuestra Comision os propone, la aproba-

cion de un proyecto de ley que el sentimiento público, que no se equivoca, ha traducido ya y resumido en estas palabras: *La pena de muerte se restablece para delitos políticos.* (En la izquierda: ¡Bravo!—En la derecha: ¡No se trata de eso!—¡Se llena un vacío del Código!—Eso es todo.—Es para reemplazar la pena capital!)

Ya lo oís, señores, los autores del proyecto, los miembros de la Comisión, los honorables jefes de la mayoría exclaman: «No se trata de eso, ni mucho menos. Hay un vacío en el Código, se le quiere llenar y nada más; se quiere simplemente reemplazar la pena de muerte.» ¿No es eso? ¿No es eso lo que se ha dicho? ¿Se quiere, pues, simplemente reemplazar la pena de muerte? ¿y cómo se hace? Se combina el clima... Sí, puesto que hagais lo que querais, por mucho que busqueis, escojais, exploreis, vayais desde las Marquesas á Madagascar y volvais de Madagascar á las Marquesas, á las Marquesas, que el almirante Bruat llama la *sepultura de los europeos*, el clima del sitio de deportación será siempre, comparado con Francia, un clima mortífero, y la aclimatación, ya muy difícil para personas libres, satisfechas y colocadas en las mejores condiciones de actividad y de higiene, será imposible, ¿lo entendéis bien? absolutamente imposible para los desgraciados detenidos.

Prosigo. Se quiere, pues, sencillamente reemplazar la pena de muerte. ¿Y qué se hace? Se combina el clima, el destierro y la prisión: el clima presta su malignidad, el destierro su abatimiento,

la prisión su desesperación; en vez de un verdugo, habrá tres. La pena de muerte queda reemplazada. (*Profunda sensación.*) ¡Ah! Abandonad esas precauciones de palabras, abandonad esa hipócrita fraseología; sed al menos sinceros y decid con nosotros: ¡La pena de muerte queda restablecida! (En la izquierda: ¡Bravo!)

Sí, restablecida; sí, es la pena de muerte, y voy á probaros al instante que, si es menos terrible en apariencia, es más horrible en realidad. (*¡Es verdad, es verdad!*)

Pero veamos, discutamos friamente. Vosotros no queréis, debemos al menos creerlo así, no queréis sólo hacer una ley severa; queréis hacer también una ley práctica, una ley que no caiga en desuso al día siguiente de su promulgación. Pues bien, considerad lo siguiente:

Cuando depositais en la ley un exceso de severidad, depositais en ella la impotencia. (*¡Sí! ¡Sí! ¡Es verdad!*) Pretender conseguir demasiado de la severidad de la ley, es el medio más seguro de no conseguir nada de ella. ¿Sabeis por qué? Porque el castigo justo tiene en el fondo de todas las conciencias ciertos límites, que no está en el poder del legislador cambiar. El día en que por orden vuestra la ley quiera traspasar esos límites, esos sagrados límites, esos límites trazados por el dedo de Dios en la equidad del hombre, la ley se encontrará con la conciencia, que la prohibirá pasar más allá. De acuerdo con la opinión, con el estado de los espíritus, con el sentimiento público, con las

costumbres, la ley lo puede todo. En lucha con esas fuerzas vivas de la civilizacion y de la sociedad, es impotente. Los tribunales vacilan, los jurados abuelven, los textos desfallecen y mueren á la vista sorprendida de los jueces. (*Movimiento.*) Pensad en ello, señores; todo lo que la penalidad construye fuera de la justicia, se derrumba prontamente; y lo digo á todos los partidos: áun cuando hubiéseis construido vuestras iniquidades con granito, cal y cemento, bastaría para echarlas por el suelo un soplo (¡*St!* ¡*St!*), ese soplo que sale de todas las bocas y que se llama la opinion. (*Sensacion.*) Lo repito, y hé aquí la verdadera fórmula en este asunto: toda ley penal tiene de ménos en poder lo que tiene de más en severidad. (¡*Es verdad!*)

Pero quiero suponer que me engaño en mi razonamiento, razonamiento, notadlo bien, que podría apoyar en multitud de pruebas. Admito que me engaño; supongo que esa novedad penal no caiga inmediatamente en desuso; os concedo que, despues de haber votado semejante ley, teneis la gran desgracia de verla ejecutar. Pues bien, permitidme ahora dos preguntas: ¿Dónde está la oportunidad de tal ley? ¿Dónde su necesidad?

¡La oportunidad! se nos dice. ¿Olvidais los atentados de ayer, de todos los días, el 15 de Mayo, el 23 de Junio, el 13 de Junio? ¡La necesidad! ¡Pues qué! ¿no es necesario oponer á esos atentados, siempre posibles, siempre flagrantes, una represion enorme, una inmensa intimidacion? La revolucion de Febrero nos ha quitado la guillotina. Hacemos

lo posible para reemplazarla; ponemos de nuestra parte lo que podemos. (*Movimiento prolongado.*) Ya lo veo. (*Risas.*)

Antes de seguir adelante, una explicacion.

Señores, en tanto cuanto se quiera, y tengo el derecho de decirlo, puesto que creo haberlo probado, tanto como cualquiera otro rechazo y condeno, bajo un régimen de sufragio universal, los actos de rebelion y de desórden, los recursos á la fuerza bruta. Lo que conviene á un gran pueblo soberano de sí mismo, á un gran pueblo inteligente, no es el apelar á las armas, es apelar á las ideas. (*Sensacion.*) Para mí, y ese debe ser, por lo demás, el axioma de la democracia, el derecho del sufragio suprime el derecho de insurreccion. Por esto es por lo que el sufragio universal resuelve y disuelve las revoluciones. (*Aplausos.*)

Hé ahí el principio, principio incontestable y absoluto, en el que yo insisto. Sin embargo, debo decirlo: en la aplicacion penal nacen las incertidumbres.

Cuando funestas y deplorables violaciones de la paz pública dan lugar á persecuciones jurídicas, nada es más difícil que precisar los hechos y pronunciar el castigo del delito. Todos nuestros procesos políticos lo han probado.

De cualquiera que sea, debe la sociedad defenderse. En este punto estoy completamente de acuerdo con vosotros. La sociedad debe defenderse y vosotros debeis protegerla. Esos disturbios, esos tumultos, esas insurrecciones, esos complots, esos

atentados, ¿quereis impedirlos, prevenirlos, reprimirlos? Sea; yo, como vosotros, lo deseo.

Pero ¿teneis acaso necesidad para eso de una nueva penalidad? Leed el Código. Ved en él la definición de la deportacion. ¡Qué inmenso poder para la intimidacion y para el castigo!

Volved ahora la vista hácia la penalidad actual. Fijaos en todo lo que pone de terrible en vuestras manos.

Ved un hombre, á quien el tribunal especial ha condenado. ¡ Un hombre herido por el más incierto de todos los delitos, por un delito político, por la más insegura de todas las justicias, por la justicia política!... (*Rumores en la derecha. — Larga interrupcion.*)

Señores, me admira esa interrupcion. Yo respeto todas las jurisdicciones legales y constitucionales; pero cuando califico la justicia política en general, como acabo de hacerlo, no hago más que repetir lo que ha dicho en todos los siglos la filosofía de todos los pueblos, y no soy más que el eco de la Historia.

Prosigo.

Ved un hombre á quien el tribunal especial ha condenado.

Una condena de deportacion os entrega ese hombre; notad bien lo que podeis hacer de él, notad el poder que la ley os concede. Me refiero al Código penal actual, á la ley actual, en su definicion de la deportacion.

Ese hombre, ese condenado, ese criminal segun

unos, ese héroe segun otros, puesto que en eso consiste la desgracia de los tiempos... (*Murmullos en la derecha.*)

EL PRESIDENTE.— Cuando la justicia ha fallado, el criminal es criminal para todo el mundo, y no puede ser un héroe más que para sus cómplices. (*Bravos en la derecha.*)

M. VÍCTOR HUGO.— Haré observar al Sr. Presidente este hecho: el mariscal Ney, juzgado en 1815, fué declarado criminal por la justicia. Es un héroe para mí, y yo no soy su cómplice. (*Prolongados aplausos en la izquierda.*)

Prosigo. Ese condenado, ese criminal segun unos, ese héroe segun otros, cae en vuestras manos; os apoderais de él en medio de su fama, de su influencia, de su popularidad; le arrancais de todo: de su mujer, de sus hijos, de sus amigos, de su familia, de su patria; destrozais violentamente la raíz de todos sus intereses y de todas sus afecciones; os apoderais de él cuando todavía le rodea el ruido que hace y la claridad que difunde, y le arrojaís en las tinieblas, en el silencio, á no se sabe qué espantosa distancia del suelo natal. (*Sensacion.*) Le reteneis allí solo, presa de sí mismo, de sus tristezas si cree haber sido un hombre necesario á su país; de sus remordimientos si reconoce que ha sido un hombre fatal. Le reteneis allí libre, pero guardado, sin ningun medio de evasión, guardado por una guarnicion que ocupa la Isla, guardado por un estacionario que vigila la costa, guardado por el Océano que abre entre ese hombre y la patria un abismo

de cuatro mil leguas. Reteneis allí á ese hombre incapaz de hacer daño; sin ecos á su alrededor, abatido por el aislamiento, por la impotencia y por el olvido, descorazonado, desarmado, destrozado, confundido.

¡Y no os basta esto! (*Movimiento.*)

Ese vencido, ese proscrito, ese condenado de la fortuna, ese hombre político destruido, ese hombre popular aterrado, quereis encerrarlo. Quereis hacer esa cosa sin nombre que ninguna legislacion ha hecho todavía. ¡Unir á las torturas del destierro los torturas de la prision! ¡Multiplicar un rigor por una crueldad! (*¡Es verdad!*) No os basta haber puesto sobre esa cabeza la bóveda del cielo tropical; quereis añadir á eso el techo del calabozo. A ese hombre, á ese desgraciado hombre le quereis emparedar vivo en una fortaleza que, á esta distancia, se nos aparece con un aspecto tan fúnebre, que vosotros que la construís, sí, os lo digo, no estáis seguros de lo que edificáis allí; vosotros mismos no sabeis si es un calabozo ó una sepultura. (*Movimiento prolongado.*)

¿Quereis que lentamente, día por día, hora por hora, á fuego lento, aquella alma, aquella inteligencia, aquella actividad — ¡aquella ambicion! ¡sea! — sepultada viva, viva, lo repito, á cuatro mil leguas de su pátria, bajo aquel sofocante sol, bajo la horrible presion de aquella cárcel-sepultura, se tuerza, se corroa, se devore, desespere, pida gracia, llame á Francia, implore el aire, la vida, la libertad, y agonice y espire miserablemente? ¡Ah! ¡Eso

es monstruoso! (*Profunda sensacion.*) ¡Yo protesto de antemano en nombre de la humanidad! ¡No tenéis compasion ni corazon! ¡Lo que vosotros llamais expiacion, yo lo llamo martirio; lo que vosotros llamais justicia, yo lo llamo asesinato! (*Aclamaciones en la izquierda.*)

¿Y qué haceis vosotros, católicos, sacerdotes, obispos, hombres de la religion que os sentais en esta Asamblea, y que veo en medio de nosotros? ¡Levantaos, ese es vuestro deber! ¿Qué haceis en vuestros bancos? ¡Subid á esta tribuna y venid con la autoridad de vuestras santas creencias, con la autoridad de vuestras santas tradiciones, venid á decir á estos inspiradores de medidas crueles, á estos aplaudidores de leyes bárbaras, á todos los que empujan la mayoría por esa funesta senda, venid á decirles que eso que hacen es malo; que eso que hacen es detestable; que eso que hacen es impío!... (*¡Sí, sí!*) Recordadles que la ley que Cristo trajo al mundo fué de mansedumbre y no de crueldad; decidles que el día en que el Hombre-Dios sufrió la pena de muerte la abolió (*En la izquierda: ¡Bravo!*), demostrando que la loca justicia humana podía herir, no tan sólo una cabeza inocente, sino una cabeza divina! (*Sensacion.*)

Decid á los autores, decid á los defensores de ese proyecto, decid á esos grandes hombres políticos que no es haciendo agonizar miserables en una celda, á cuatro mil leguas de su país, como apaciguarán la plaza pública; que, por el contrario, crean un peligro: el peligro de exasperar la com-

pasion del pueblo y cambiarla en ira. (*¡Sí, sí!*) Decid á esos hombres que sean humanos; ordenadles que vuelvan á ser cristianos; enseñadles que no es con desapiadadas leyes con lo que se defienden los Gobiernos y se salvan las sociedades; que lo que hace falta en los dolorosos tiempos porque atravesamos á los corazones y á los espíritus enfermos, lo que hace falta para resolver una situacion, resultado sobre todo de muchas equivocaciones y de muchas definiciones mal hechas, no son medidas de represalias, de reaccion, de rencor, de encarnizamiento, sino leyes generosas, leyes fraternales, leyes de concordia y de prudencia, y que la última palabra de la crisis que sufrimos, no me cansaré de repetirlo, no es la compresion, es la fraternidad; porque la fraternidad, ántes de ser el pensamiento del pueblo, era el pensamiento de Dios. (*Nuevas aclamaciones.*)

¿Os calláis? Pues bien, continúo. Me dirijo á vosotros, señores ministros; me dirijo á vosotros, señores miembros de la Comision. Examinaré más de cerca todavía la idea de vuestra ciudadela, ó vuestra fortaleza, puesto que se hiere vuestra sensibilidad llamando á eso una ciudadela. (*Risas.*)

Cuando hayais fundado esa penitenciaría de deportados, cuando hayais creado ese cementerio, ¿os habeis detenido á pensar lo que sucedería allí? ¿Teneis la menor idea de lo que pasaría? ¿Os habeis dicho á vosotros mismos que vais á entregar los hombres señalados por la justicia política á lo desconocido y á lo que hay de más horrible en lo des-

conocido? ¿Habeis entrado interiormente en el detalle de todo lo que de abominable encierra esa idea, esa espantosa idea de la reclusion en la deportacion? (*Murmillos en la derecha.*)

Al empezar he intentado indicaros y caracterizar en una palabra lo que sería aquel clima, lo que sería aquel destierro, lo que sería aquella miseria. Os he dicho que serian tres verdugos. Hay un cuarto que olvidé: el director de la penitenciaría. ¿Recordais á Jeannet, el verdugo de Sinamari. ¿Os habeis dado cuenta de lo que habrá de ser, diré casi necesariamente, el hombre cualquiera que acepte, á la faz del mundo civilizado, la carga moral de ese odioso establecimiento de las islas Marquesas, el hombre que consienta en ser el enterrador de aquella prision y el carcelero de aquella sepultura?. (*Movimiento prolongado.*)

¿Habeis imaginado, tan lejos de toda vigilancia y de toda amonestacion, en medio de aquella completa irresponsabilidad, con una autoridad sin límites y víctimas sin defensa, habeis podido imaginar la tiranía de que es capaz una alma baja y perversa? Señores, prisiones como Santa Elena producen carceleros como Hudson Lowe. (*¡Bravo!*) Pues bien. ¿Os habeis representado todas las torturas, todos los refinamientos, todas las desesperaciones que un hombre que tuviera el temperamento de Hudson Lowe podría inventar para los hombres que no tuvieran la aureola de Napoleón?

Aquí al ménos, en Francia, en Doullens, en

Mont-Saint-Michel... (*El orador se interrumpe.— Movimiento de atencion.*)

Y puesto que este nombre ha salido de mi boca, aprovecho la ocasion para anunciar al señor ministro del Interior que espero en breve dirigirle una interpelacion acerca de los hechos monstruosos que se han llevado á cabo en esa prision del Mont Saint-Michel. (*Murmullos.—En la izquierda: ¡Muy bien!—El orador prosigue.*) En nuestras prisiones de Francia, en Doullens, en Mont-Saint-Michel, si se comete un abuso, si se intenta una iniquidad, los periódicos se agitan, la Asamblea se conmueve y el grito del prisionero llega al Gobierno y al pueblo, repercutido por el doble eco de la prensa y la tribuna. Pero en vuestra ciudadela de las islas Marquesas el paciente se verá reducido á suspirar dolorosamente: «¡Ah! ¡Si el pueblo lo supiese!» (*¡Muy bien!*) Sí, allá, allá léjos, á esa espantosa distancia, en aquella soledad amurallada, á donde no llegará y de donde no saldrá ninguna voz humana, ¿á quién se quejará el miserable prisionero? ¿quién le oirá? Habrá entre su queja y vosotros el ruido de todas las olas del Océano. (*Profunda sensacion.*)

Señores, la sombra y el silencio de la muerte pesarán sobre aquella espantosa ergástula política.

¡Nada transpirará, nada de ella llegará á vosotros, nada!... Sólo de cuándo en cuándo, á intervalos, una lúgubre noticia, atravesando los mares, vendrá á herir á Francia y á Europa, cual fúnebre campana, cuyo tañido sonará vibrante y doloroso en la

opinion, y os dirá: ¡Tal condenado ha muerto! (*Agitacion.*)

Ese condenado será, puesto que en aquella suprema hora no se ve más que el mérito del hombre, será un publicista célebre, un historiador famoso, un escritor ilustre, un notable orador. Escuchareis ese siniestro ruido, calculareis los pocos meses que habrán transcurrido y os estremecereis. (*Movimiento prolongado.—En la izquierda: ¡Se reirán!*)

¡Ah! ¡Bien lo veis! ¡Es la pena de muerte! ¡La pena de muerte y la desesperacion! ¡Es algo peor que el cadalso! ¡Es la pena de muerte sin la última mirada al cielo de la patria! (*Bravos repetidos en la izquierda.*)

¡Vosotros no lo querreis! ¡Desechareis la ley! (*Movimiento.*) Ese gran principio, la abolicion de la pena de muerte en materia política, ese generoso principio caído de la espléndida mano del pueblo no querreis ahora recogerlo. No querreis volverlo á tomar furtivamente de la Francia, que, léjos de esperar de vosotros su abolicion, espera su complemento. No querreis borrar ese decreto, honra de la revolucion de Febrero. No querreis dar un mentís á lo que era aún más que el grito de la conciencia popular, á lo que era el grito de la conciencia humana. (*Viva adhesion en la izquierda.—Murmullos en la derecha.*)

Ya sé, señores, que siempre que de la palabra conciencia deducimos todo lo que de ella debe deducirse, segun nosotros, tenemos la desgracia de



hacer reír á muchos grandes políticos. (En la derecha: ¡*Es verdad!*—En la izquierda: ¡*Conviene en ello!*) En el primer momento, esos grandes políticos no nos consideran incurables; se compadecen de nosotros, consienten en tratar esta enfermedad de que estamos atacados, la conciencia, y oponen á ella con bondad la razón de Estado. Si insistimos, ¡oh! entonces se incomodan, declaran que no entendemos de negocios, que no tenemos sentido político, que no somos hombres serios, y... ¿cómo diré yo? sí, esto es, nos dirigen una palabra dura, la mayor de las injurias que podrían encontrar: ¡nos llaman poetas! (*Risas.*)

Afirman que todo lo que nosotros creemos encontrar en nuestra conciencia, la fe en el progreso, la dulcificación de las leyes y las costumbres, la adopción de principios desprendidos de las revoluciones, el amor al pueblo, el consagrarse á la libertad, el fanatismo de la grandeza nacional, que todo eso, bueno en sí seguramente, conduce directamente en la aplicación á las decepciones y á las quimeras, y que sobre todas esas cosas es preciso amoldarse, según la ocasión y la coyuntura, á lo que la razón de Estado aconseja. ¡La razón de Estado! ¡Ah! Esa es la gran palabra; hace un momento la oía en medio de una interrupción.

Señores, examinemos la razón de Estado, recordemos todos los malos consejos que ha dado. Abro la Historia: veo en todas las épocas todas las bajezas, todas las indignidades, todas las torpezas, todas las vilezas, todas las crueldades que la razón de Estado

ha autorizado ó ha hecho. Lo mismo la invocaba Marat que Luis XI; hizo el dos de Setiembre después de haber hecho la Saint-Barthélemy; dejó su huella en las Cevennes y también en Sinamari; ella levantó las guillotinas de Robespierre y los patíbulos de Haynau. (*Movimiento.*) ¡Ah! Mi corazón se subleva. No, yo no quiero ni la política de la guillotina ni la política del patíbulo; ni Marat, ni Haynau, ni vuestra ley de deportación. (*Bravos prolongados.*) Y hágase lo que se quiera, suceda lo que suceda, siempre que de buscar una inspiración ó un consejo se trate, soy de aquellos que no dudarán nunca entre esa virgen que se llama la conciencia, y esa prostituta que se llama la razón de Estado. (*Inmensa aclamación en la izquierda.*)

Yo no soy más que un poeta, bien lo veo.

Si posible fuese, señores, lo que no permita Dios, lo que por mi parte procuro evitar con todas mis fuerzas, si posible fuese que esta Asamblea aprobase la ley que se la propone, se daría, con sentimiento lo digo, se daría un doloroso espectáculo digno de parangón con la memorable jornada que os recordaba al empezar; presenciáramos una época de calma deshaciendo tranquilamente lo que de grande y de bueno, en una especie de sublime inspiración, hizo una época tempestuosa (*¡Muy bien!*); presenciáramos la violencia en el Senado contrastando con la prudencia en la plaza pública (*Bravos en la izquierda*); veríamos á los hombres de Estado ciegos y apasionados en aquello en que los hombres del pueblo se mostraron intelligen-

tes y justos. (*Murmillos en la derecha.*) Sí, inteligentes y justos. ¿Sabeis, señores, lo que hacía el pueblo de Febrero proclamando la clemencia? Cer-raba las puertas de la Revolución. ¿Y sabeis lo que haceis vosotros decretando las venganzas? Las vol-veis á abrir. (*Movimiento prolongado.*)

Señores: esta ley, se nos dice, no tendrá efecto retroactivo; está destinada á regir sólo en lo por-venir. ¡Ah! Puesto que pronunciáis esa palabra, lo porvenir, precisamente sobre ella y su alcance os invito á reflexionar. Veamos para quién haceis esa ley; ¿lo sabeis? (*Agitación en todos los bancos.*)

Señores de la mayoría, estais en este momento victoriosos, sois los más fuertes; ¿pero estais segu-ros de serlo siempre? (*Prolongado rumor en la de-recha.*)

No lo olvidéis; la espada de la penalidad politi-ca no pertenece á la justicia, pertenece al azar. (*La agitación redobla.*) Pasa á manos del vencedor con la fortuna. Forma parte de ese repugnante botín revolucionario que todo golpe de Estado afortu-nado, que todo motín triunfante encuentra en la calle y recoge al siguiente día de la victoria, y tiene de fatal esa terrible espada que todos los par-tidos, cada cual á su vez, están destinados á empu-ñarla en sus manos y á sentirla sobre sus cabezas. (*Sensación general.*)

¡Ah! Cuando combináis una de esas leyes de venganza (En la derecha: ¡No, no!) que los parti-dos vencedores llaman leyes de justicia en la bue-na fé de su fanatismo (*Movimiento*), sois muy im-

prudentes agravando los castigos y multiplicando los rigores. (*Nuevo movimiento.*) Por mi parte, yo mismo no sé, en esta época de trastorno, qué por-venir me está reservado; compadezco con frater-nal piedad todas las actuales víctimas, todas las víctimas posibles de nuestros tiempos revoluciona-rios. Aborrezco y quisiera romper todo lo que pue-de servir de arma á la violencia. Ahora bien, esa ley que vosotros haceis es una ley terrible que pue-de tener extraños resultados; es una ley perdi-da, cuyas revueltas son desconocidas; ¿y sabeis en este momento en que os hablo, sabeis á quién de-fiendo tal vez de vosotros? A vosotros mismos. (*Pro-funda sensación.*)

Sí, insisto en ello; vosotros mismos no sabeis lo que un día determinado, lo que en circunstancias posibles hará de vosotros vuestra propia ley. (*Agi-tación inexplicable.—Las interrupciones crecen.*)

¿Os asombra esto? ¿No creéis en mis palabras? (En la derecha: ¡No, no!) Veamos. Vosotros podreis cerrar los ojos al porvenir, ¿pero los cerrareis al pasado? El porvenir se discute, el pasado no se re-cusa. Pues bien, volved la cabeza, mirad algunos años atrás. Suponed que las dos revoluciones acae-cidas en el espacio de 20 años hubiesen sido venci-das por la Monarquía; suponed que vuestra ley de deportacion hubiese existido entónces: Carlos X hubiera podido aplicarla á M. Thiers, y Luis Feli-pe á M. Odilon Barrot. (*Aplausos en la izquierda.*)

M. ODILON BARROT (*levantándose*).—Pido permi-so al orador para interrumpirle.

M. VÍCTOR HUGO.—Con mucho gusto.

M. ODILON BARROT.—Yo no he conspirado nunca, he sostenido la última Monarquía; no conspiraré nunca, y la justicia que no ha podido alcanzarme en el pasado no podrá alcanzarme en el porvenir. (En la derecha: ¡Muy bien!)

M. VÍCTOR HUGO.—M. Odilon Barrot, cuyo noble carácter respeto, se ha equivocado acerca del sentido de mis palabras. Ha olvidado que en el momento en que yo hablaba, no hablaba de la justicia justa, sino de la justicia injusta, de la justicia política, de la justicia de los partidos. Ahora bien, la justicia injusta hiere al hombre justo, y podía y puede todavía herir á M. Odilon Barrot. Esto es lo que he dicho y lo sostengo. (*Reclamaciones en la derecha.*)

Cuando os hablo de los caprichos de la suerte y de todos los resultados que una ley semejante puede producir, murmurais. Pues bien, insisto todavía, y sólo os prevengo que si ahora murmurais, murmurareis contra la Historia. (*El silencio se establece.—¡Silencio!*)

Entre todos los hombres que han dirigido el Gobierno ó dominado la opinión desde hace 60 años, no hay uno, ni uno sólo, ¿lo entendéis bien? que no haya caído antes ó después. Todos los nombres que recuerdan los triunfos, recuerdan también las catástrofes; la Historia los designa con sinónimos en que están impresas sus desgracias; todos, desde el cautivo de Olmutz, que había sido la Fayette, hasta el deportado de Santa Elena, que había sido Napoleón. (*Movimiento.*)

Oid y reflexionad. ¿Quién volvió á adquirir el Trono de Francia en 1814? El desterrado de Harwell. ¿Quién ha reinado después de 1830? El proscrito de Reichenau, que ha vuelto á ser hoy día el expulsado de Claremont. ¿Quién gobierna en este momento? El prisionero de Ham. (*Profunda sensación.*) ¡Después de esto, haced leyes de proscripción! (En la izquierda: ¡Bravo!)

¡Ah! ¡Que esto os instruya! ¡Que la lección de los unos no sea estéril para el orgullo de los otros!

El porvenir es una construcción misteriosa que edificamos con nuestras propias manos en la oscuridad, y que debe servir más tarde para morada de todos. Llega un día en que encierra dentro de sí á los que lo han construido. ¡Ah! Puesto que lo construimos hoy para habitarlo mañana, puesto que nos espera, puesto que nos encerrará sin duda alguna, compongamos ese porvenir con lo mejor que tengamos en el alma y no con lo peor; con el amor y no con la cólera.

¡Hagámosle resplandeciente y no tenebroso!  
¡Hagamos de él un palacio y no una cárcel!

Señores, la ley que se os propone es mala, bárbara é inicua. Vosotros la rechazareis. Tengo fé en vuestra sabiduría y en vuestra humanidad. Pensadlo en el momento de votar. Cuando los hombres colocan la injusticia en una ley, Dios pone en ella la justicia y hiere con la misma ley á los que la han hecho. (*Movimiento prolongado y general.*)

Una última palabra, ó, por mejor decir, un último ruego, una última súplica.

¡Ah! Creedme, me dirijo á vosotros todos, hombres de todos los partidos que os sentais en este recinto, y entre los cuales hay en todos esos bancos tantos corazones generosos y tantas grandes inteligencias; creedme, os hablo con profunda conviccion y dolor profundo: no es emplear bien nuestro tiempo el emplearlo haciendo leyes como ésta. (*¡Muy bien! ¡Es verdad!*) No es emplear bien nuestro tiempo tendernos unos á otros emboscadas, en una penalidad terrible y oscura, y ahondar para nuestros adversarios abismos de miseria y sufrimiento, en los que tal vez caeremos nosotros mismos. (*Agitacion.*)

¿Cuándo acabaremos, Dios mio, de amenazar-nos y desgarrarnos? Y, sin embargo, tenemos otras cosas de que ocuparnos. Tenemos alrededor nuestro á los trabajadores que piden talleres, á los niños que piden escuelas, á los ancianos que piden asilos, al pueblo que pide pan, á Francia que pide gloria. (En la izquierda: *¡Bravo!*—*Risás en la derecha.*)

Tenemos que extraer de las entrañas de la sociedad antigua una nueva sociedad, y por mi parte soy de aquellos que no quieren sacrificar la hija ni la madre. (*Movimiento.*) ¡Ah! No tenemos tiempo para aborrecernos. (*Nuevo movimiento.*)

El odio gasta las fuerzas; y de todos los modos de gastar fuerzas es el más malo. (*¡Muy bien! ¡Bravo!*) Reunamos, por el contrario, fraternalmente todos nuestros esfuerzos para un objeto comun, el bien del país. En lugar de levantar penosamente leyes de irritacion y animosidad, leyes que calum-

nian á los que las hacen (*Movimiento*), busquemos juntos y cordialmente la solucion del formidable problema de civilizacion que se nos impone, y que contiene, segun lo que sepamos hacer, las catástrofes fatales ó el más espléndido porvenir. (En la izquierda: *¡Bravo!*)

Somos una generacion predestinada, nos acercamos á una crisis decisiva, y tenemos mucho más grandes, mucho más espantosos deberes que nuestros padres. Nuestros padres no tenían más que servir á Francia; nosotros tenemos que salvarla. No, no tenemos tiempo para aborrecernos. (*Movimiento prolongado.*) Voto contra el proyecto de ley. (*Aclamaciones en la izquierda y aplausos prolongados.—Se suspende la sesion, en tanto que toda la izquierda en masa baja y felicita al orador al pié de la tribuna.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
AL DE BIBLIOTECAS

## EL SUFRAGIO UNIVERSAL <sup>(1)</sup>

20 de Mayo 1850.

Señores, la revolucion de Febrero, y por mi parte, puesto que parece vencida, puesto que es calumniada, buscaré todas las ocasiones de glorificarla en lo que ha hecho de magnifico y de hermoso, la revolucion de Febrero tuvo dos sublimes pensamientos. El primero os lo recordaba el otro dia : fué subir hasta las cimas del órden político y arrancar de ellas la pena de muerte ; la segunda fué elevar súbitamente las más humildes regiones del órden social al nivel de las más altas, é instalar en ellas la soberanía.

Doble y pacífica victoria del progreso, que por una parte ensalzaba la humanidad y por otra constituía el pueblo, que llenaba de luz el mundo político y á la vez el mundo social, y que regeneraba

(1) Este discurso fué pronunciado en la discusion del proyecto, que llegó á ser la funesta ley de 31 de Mayo de 1850. Aquel proyecto fué preparado, en complicidad con M. Luis Bonaparte, por una Comision especial de 17 miembros.

y consolidaba los dos á la vez : uno por la clemencia, otro por la igualdad. (En la izquierda: ¡Bravo!)

Señores, el gran acto, cristiano y político juntamente, por el cual la revolucion de Febrero hizo penetrar su principio hasta las raíces mismas del órden social, fué el establecimiento del sufragio universal : hecho capital, inmenso ; acontecimiento considerable que introducía en el Estado un nuevo elemento irrevocable y definitivo. Notad bien, señores, toda la importancia de este hecho. Ciertamente fué una gran cosa reconocer el derecho de todos, componer la autoridad universal con la suma de las libertades individuales, disolver lo que quedaba de las castas en la angusta unidad de una comun soberanía, y llenar con el pueblo mismo todos los compartimientos del antiguo mundo social ; ciertamente esto fué grande ; pero, señores, en su accion sobre las clases calificadas hasta ahora de clases inferiores, es donde más resplandece la belleza del sufragio universal. (*Risas irónicas en la derecha.*)

Señores, vuestras risas me fuerzan á insistir en ello. Sí, el lado maravilloso del sufragio universal, el lado eficaz, político, profundo, no fué levantar el bizarro entredicho electoral que pesaba, sin que se pueda adivinar por qué, y en eso consiste la sabiduría de los grandes hombres de Estado de aquellos tiempos (*Risas en la izquierda*), que son los mismos que los de estos... (*Nuevas risas de aprobacion en la izquierda*) no fué, digo, levantar el bizarro entredicho que pesaba sobre una parte de esa

llamada clase media y aún de la que se llamaba clase elevada; no fué el restituir su derecho al hombre que era abogado, médico, literato, administrador, militar, profesor, sacerdote, magistrado y que no era elector; al hombre que formaba parte de un jurado y que no era elector; al que era miembro del Instituto y no era elector; al que era Par de Francia y no era elector; no, el lado sorprendente, lo repito, el lado profundo, eficaz, político, del sufragio universal, fué el ir á buscar en las dolorosas regiones de la sociedad, en las últimas capas, como vosotros decís, al sér encorvado bajo el peso de las negaciones sociales, al sér abatido que hasta entónces no había tenido más esperanza que el motin, y llevarle la esperanza bajo otra forma (*¡Muy bien!*) y decirle: *¡Vota, no te batas más!* (*Movimiento.*) Fué el devolver su parte de soberanía á aquel que hasta entónces no había tenido más que su parte de sufrimiento. Fué el llegar, entre las tinieblas materiales y morales, hasta el infortunado que en las extremidades de su agonía no tenía más arma, ni más defensa, ni más recurso que la violencia, y arrancarle la violencia y ponerle en su lugar entre las manos el derecho. (*Bravos prolongados.*)

Sí, la gran sabiduría de aquella revolucion de Febrero, que, tomando por base de la política el Evangelio (*En la derecha: ¡Qué impiedad!*), instituyó el sufragio universal; su gran sabiduría, y al mismo tiempo su gran justicia, no fué solamente confundir y dignificar en el ejercicio del mismo po-

der soberano al burgés y al proletario; fué el ir á buscar en medio del agobiamiento, de la desilusion, del abandono, del rebajamiento, que tan mal consejero es, al hombre desesperado, y decirle: *¡Espera!* Al hombre encolerizado, y decirle: *¡Razona!* Al mendigo, como se le llama; al vagabundo, como se le llama; al pobre, al indigente, al desheredado, al desgraciado, al miserable, como se le llama, y consagrarle ciudadano. (*Aclamaciones en la izquierda.*)

Ved, señores, cómo lo que es profundamente justo es siempre y al mismo tiempo profundamente político; el sufragio universal, al dar una cédula á los que sufren, les quita el fusil; al darles el poder, les da la calma. Todo lo que engrandece al hombre, lo apacigua. (*Movimiento.*)

El sufragio universal dice á todos, y no conoço fórmula más admirable de la paz pública: *Estad tranquilos; vosotros sois soberanos.* (*Sensacion.*)

Y añade: *¿Sufris?* Pues bien, no agraveis vuestros sufrimientos, no agraveis las angustias públicas con el motin. *¿Sufris?* Pues bien, vais á trabajar vosotros mismos, desde este momento, en la gran obra de la destruccion de la miseria por medio de hombres que serán vuestros, por medio de hombres en los que pondreis vuestra alma, y que serán en cierto modo vuestra mano. Estad tranquilos.

Además, para aquellos que se mostrasen más recalcitrantes dice:

*¿Habeis votado?* Sí. Pues habeis agotado vues-

tro derecho, todo está dicho. Cuando el voto ha hablado, queda pronunciada la soberanía. No corresponde á una fracción deshacer ni rehacer la obra colectiva.

Sois ciudadanos, sois libres; llegará vuestra hora, sabed esperarla. Entretanto hablad, escribid, discutid, contestad, enseñad, ilustrad; ilustrad vosotros, ilustrad á los demás. Poseéis hoy la verdad, mañana la soberanía; sois fuertes. Dos medios de acción teneis á disposición vuestra: el derecho del soberano y el papel del rebelde; ¿escogeríais el papel del rebelde? Sería una tontería y un crimen. (*Aplausos en la izquierda.*)

Hé ahí los consejos que el sufragio universal da á las clases que sufren. (En la izquierda: ¡Sí, sí! — *Risas en la derecha.*)

Señores, disolver las animosidades, desarmar los odios, hacer caer el cartucho de manos de la miseria, levantar al hombre injustamente postrado y sanar el espíritu enfermo con lo que hay más puro en el mundo, con el sentimiento del derecho libremente ejercido; quitar á cada uno el derecho de la fuerza, que es el hecho natural, y devolverle en cambio la parte de soberanía, que es el hecho social; enseñar á los sufrimientos un camino hácia la luz y el bienestar; alejar los vencimientos revolucionarios, y dar tiempo á la sociedad advertida para que se prepare; inspirar á las masas esa paciencia fuerte que hace grandes á los pueblos, hé ahí la obra del sufragio universal (*Profunda sensación*), obra eminentemente social bajo el punto de

vista del Estado, eminentemente moral bajo el punto de vista del individuo.

Meditad esto: sobre esta tierra de igualdad y libertad, todos los hombres respiran el mismo aire y el mismo derecho. (*Movimiento.*) Hay un día en el año en que el que os sirve se ve igual á vosotros, en que el que os obedece se ve vuestro semejante, en que cada ciudadano, entrando en la balanza universal, siente y ejercita el peso específico del derecho de ciudadanía, y en que el más pequeño hace equilibrio al más grande. (En la izquierda: ¡Bravo! — *Risas en la derecha.*) Hay un día en el año en que el ganapan, el jornalero, el bracero, el hombre que arrastra fardos, el hombre que parte piedras á la orilla del camino juzga al Senado. Coge en su mano endurecida por el trabajo los ministros, los representantes, el Presidente de la República, y dice: «¡El poder soy yo!» Hay un día en el año en que el ciudadano más imperceptible, en que el átomo social participa de la inmensa vida del país entero, en que el pecho más oprimido se dilata con el vasto aire de los asuntos públicos; un día en que el más débil siente en sí la grandeza de la soberanía nacional, en que el más humilde siente en su pecho el alma de la patria! (*Aplausos en la izquierda.* — *Risas y ruido en la derecha.*) ¡Qué aumento de dignidad y de moralidad, por consiguiente, para el individuo! ¡Qué satisfacción, y, por consiguiente, qué tranquilidad! Contemplad al obrero que va al escrutinio. Entra con la frente triste del proletario agobiado, y sale con la mirada de un soberano.

(Aclamaciones en la izquierda.—Murmillos en la derecha.)

Ahora bien, señores, ¿qué es todo esto? Es el fin de la violencia; es el fin de la fuerza bruta; es el fin de las barricadas; es el fin del hecho material; es el principio del hecho moral. (*Movimiento.*) Es, si permitís que recuerde mis propias palabras, el derecho de insurrección abolido por el derecho del sufragio. (*Sensación.*)

Pues bien, vosotros, legisladores encargados por la Providencia de cerrar los abismos y no de abrirlos; vosotros, que habeis venido para consolidar y no para quebrantar; vosotros, representantes de ese gran pueblo de la iniciativa y del progreso; vosotros hombres de prudencia y de razón, que comprendéis toda la santidad de vuestra misión y que seguramente no faltareis á ella, ¿sabeis lo que viene á hacer hoy esa ley fatal, esa ley ciega que imprudentemente se atreven á presentaros? (*Profundo silencio.*)

Viene, y lo digo con un estremecimiento de angustia, lo digo con la ansiedad del buen ciudadano, espantado de los abismos en que se precipita á la patria, viene á proponer á la Asamblea la abolición del derecho del sufragio para las clases que sufren, y, por consiguiente, no sé qué restablecimiento abominable é impto del derecho de insurrección. (*Movimiento prolongado.*)

Hé ahí, en dos palabras, toda la situación. (*Nuevo movimiento.*)

Sí, señores, ese proyecto, que es toda una politi-

ca, hace dos cosas: hace una ley y crea una situación.

Una situación grave, inesperada, nueva, amenazadora, complicada, terrible.

Vamos á lo más importante. La vuelta de la ley, considerada en sí misma, vendrá. Examinemos desde luego la situación.

Después de dos años de agitación y de pruebas inseparables, bien podemos decirlo, de toda gran conmoción social, se había alcanzado el objeto.

Se había hecho la paz. Se había encontrado lo más difícil de la situación: el procedimiento, y con el procedimiento la certidumbre. Se había sustituido el sistema de violenta creación del progreso con el sistema de creación pacífica; se habían desarmado las impacencias y las iras; el cambio del derecho de insurrección por el derecho del sufragio, se había consumado; el hombre de las clases que padecen lo había aceptado. No más agitación, no más turbulencia. El desgraciado se consideraba realizado por la confianza social. Ese nuevo ciudadano, ese soberano restaurado, había entrado en la ciudadanía con serena dignidad. (*Aplausos en la izquierda.—Durante algunos instantes se deja oír un continuo ruido en algunos bancos de la derecha, mezclándose con la voz del orador.—M. Victor Hugo interrumpe su discurso y se vuelve hacia la derecha.*)

Señores, bien sé que esas calculadas y sistemáticas interrupciones (*Negaciones en la derecha.*—En la izquierda: ¡Sí, sí!) tienen por objeto desconcertar al orador (¡Es verdad!) y quitarle la libertad



de pensar, lo cual es un modo de quitarle la libertad de la palabra. (*¡Muy bien!*) Pero en verdad que es un recurso triste y poco digno de una gran Asamblea. (*Negaciones en la derecha.*) Por mi parte, coloco el derecho del orador bajo la salvaguardia de la verdadera mayoría, es decir, de todos los espíritus generosos y justos que se sientan sobre todos los bancos, y que son siempre los más numerosos entre los elegidos de un gran pueblo! (En la izquierda: *¡Muy bien!* — *Silencio en la derecha.*)

Prosigo: la vida pública se había apoderado del proletario sin sorprenderle ni embriagarle. Los días de elección eran para el país más que días de fiesta, eran días de sosiego. (*¡Es verdad!*) En presencia de aquella calma, el movimiento de los negocios, las transacciones del comercio, de la industria, del lujo, de las artes, se habían restablecido; las pulsaciones de la vida regular renacían. Se había obtenido un admirable resultado. Se había firmado un imponente tratado de paz entre lo que se llama todavía lo alto y lo bajo de la sociedad. (*¡Sí, sí!*)

¿Y es este el momento que escogéis para volver á ponerlo todo en tela de juicio? ¿Y desgarrareis ese tratado? (*Movimiento.*) ¡Y es precisamente á ese hombre, al último en la escala de la vida, que esperaba en este momento ir ascendiendo poco á poco y tranquilamente, es á ese pobre, á ese desgraciado; formidable anteriormente, reconciliado, apaciguado, confiado y fraternal al presente, es á él al que

va á buscar vuestra ley! ¿Para qué? Para hacer una cosa insensata, indigna, odiosa, anárquica, abominable. Para arrebatárle su derecho de sufragio. Para arrancarle á las ideas de paz, conciliación, esperanza, justicia, concordia y, por consiguiente, para volverle á las ideas de violencia. Pero ¿qué hombres de desórden sois, pues? (*Nuevo movimiento.*)

Se había encontrado el puerto, y sois vosotros los que de nuevo dais principio á las aventuras. Se había realizado el pacto, y sois vosotros los que lo violais.

¿Y por qué esa violación del pacto? ¿Por qué esa agresión en plena paz? ¿Por qué esa conducta? ¿Por qué ese atentado? ¿Por qué esa locura? ¿Por qué? Yo os lo voy á decir: es porque al pueblo le ha placido, despues de nombrar á quien vosotros queriais, lo cual habeis encontrado muy bien, nombrar á quien no queriais, lo cual habeis encontrado mal. Es porque ha juzgado dignos de su elección á hombres á quienes vosotros considerais dignos de vuestros insultos. Es, porque tal vez tiene el atrevimiento de cambiar de opinión acerca de vosotros, ahora que os ve en el poder y puede comparar los actos con los programas y las promesas con los hechos (*¡Eso es!*) Es porque quizá no encuentra completamente sublime vuestro Gobierno. (*¡Muy bien!* — *Risas.*) Es porque, parece que se permite no admiraros como es debido. (*¡Muy bien, muy bien!* — *Movimiento.*) Es porque se atreve á usar de su voto á su capricho; porque parece que ese pueblo tiene la inaudita audacia de imaginarse que es li-

bre, y segun toda apariencia, se le ha metido en la cabeza esa otra extraña idea, la de creerse soberano (*¡Muy bien!*); es, en fin, porque ha tenido la insolencia de daros un aviso bajo esa pacífica forma del escrutinio y no se ha prosternado pura y simplemente á vuestros piés. (*Movimiento.*) Ante esto os indignais, montais en cólera, declarais la sociedad en peligro y exclamais: ¡Vamos á castigarte, pueblo! ¡Vas á tener que habértelas con nosotros, pueblo! Y como aquel loco de la Historia, pegais zurriagazos al Océano. (*Aclamacion en la izquierda.*)

Permitame la Asamblea hacer aquí una observacion que, á mi parecer, aclara hasta el fondo, y con verdadera y segura luz, esta gran cuestion del sufragio universal.

El Gobierno quiere restringir, aminorar, podar, mutilar el sufragio universal. ¿Pero lo ha reflexionado bien? Veamos: vosotros, ministros, hombres sérios, hombres políticos, ¿os habeis dado bien cuenta de lo que es el sufragio universal? ¿El sufragio universal verdadero, sin restricciones, sin exclusiones, sin desconfianzas, tal como lo estableció la revolucion de Febrero, tal como lo comprenden y lo quieren los hombres del progreso? (En el banco de los ministros: *Eso es la anarquía. ¡No queremos eso!*)

Ya os oigo; me respondeis: «No lo queremos. Ese es el modo de creacion de la anarquía.» (En la derecha: *¡Sí, sí!*) Pues bien, es precisamente todo lo contrario. Es el modo de creacion del poder. (En la izquierda: *¡Bravo!*) Sí, es preciso decirlo, y de-

cirlo muy alto, é insisto en ello: esto, á mi parecer, deberá esclarecer toda esta discusion; lo que sale del sufragio es la libertad indudablemente, pero es más todavía el poder que la libertad.

El sufragio universal, enmedio de todas nuestras tempestuosas oscilaciones, crea un punto fijo. Ese punto fijo es la voluntad nacional legalmente manifestada; la voluntad nacional, robusta amarra del Estado, áncora de acero que no se rompe, y que el flujo de las revoluciones y el reflujo de las reacciones baten en vano cada uno á su vez. (*Profunda sensacion.*)

Y para que el sufragio universal pueda crear ese punto fijo, para que de él pueda desprenderse la voluntad nacional en toda su soberana plenitud, es preciso que no tenga nada de contestable (*¡Es verdad! ¡Eso es!*); es preciso que sea realmente el sufragio universal, es decir, que no deje á nadie, absolutamente á nadie, fuera del voto, que haga ciudadanos á todos sin excepcion; pues en materia semejante una excepcion es una usurpacion (En la izquierda: *¡Bravo!*); es preciso, en una palabra, que no dé á nadie, sea el que quiera, el derecho de decir á la sociedad: ¡No te conozco! (*Movimiento prolongado.*)

En estas condiciones el sufragio produce el poder, un poder colosal, un poder superior á todos los asaltos, áun á los más terribles; un poder que podrá ser atacado, pero no derribado; testigo de ello el 15 de Mayo, testigo de ello el 23 de Junio (*¡Es verdad! ¡Es verdad!*); un poder invencible por

estar colocado sobre el pueblo, como Anteo por estar colocado sobre la tierra. (*Aplausos en la izquierda.*) Sí, gracias al sufragio universal creais y poneis al servicio del orden un poder en el que se condensa toda la fuerza de la nacion; un poder para el cual no hay más que una cosa imposible: destruir su principio, matar lo que le ha engendrado. (*Nuevos aplausos en la izquierda.*)

Gracias al sufragio universal, en nuestra época, en la que flotan y se derrumban todas las ficciones, encontrais el fondo sólido de la sociedad. ¡Ah! ¡Os estorba el sufragio universal, hombres de Estado! ¡Ah! ¡No sabeis qué hacer del sufragio universal! ¡Gran Dios! Y es el punto de apoyo, el inquebrantable punto de apoyo, que bastaría á un Arquimedes político para levantar el mundo! (*Gran aclamacion en la izquierda.*)

¡Ministros, hombres que nos gobernais, destruyendo la integridad del sufragio universal atentais al principio mismo del poder, del único poder posible hoy! ¿Cómo no veis esto?

Mirad, ¿quereis que os lo diga? Vosotros mismos no sabeis lo que sois ni lo que haceis. No acuso vuestras intenciones, acuso vuestra ceguedad. ¿Os creéis de buena fé conservadores, reconstructores de la sociedad, organizadores? Pues bien, tengo el sentimiento de destruir vuestra ilusion; apesar vuestro, cándida é inocentemente sois revolucionarios. (*Sensacion.*)

Sí, y revolucionarios de la más peligrosa especie, revolucionarios de la especie cándida. (*Hilari-*

*dad general.*) Teneis, y muchos de vosotros lo han probado ya, ese maravilloso talento de hacer revoluciones sin verlo, sin quererlo y sin saberlo (*Nueva hilaridad*), queriendo hacer otra cosa. (*Risas. — ¡Muy bien, muy bien!*) Vosotros nos decís: Estad tranquilos; y estrechando en vuestras manos, sin preocuparos de lo mucho que pesan, la Francia, la sociedad, el presente, el porvenir, la civilizacion, los dejais caer en el suelo por torpeza. Haceis la guerra al abismo arrojándoos en él de cabeza. (*Prolongado movimiento.*)

Pues bien, el abismo no se abrirá! (*Sensacion.*) El pueblo no saldrá de su calma. El pueblo tranquilo es el porvenir asegurado. (*Aplausos en la izquierda. — Rumores en la derecha.*)

La inteligente y generosa poblacion parisien lo sabe, y á la verdad, lo digo sin comprender que tales palabras puedan despertar murmullos, París ofrecerá el grande é instructivo espectáculo de que, si el Gobierno es revolucionario, el pueblo será conservador. (*¡Bravo, bravo! — Risas en la derecha.*)

Tiene, en efecto, que conservar este pueblo, no sólo el porvenir de la Francia, sino el porvenir de todas las naciones. Tiene que conservar el progreso humano, de que Francia es el alma; la democracia, de que Francia es el hogar, y ese magnifico trabajo que la Francia hace y que, desde sus alturas, se esparce sobre el mundo: la civilizacion por la libertad. (*Explosion de bravos.*) Sí, el pueblo lo sabe, y hágase lo que se quiera, lo repito, no se

UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
"ALFONSO MARTÍ"  
1866. 1625 MONTREY, MEXICO

moverá. El que tiene la soberanía sabrá tener también la majestad. (*Movimiento.*) Esperará impasible á que llegue su día, el día infalible, el día legal. Como ya lo viene haciendo durante ocho meses, á las provocaciones y á las agresiones, cualesquiera que ellas sean, opondrá la formidable tranquilidad de la fuerza, y mirará con la sonrisa indignada y fría del desprecio vuestras pobres y pequeñas leyes, tan furiosas y tan débiles, desafiar el espíritu del siglo, desafiar el buen sentido público, desafiar la democracia, y clavar sus desgraciadas y raquíticas uñas en el granito del sufragio universal. (*Prolongada aclamacion en la izquierda.*)

Señores, una última palabra. He procurado caracterizar la situacion; ántes de bajar de esta tribuna, permitidme caracterizar la ley.

Esa ley, como tea revolucionaria, podrian los hombres del progreso temerla; como medio electoral, la desdeñan.

No es que esté mal hecha, al contrario. Por muy ineficaz que sea, es una ley sábia, es una ley construida con todas las reglas del arte. Le hago justicia. (*Risas.*)

Cada detalle es una habilidad. Pasaremos, si gustais, esta instructiva revista. (*Nuevas risas.— ¡Muy bien!*)

A la simple residencia decretada por la Constituyente, sustituye solapadamente el domicilio. En vez de seis meses escribe tres años, y dice: «Es lo mismo.» (*Negaciones en la derecha.*)

En lugar del principio de la permanencia de las listas, necesarias á la sinceridad de la eleccion, pone, como si nada hiciera, el principio de la permanencia del domicilio, atentatoria al derecho del elector. Sin decir una palabra de ello borra el artículo 104 del Código civil, que no exige para la comprobacion del domicilio más que una sencilla declaracion, y reemplaza este artículo 104 por el censo indirectamente restablecido, y á falta del censo por una especie de sujecion electoral mal disfrazada, del obrero al patron, del criado al amo, del hijo al padre. Crea de este modo, mezclando la imprudencia á tantas habilidades, una guerra sorda entre el patron y el obrero, entre el criado y el amo, y cosa culpable, entre el padre y el hijo. (*Movimiento.— ¡Es verdad!*)

Ese derecho de sufragio, que creo haber demostrado que forma parte de la entidad del ciudadano; ese derecho de sufragio, sin el cual el ciudadano no existe; ese derecho, que más que seguirle se incorpora á él, que respira en su pecho, que con la sangre corre por sus venas, que va, viene y se mueve con él, que es libre con él, que con él nace para no morir sino con él; ese derecho, imperdible, esencial, personal, vivo, sagrado (*Risas en la derecha*), ese derecho, que es el soplo, la carne y el alma de un hombre, vuestra ley se lo quita al hombre y lo trasporta, ¿á qué? á la cosa inanimada, al alojamiento, al monton de piedras, al número de la casa. Ata á la gleba el elector. (*Bravos en la izquierda.— Murmullos en la derecha.*)

Continúo.

Emprende y realiza, como la cosa más sencilla del mundo, la enormidad de hacer suprimir por el mandatario el título del mandante. (*Movimiento*). ¿Qué más? Arroja de la ciudadanía legal, clases enteras de ciudadanos, proscribete en masa ciertas profesiones liberales, los artistas dramáticos, por ejemplo, á los que el ejercicio de su arte obliga á cambiar de residencia casi todos los años.

EN LA DERECHA.—¡Que estan fuera los comediantes! ¿Y qué? Tanto mejor.

M. VÍCTOR HUGO.—Hago constar, y el *Moniteur* lo hará tambien, que cuando he deplorado la exclusion de una clase de ciudadanos, digna entre todas de estimacion é interés, en ese lado se han reido y han dicho: ¡Tanto mejor!

EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

M. TH. BAC.—Es la excomunion que vuelve. Vuestros padres arrojaban á los comediantes fuera de la iglesia; vosotros haceis más, los arrojais fuera de la sociedad! (En la izquierda: ¡*Muy bien!*)

EN LA DERECHA.—¡Sí, sí!

M. VÍCTOR HUGO.—Adelante. Continúo el exámen de vuestra ley: asimila, identifica al hombre condenado por delito comun, y al escritor encausado por delito de imprenta. (En la derecha: ¡*Hace bien!*) Los confunde en la misma indignidad y en la misma exclusion. (En la derecha: ¡*Tiene razon!*) De tal modo que si Voltaire viviese, como el presente sistema oculta bajo una careta de austeridad transparente su intolerancia religiosa y su intolerancia po-

litica (*Movimiento*), haría seguramente condenar á Voltaire por ofensa á la moral pública y religiosa... (En la derecha: ¡*Si, sí, y haria muy bien!*...—M. Thiers y M. de Montalembert se agitan en su banco.)

M. TH. BAC.—¡Y Beranger! sería indigno!

OTRAS VOCES.—¿Y M. Michel Chevalier?

M. VÍCTOR HUGO.—No he querido citar ningun vivo. He tomado un nombre de los más grandes, de los más ilustres que hay entre los pueblos, un nombre que es una gloria de Francia, y os digo: Voltaire caería bajo vuestra ley y tendríais en la lista de las exclusiones y las indignidades al reincidente Voltaire. (*Movimiento prolongado*.)

EN LA DERECHA.—Y estaría bien hecho. (*Inexplicable agitacion en todos los bancos*.)

M. VÍCTOR HUGO.—Estaría bien hecho, ¿no es verdad? Sí, tendríais en vuestras listas de excluidos é indignos al reincidente Voltaire (*Nuevo movimiento*), lo cual daría mucho gusto á Loyola. (*Aplausos en la izquierda y risas prolongadas*.)

¿Qué os diré? Esa ley construye, con funesta destreza, todo un sistema de informalidades y dilaciones que arrastran consigo la anulacion del derecho. Está llena de lazos y trampas, en los que se perderá el derecho de tres millones de hombres. (*Viva sensacion*.) Señores, esa ley viola, y esto lo resume todo, lo que es anterior y superior á la Constitucion, la soberanía de la nacion. (*¡Si, sí!*)

En contra del texto formal del artículo 1.º de esta Constitucion, atribuye á una fraccion del pueblo el ejercicio de la soberanía que sólo pertenece á

la universalidad de los ciudadanos, y hace gobernar feudalmente á tres millones de excluidos por seis millones de privilegiados. Instituye ilotas (*Movimiento*), ¡hecho monstruoso! En fin, con una hipocresía que es á la vez una suprema ironía, y que, por lo demás, completa admirablemente el conjunto de sinceridades reinantes, las cuales llaman amnistías á las proscripciones romanas y libertad á la esclavitud de la enseñanza (*¡Bravo!*), esa ley continúa dando á ese sufragio restringido, á ese sufragio mutilado, á ese sufragio privilegiado, á ese sufragio de los domiciliados, el nombre de sufragio universal. Señores, esa ley, no quiera Dios que yo diga que es Tartuffe el que la ha hecho, pero afirmo que es Escobar el que la ha bautizado. (*Vivos aplausos é hilaridad en todos los bancos.*)

Pues bien, insisto en ello; con toda esa complicación de sutilezas, con todo ese entrelazamiento de engaños, con toda esa aglomeración de astucias, con todo ese tejido de combinaciones y expedientes, si por acaso fuese aplicada alguna vez, ¿sabeis cuál sería el resultado de esa ley? Nulo.

Nulo para vosotros que la haceis. (En la derecha: *Esa es cuenta nuestra.*)

Y es que, como os lo decía hace un momento, vuestro proyecto de ley es temerario, violento, monstruoso, pero es raquíptico. Nada iguala su audacia más que su impotencia. (*¡Sí, es verdad!*)

¡Ah! Si no hiciese correr á la paz pública el inmenso riesgo que acabo de señalaros, os diría: Que se vote. ¡Dios mío! No hará nada, ni para nada ser-

virá. Los electores subsistentes vengarán á los electores suprimidos. La reacción habrá reclutado fuerzas para la oposición. Estad seguros de ello. El soberano mutilado sería un soberano indignado. (*Viva aprobación en la izquierda.*)

¡Hacedlo! Suprimid tres millones de electores, suprimid cuatro, suprimid ocho de los nueve millones.

El resultado será el mismo para vosotros, si no es peor. (*¡Sí, sí!*) Lo que no suprimireis serán vuestras faltas (*Movimiento*); serán todos los contrasentidos de vuestra política de compresión; será vuestra fatal incapacidad (*Risas en el banco de los ministros*); será vuestra ignorancia del país actual; será la antipatía que os inspira y la antipatía que le inspirais. (*Nuevo movimiento.*) Lo que no suprimireis es el tiempo que pasa, es la hora que suena, es la tierra que gira, es el movimiento ascendente de las ideas, es la progresión decreciente de las preocupaciones, es la separación cada vez más profunda entre el siglo y vosotros, entre las nuevas generaciones y vosotros, entre el espíritu de libertad y vosotros, entre el espíritu de filosofía y vosotros. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Lo que no suprimireis es ese hecho indiscutible, en virtud del cual, en tanto que vosotros vais hacia un lado, la nación va hacia el otro; lo que para vosotros es Oriente, es Poniente para ella, y mientras vosotros volveis la espalda al porvenir, ese gran pueblo de Francia, con la faz inundada de luz por el alba de la nueva humanidad que se le-

vanta, vuelve la espalda al pasado. (*Explosion de bravos en la izquierda.*)

Resignaos al sacrificio. Que os agrade ó no, el pasado es el pasado. (*Bravos.*) Procurad componer sus viejos ejes y sus viejas ruedas; enganchad á él diez y siete hombres de Estado si quereis. (*Risa universal.*) ¡Diez y siete hombres de Estado de refuerzo! (*Nuevas y prolongadas risas.*) Arrastradle á la clara luz del tiempo presente. ¿Y qué? Será siempre el pasado. Se verá mejor su decrepitud, eso es todo. (*Risas y aplausos en la izquierda.—Murmuros en la derecha.*)

Resumo y concluyo.

Señores, esa ley está inválida, es nula, está muerta áun ántes de haber nacido. ¿Y sabéis lo que la mata? Sus mentiras. (*Profunda sensacion.*) Porque es hipócrita en el país de la franqueza, porque es desleal en el país de la honradez, porque no es justa, porque no es verdad, porque intenta vanamente crear una verdad y una justicia sociales falsas. No hay dos justicias y dos verdades: no hay más justicia que una, la que resulta de la conciencia, ni más que una verdad, la que viene de Dios. Hombres que nos gobernais, ¿sabéis lo que mata vuestra ley? Pues es que, en el momento en que viene furtivamente á arrebatár la cédula, á robar la soberanía del bolsillo del débil y del pobre, tropieza con la severa mirada, con la mirada terrible de la probidad nacional, luz radiante bajo la cual vuestra obra de tinieblas se desvanece. (*Movimiento prolongado.*)

Escoged vuestro partido. En el fondo de la conciencia de todo ciudadano, del más humilde como del más grande, en el fondo del alma—acepto vuestras frases—del último mendigo, del último vagabundo, hay un sentimiento sublime, sagrado, indestructible, incorruptible, eterno; el derecho (*Sensacion*); ese sentimiento, que es fundamental á la razon del hombre; ese sentimiento que es el granito de la conciencia humana; el derecho, roca contra la cual vienen á chocar y estrellarse las iniquidades, las hipocresías, los malos designios, las malas leyes, los malos Gobiernos. Ved el obstáculo oculto, invisible, oscuramente perdido en lo más profundo de los espíritus, pero incesantemente presente y en pié, con el cual tropezareis siempre sin conseguir destruirlo aunque hagais lo que querais. (*¡No, no!*) Os lo digo, perdeis vuestro trabajo. No lo desarraigareis, no lo quebrantareis; ántes arrancaríais el escollo del fondo del mar que el derecho del corazón del pueblo. (*Aclamaciones en la izquierda.*)

Voto contra el proyecto de ley. (*La sesion se suspende en medio de una inexplicable agitacion.*)

FIN.





OTI  
P  
. I  
S